270

LA INVICTA ENERGÍA DEL CRISTIANISMO

ANTE

TODA CLASE DE OPOSICIONES Y OBSTÁCULOS

PASTORAL

DEL

E Ecxmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo

EN

HOMENAJE Á JESUCRISTO REDENTOR

78.95
DLh

MONTEVIDEO
TOGRAFIA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ
CALLE BUENOS AIRES, ESQUINA MISIONSE
1900

R 278.9
SOL h

FACULTAD DE TEOLOGIA DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

LA INVICTA ENERGÍA DEL CRISTIANISMO

ANTE TODA CLASE DE OPOSICIONES Y OBSTÁCULOS

Nolite timere: Ego vici mundum. —No temais: Yo he vencido al mundo» Palabras de Jesucristo.

INTRODUCCIÓN

Cuenta ya la humanidad con diecinueve siglos de cristianismo. ¡Ah! si los hombres supiesen ó se diesen cuenta de todo el bien que Nuestro Señor Jesucristo nos ha hecho desde su advenimiento sobre la tierra! No fué solamente la salud de nuestras almas la que vino á traernos; sino tambien á redimirnos de todas las opresiones que sufría la sociedad humana. Basta recordar las vergüenzas y las crueldades del mundo pagano y considerar la civilización cristiana nacida al pié del Calvario para prorrumpir en una exclamación de gratitud y amor hácia Jesucristo: «Señor ¿á quién podrémos recurrir en busca, no solo de la salud de nuestras almas, sino tambien de la salvación de nuestras sociedades contemporáneas? Tú eres el único que tienes las palabras de vida eterna.»

Sí; nuestras sociedades contemporáneas, como el siglo XX y los siglos futuros continuarán experimentando la benéfica influencia de regeneración

30681

y salvación que representa el cristianismo, porque éste posée una invencible energía á pesar de todas las rémoras y dificultades que se le opongan. Para contribuir, pues, al solemne homenage que el mundo agradecido rinde á Jesucristo Redentor, nada nos parece más á propósito ante los fatídicos presagios de sus adversarios, que demostrar cómo Jesucristo, después de haber regenerado á la humanidad convirtiéndose en camino, verdad y vida para los individuos y las sociedades, ha depositado en el mundo un principio de bien bastante eficaz para luchar victoriosamente contra el principio del mal.

Y en verdad, en la realización de la obra divina de la redención del género humano no fué bastante para Jesucristo el haber acercado el hombre á Dios, colocándose como mediador entre el uno y el otro; no fué bastante el haber preparado, vertiendo su sangre, la expiación del pecado; era necesario para coronar su obra, para establecer su reino entre nosotros, que dejara en nuestras manos las armas destinadas á combatir el mal y á destruirlo, del modo que él lo había expiado; porque no había venido solamente á hacer al mal una guerra de expiación, sino todavía mas, una guerra de destrucción.

Con todo eso, si la primera parte de la obra le había sido reservada exclusivamente, no era lo mismo la segunda; esta nos concierne especialmente: nosotros debemos una cooperación activa al poder que nos sostiene y nos ayuda: nuestra libertad está llamada á luchar para reconquistar su dignidad é independencia primitivas respecto del mal y del error.

He aquí el punto principal de la redención terrestre del hombre. La sangre vertida por el amor del Hombre-Dios es la que nos asegura que hemos sido arrancados al poder de las tinieblas, que hemos reconquistado nuestros derechos al cielo y que obtendrémos por los méritos adquiridos sobre la cruz, el bien supremo de la salvación eterna: admiramos la sublimidad del misterioso amor de Dios para con la humanidad caída.

Pero aún no es esto todo; la misión del Hijo del Hombre no se ha limitado á las cosas de la vida futura; otra gran dicha es la que nos prepara; Jesucristo nos reserva todavía otros beneficios; y desde este mundo la humanidad debe experimentar la influencia saludable de su venida.

Y en verdad ¿qué significarían de otra manera todas las predicciones de los profetas sobre el establecimiento del reino de Dios, de que el mismo Jesucristo nos habla con tanta frecuencia, diciendo que ha venido á estar en medio de nosotros? ¿y la comparación de ese grano de mostaza imperceptible al principio; pero que vendría á ser un árbol inmenso, que cubriría con su sombra toda la tierra?

¿Qué significarían sobre todo, esas bellas palabras de que nos ha formado una deprecación: «Padre, que llegue vuestro reino, que vuestra voluntad se cumpla en la tierra como se cumple en el cielo?»

El reino de Dios consiste evidentemente en la difusión progresiva y en la práctica cada vez más perfecta de la doctrina evangélica.

Eso sí; el imperio del Mesías no puede ser ese imperio político, soñado por el orgullo de los hebreos, fundado en el sometimiento de todas las naciones en una sola nación. Es un imperio moral, establecido sobre el libre consentimiento de las voluntades, por la sola fuerza de la verdad y de la justicia y á pesar de las violencias y persecusiones de la fuerza brutal. Pero si el mundo entero debe someterse á la ley evangélica, como propia del género humano y de todo hombre: *omnes gentes*, *omnis creatura*, para constituir de

este modo el reino de Dios y la ley universal de la humanidad ¿no sacaría alguna ventaja temporal de esta sumisión y perfección moral? ¿Habría sido lo mismo para el mundo el haber permanecido en su estado precedente de desquicio y anarquía moral y religiosa?

¿A qué vendría entonces promulgar el Evangelio?

La doctrina de Jesucristo por tanto, debe hacer tambien la dicha de la humanidad, y volverle, tanto como era posible, las prerrogativas perdidas por la caida original, sin lo que no sería mas que una doctrina estéril, indigna de un Dios.

Ahora bien, si consideramos la doctrina de Jesus en la historia, ella se presenta ante nosotros desafiando la fuerza brutal, desafiando los ataques en nombre de la ciencia, desafiando el espacio y el tiempo, y anunciando con la afirmación mas absoluta, con una afirmación que desconcierta à muchos espiritus, que fuera de ella no hay salvación para la humanidad, que ninguna otra doctrina puede conducirla á sus verdaderos fines, porque solo ella contiene la solución de los grandes y tremendos problemas que interesa á los sublimes destinos de cada hombre y de toda la humanidad. Ni debe admirarse que esta pretensión exclusiva haya escandalizado á los enemigos del Evangelio, pues mas bien se concebiría que se hubiesen regocijado; porque si despues de una seguridad tan firme, despues de tantas profecías formales de su inmortalidad, la doctrina de Jesucristo participase de las debilidades de las otras doctrinas, ella quedaría por el mismo hecho condenada, y caería con mayor fracaso y con mas completa ruina.

Por esto Gamaliel decia muy sabiamente á los judíos con respecto á la predicación de los apóstoles: «Cesad de perseguirles; dejadles; que si su empresa viene de los hombres, ella se destruirá por si misma.»

Entre tanto han transcurrido diez y nueve siglos y la doctrina de Cristo no ha perdido nada de su seguridad; la impiedad la ataca, la incredulidad la desprecia, ó rechaza, la indiferencia la desdeña; pero ella siempre de pié con su Iglesia desde los dias de San Pedro, á pesar de todas las tempestades, triunfando de todos los obstáculos, se extiende, se desarrolla, y cada día se manifiesta mas luminosa, mas admirable para los espíritus que la meditan, viendo caer una á una á sus pies las doctrinas rivales que temerariamente la insultan prediciendo en cada siglo su próxima ruina, ruina que nunca llega.

No se han podido reconocer en toda su grandeza los beneficios del cristianismo, porque concentrándose únicamente la atención en los desórdenes que han existido y existen aún entre los pueblos cristianos, no se ha querido comprender que estos desórdenes pertenecen al hombre, son propiamente obra suya, porque ellos proceden de la inobservancia y no de la práctica de la doctrina, que los reprueba y los prohibe.

Es necesario no perder nunca de vista, si no se quieren hacer falsas apreciaciones, esta consideración muy obvia y sencilla, y es que Jesucristo no ha venido á transformar repentinamente á los hombres por la virtud de su poder infinito, porque entonces nuestra regeneración habría sido inmediata y completa; pero no libre ni meritoria. Él no ha querido sino depositar en el mundo un principio de bien, su gérmen, una buena levadura, como la llama, que el hombre debe hacer fermentar por su cooperación; pues que, según el testimonio del Apóstol, nosotros somos los libres y responsables cooperadores de Dios; y por respeto á nuestra libertad, como dice San Agustín, si Dios nos ha criado por sí solo, no nos quiere salvar sin nosotros, esto es, sin nuestra libre cooperación.

El remedio está en nuestras manos; sepamos, pues, utilizarlo. Por haberlo desdeñado, descuidado, rechazado, es por lo que la tierra no ha adelantado cuanto debía en el camino de la perfección y de las promesas evangélicas.

Sabed pues, filósofos, políticos, sociólogos, que tan engolfados estáis con la vanidad de vuestras pretendidas ciencias, que sino llamáis á Jesús en vuestras meditaciones, en vuestras investigaciones y en vuestros consejos, permanecereis siempre impotentes para crear nada sólido, nada durable, y edificaréis sobre movediza arena; pues ademas de su divinidad, ningún génio es comparable al suyo, ninguna doctrina tan práctica y sublime, nadie ha amado y conocido como él á la humanidad, y podríais pretender ser más grandes que él? Escuchad sus palabras sagradas; ellas no son un rumor vano perdido en el vacío de los aires: «Sin mí nada podéis hacer: *sine me nihil potestis facere.*

Hasta aqui habeis tenido una desgraciada experiencia: ¿qué remedio habeis aplicado á la desgraciada humanidad? De buena ó mala fé, habeis agravado el mal que queriais combatir y habeis favorecido la degradación cuya marcha creisteis contener. No habeis podido descubrir un sistema reparador, inventar una constitución benéfica y capaz de mantenernos en la senda del verdadero progreso; la perfección humana ha ido alejándose siempre á proporción que se aparta de la enseñanza del Evangelio, hasta llegar á la decadencia cuando se la ha olvidado completamente.

Volved al pié de la cruz y en ese signo vencereis: *in hoc signo vinces.* En Jesus crucificado reside solamente la salvación que habeis buscado en otra parte inutilmente.

Si algo de incomprensible, de extravagante tal vez en su doctrina, segun el lenguaje de S. Pablo, pone en confusión vuestros espiritus limitados, recordad que habeis sido engañados, que por consiguiente sus pensamientos no deben ser vuestros pensamientos, sus designios vuestros designios y sus medios vuestros medios; porque si no fuese así ¿què habría hecho El mas ni mejor que vosotros? Y esto que parece en Dios una locura, es mas sabio que la sabiduría humana en todo su conjunto; lo que parece en Dios una debilidad es mas fuerte que la fuerza de todos los hombres, y así ha vencido al mundo y nadie prevalecerá contra su doctrina sin su propia ruina, como yacen en decadencia los pueblos que del Evangelio se apartan y permanecen en las tinieblas los que nunca han recibido su luz.

La Misión de Jesucristo Redentor

Hé aquí de qué manera abrió Jesucristo su misión terrestre: «El Espíritu del Señor descansa sobre mí, dice de él mismo, después de Isaías; él me ha enviado para predicar la Buena Nueva á los pobres, para curar á los que tienen el corazón lacerado, para anunciar á los cautivos la libertad y á los ciegos el recobro de la vista; para librar á aquellos que están en la opresión; para publicar el año de gracias del Señor y el día en que hará justicia.» (S. Lúcas, c. 4.) Después dirigiéndose á la multitud que lo seguía, les dirigió esta tierna invitación: «Venid á mí todos los que estáis doblegados bajo el peso del trabajo y del sufrimiento, que yo os reanimaré». (S. Mateo, c. 11.)

Tal es, si puede decirse así, el programa de Jesucristo. Nosotros tenemos que estudiar lo que ha hecho para realizarlo.

Engañado por las pérfidas sugestiones del orgullo y fascinado por la perspectiva de una absoluta iudependencia, el hombre había rechazado la dirección divina y se había confiado enteramente á las luces de su débil razón y à las tendencias de su corazón corrompido, cayendo en la degradación del paganismo universal.

Allí estaba la fuente del mal y era necesario secarla para curar á la humanidad.

En efecto; falta de una dirección superior que conociese su orígen, su naturaleza y su fin, aquella no había sabido otra cosa que apartarse de la senda del bien, alterar la verdad y avanzar á grandes pasos hácia la decadencia y la muerte.

¿Qué debía hacer Jesucristo para salvarla, sino descender á esta nave, donde perdida en medio del océano de las edades, la humanidad flotaba incierta de sus destinos, siempre expuesta á naufragar á merced de los vientos y de las olas, y ser Él mismo el piloto, el guía y el salvador?

Esta es igualmente la misión que vino á llenar en la tierra: de su boca divina ha salido esta declaración: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida. Y sin mí nada podéis hacer*». (S. Juan, c. 14.)

Así es como Jesucristo ha reivindicado los derechos usurpados por satán y se ha declarado el Rey de la libertad humana.

El es quien en adelante trazará á la actividad humana la línea que debe seguir, iluminará á la inteligencia con los destellos de la eterna verdad y vivificará el corazón con la efusión de la gracia celestial. Todo el que rehusare seguir la nueva bandera se extraviará muy pronto en los antiguos senderos de la duda, del error y del mal. «Aquel que cree en el Hijo tiene la vida eterna; aquel que no crea en el Hijo no verá la vida. Yo soy la luz; yo soy la vida. (S. Juan, c. 13.) y no hay otro nombre por el cual podamos ser salvados.

Asi pues, soberbio espíritu humano, es tiempo ya de depositar á los pies del Rey legítimo el cetro de las almas, demasiado pesado para tus débiles manos; es necesario renunciar al titulo de gefe supremo de las inteligencias por impotente; y si te proclamas fuerte, libre, independiente, abre tu historia, arroja una mirada sobre sus gloriosos fastos ¿no véis cuánto error, absurdo y locura, y no oyes á tus más adictos campeones exclamar unánimes que no hay insensatez ni concepción ridicula de que no seas capaz? Buscas la luz y te encuentras con las tinieblas; quieres avanzar y retrocedes; prometes la felicidad y produces los sufrimientos. ¿Qué has hecho de Dios? ¿qué has hecho del hombre? ¿qué has hecho de las divinas relaciones que los unen? ¿qué de la misma naturaleza? Hé aqui los principales titulos en que cifras tu gloria: *sensualismo*, *excepticismo*, *ateismo*. Hé aqui los florones de tu gloria y las bases para el juicio del porvenir.

Y no se crea que ha sido nuestro intento injuriar el espiritu humano, envilecer esta noble criatura hecha á la imágen de Dios. Nó; no ha sido ni pudo ser este nuestro pensamiento, porque entonces nos contradeciriamos al escribir estas lineas. No queremos sino atacar el orgullo del espiritu humano; desarraigar este vicio, que ha sido la causa de su perdición. No queremos decir otra cosa que lo que en la tribuna decia un orador eminente, Mr. Guizot: «Yo respeto infinitamente la inteligencia; es uno de los méritos, y será uno de los titulos de honor en nuestro tiempo el saber respetarla altamente y tributarle lo que le es debido; pero yo no confío á ciegas en la inteligencia, ni creo que conviene confiar en ella ciegamente, y menos que nunca en nuestros tiempos. La escesiva confianza en la inteligencia humana, el orgullo humano, el orgullo del espíritu (permitidme llamar á las cosas con sus nombres) ha sido *la enfermedad de nuestra época, la causa de nuestros errores y de nuestros males*. La inteligencia tiene necesidad sin cesar de ser advertida, contenida, guiada y esclarecida.» Y ¿quién sino Jesucristo puede desempeñar esta misión?

Son pues, aduladores y no prestigiadores del espíritu humano y del pensamiento libre los que

niegan la necesidad de una antorcha divina para guiar la inteligencia humana, confundiendo la libertad con la licencia y el orgullo.

Si; en el orden moral, sobre todo, el espíritu humano es débil y no puede marchar sin los socorros de un poder sobrenatural; y nada lo prueba mejor que la vanidad de los esfuerzos en todos los tiempos de la ciencia con el nombre pomposo de filosofía por sustituirse á la moral y á la religión; porque en efecto, ¿qué progresos ha hecho, qué obras duraderas ha producido? ¿de qué monstruosos errores, por el contrario, no ha sido madre? ¿Dónde están las verdades descubiertas por ella y demostradas con entera certidumbre? La eterna lucha de sistemas, que se destruyen los unos á los otros, es con lo que pretende sustituirse á los sublimes principios del Evangelio. Y aún aquellas verdades que ha revestido algunas veces con todo el esplendor de la elocuencia, no son más que un hurto hecho á la religión; y ni aún ha sabido conservar intactos estos sagrados despojos; su soplo deletéreo desde luego los ha marchitado, alterado y descompuesto, porque los ha abandonado á la merced del criterio y capricho individual; arbitrario y acomodaticio, sin valor ni sanción para la conciencia del individuo y menos de las sociedades: no hay más que anarquía intelectual y por ende moral y religiosa, y así no puede vivir la humanidad. Hé aquí la obra de la razón incrédula.

Para decirlo de una vez; después de más de seis mil años de rudos trabajos, después de los estudios concienzudos de una multitud de hombres dotados de genio, esta ciencia, según la confesión de sus más ardientes adeptos, no solamente no ha podido constituir un cuerpo definitivo de doctrina moral, un código; sino que en los últimos tiempos ha descendido á la degradación del ateismo materialista con el nombre moderno de positivismo científico.

Encuéntranse hoy día filósofos, y se encontrarán en adelante, que pretenden y pretenderán formalmente hallar en la ciencia, objeto de sus cultos, medios suficientes para la constitución de la sociedad moral; más la experiencia los desmiente y les patentiza, que siendo la ciencia obra del hombre, no tiene más poder ni eficacia que la dada por el hombre mismo, quien no podrá sostener un derecho de que está desprovisto para gobernar la conciencia.

Por lo demás, esos mismos filósofos laméntanse siempre de la impotencia de la pretendida ciencia, y hasta el día, con estupefacción del mundo, responden á porfía, ó que esa ciencia no ha producido sino quimeras, según Kant; ó que no existe aún, al decir de Jouffroy, ó que apenas está en mantillas, como advierte Cousin y Hebert Spencer.

Mas una ciencia que después de haber sido cultivada con empeño por los más grandes ingenios, no tiene después de seis mil años sino una existencia cuestionable, no ha nacido seguramente para conservar la vida, ni puede legítimamente dirigir sus pretensiones sobre el imperio de las almas.

Pero aún suponiendo que realmente haya existido y que desarrollándose prodigiosamente ha llegado á su apogeo, no por eso sus pretensiones serían más justas, según que siempre carecería de sanción suficiente para sostenerse, ante los individuos y la sociedad, pues de otro modo quedaría librada al capricho y aceptación de cada cual. «Filósofo, decía en su tiempo Rousseau, bellas son tus leyes morales; pero ¿dónde está su sanción?»

Es necesario, pues, para constituir la verdadera y perfecta sociedad moral, medios más poderosos que los que dependen del hombre y de su ciencia; y esos medios solo pueden venir de Dios por el Evangelio.

∴

80681

La verdad de la anterior proposición está garantizada con la opinión de los más ilustres pensadores, tanto de la antigüedad como de los tiempos modernos, no menos que con el sentimiento de todo el género humano. Es más fácil, dicen los primeros, levantar una ciudad en el aire, que fundar una sociedad sin religión; y si examinamos la conducta de los pueblos, encontrarémos que ninguno se ha sometido á la autoridad moral de un legislador antes de persuadirse, con razón ó sin ella, que ese legislador no hablaba en su nombre, sino en el de Dios, de quien era enviado.

Por un sentimiento justo de la dignidad primitiva, la humanidad no ha querido, ni lo querrá nunca, reconocer otro Rey de su libertad sino á Dios. Y ¿quién la podrá vituperar? ¿No es Dios, como soberana inteligencia, el único capaz de señalar reglas infalibles á los seres libres?

Desgraciadamente la humanidad ha abusado de ese excelente instinto, y no han faltado impostores que, dándose á conocer como órganos del cielo, la hayan engañado indignamente.

Pero si la humanidad ha sido frecuentemente engañada ¿lo será siempre, y Dios se reirá de su suerte cuando la inspira una repugnancia tan profunda para no sugetarse á otra soberanía moral que la suya?

¿Deberá resignarse la humanidad á no ver jamás realizada una sociedad moral sobre la tierra, ó deberá por el contrario, dirigir su actividad hácia el fin que sus invencibles tendencias la designan, esforzándose á distinguir entre la multitud de los usurpadores religiosos, al rey legítimo de la libertad? Tal es la cuestión realmente vital del porvenir. Ha pasado el tiempo de las pretensiones racionalistas: ningún hombre tiene derecho de someter á su azón la de otro. El hombre quiere que sus pensamientos, sus deseos y sus acciones sean dirigidos por un Rey Dios, ó

cuando no, quiere dirigirse por sí mismo; ya que en el orden moral no hay más que dos alternativas posibles: la libertad individual, esto es, la anarquía, ó la sumisión á la autoridad divina, esto es, la ley y la sociedad moral. Hé aquí el forzoso problema de los destinos terrenales.

Por lo que á nosotros toca, que no desesperamos de la suerte de la humanidad y que creemos que Dios la ha dado un rey capaz de conducirla á sus fines inmortales, sabemos quien es ese rey y cuales son sus titulos, no menos que las obras que le consagran.

Es Jesucristo y su Evangelio, cuya misión divina está constatada por todos los medios al alcance de la inteligencia humana. El lo ha dicho: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» y esta afirmación absoluta no puede ser sino la de un Dios, ó de un impostor; y esto último jamás podrá afirmarse de Jesucristo, porque lo desmiente la historia y el sentido de la dignidad humana en el mas grande de los hombres que ha existido.

Y sin embargo despues de una tan larga y desgraciada experiencia, no nos hemos desengañado todavía de nuestros errores; no nos hemos desprendido de nuestras orgullosas pretensiones; no nos hemos convencido de la inutilidad de nuestros esfuerzos. Como Adan y Eva rechazaron la autoridad de Dios, asi nosotros rechazamos la autoridad de su Hijo, el Verbo hecho carne; y cuando su obra está desarrollada paralelamente con la nuestra, cuando los resultados prodigiosos de su doctrina nos han herido con su evidencia, cuando no hemos podido negar la superioridad de esta doctrina sobre nuestras miserables y efimeras concepciones, entonces, oh prodigio de orgullosa insensatez, no lo hemos ya desechado, sino que hemos querido aproximarnoslo; le hemos acariciado como á nuestro bien, y nos hemos dicho: ¡Jesucristo es el progreso del espiritu humano! Salvo que

al día siguiente nos contradigamos pretendiendo que Jesucristo es una cosa gastada, que ha pasado su tiempo y que á nosotros nos toca perfeccionar su Evangelio; porque si las máximas de este Evangelio agradan á nuestro espíritu, llenan tambien de terror á nuestro corrompido corazon.

¿A quién iremos, por tanto, sino vamos hácia Jesucristo? El sólo tiene las palabras de la vida eterna: ¿A quién pedirémos la regla de nuestra conducta? ¿á nosotros mismos? Pero tenemos la conciencia de nuestra debilidad y de nuestra ignorancia; sentimos que la ciencia del bien y del mal se nos escapa, que las pasiones nos seducen y nos arrastran. ¿A otro hombre? ¿à un genio? Pero ¿cuál es el genio bastante poderoso para que se reconozca en él el derecho de imponer las leyes de la moral á sus semejantes? Ni ¿quién es el mortal bastante atrevido para poner la mano en el timón de la barca que lleva á la humanidad sobre el océano del mundo; bastante presuntuoso para creerse capaz de conducirla sabiamente á través de todas las tempestades y preservarla de todos los escollos?

No; ningún hombre podrá decir á la humanidad: «Yo soy tu camino», «yo soy tu verdad»; ninguno podrá decirle: «yo soy tu vida» porque al momento se le podrá dar un mentís irrecusable.

No le queda evidentemente á la humanidad más que una sola alternativa ó vagar al acaso al impulso de diversas y encontradas doctrinas, sin objeto y sin esperanza ó colocarse y marchar bajo el santo estandarte de Aquel que ha podido únicamente decir: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; porque le ha sido posible decir también: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos; las potencias del averno no prevalecerán contra mí; aquel que me sigue no anda en las tinieblas: si vosotros permaneceis adheridos á mis palabras, conocereis la verdad, y la verdad os hará libres; yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí vivirá». La elección, pues, no podrá ser dudosa.

Lo mismo que esas plantas que no pueden elevarse del suelo sin un apoyo, y si este apoyo los falta, se marchitan y mueren; pero que, por el contrario, si se adhieren á un árbol tutelar proyectan en todas direcciones vigorosos y floridos ramos, así la razón humana entregada á sus propias fuerzas desfallece y muere.

Pero si la razón divina viene á sostenerla y á llevarla sobre sus alas, en un vuelo atrevido puede lanzarse con ella hasta más allá de los astros.

Pues que el principio de bien que Jesucristo ha depositado en el mundo es Él mismo con su Evangelio, se convierte en el divino apoyo de la débil humanidad; la mantiene sobre su camino, la alumbra con su verdad y la reanima con la abundancia de su vida. Y desde que Jesucristo ha aparecido en el mundo, la humanidad no perecerá. Él es su salvador y su glorificador; porque no pudo ser derramada en vano la sangre del Redentor, y su reino no tendrá fin.

Nos place ahora consignar un síntoma de feliz acercamiento hácia el cristianismo aún de parte de los grandes pensadores, que una falsa educación llevara á pagar tributo á la incrèdulidad.

«La opinión es todavía una gran fuerza; dice un ilustre publicista; durante mucho tiempo ha ejercido su imperio contra la religión del Cristo; pero hoy día dá un paso de conversión... Los verdaderos iniciadores y conductores de la opinión, oso afirmarlo, se acercan al cristianismo. El movimiento de las ideas en el grupo superior, las corrientes de opinión en las altas regiones intelectuales constituyen una fuerza, una gran fuerza y hoy día son favorables al cristianismo. Pero añade: estas aspiraciones, confusas aun pero innegables, este movimiento de las almas escogidas hácia las cosas de la fé, hácia el Evangelio se realiza á pesar de las masas sectarias y de las masas corrompidas por la educación positivista y atea».

Queremos entre todos citar uno de esos pensadores distinguidos, un historiador eminente, estimado de todos por su alta sinceridad, su vasta y leal erudición, que reconoce paladinamente y exalta con rara elocuencia el grandor, la belleza, la gran influencia moral y social del cristianismo; es Mr. Taine, en su estudio sobre la reconstitución de Francia, quien hace este magnífico homenage á la religión cristiana.

«Hoy dia, despues de dieciocho siglos, sobre ambos continentes.... el cristianismo es, para mas de cuatrocientos millones de criaturas humanas, el órgano espiritual, el gran par de alas indispensable para elevar al hombre por encima de sí mismo, de su vida rastrera y de sus limitados horizontes.... Siempre y por todas partes, desde dieciocho centurias, tan pronto como esas álas desfallecen ó se las rompe, las costumbres públicas y privadas se degradan...

«Cuando se ha presenciado este espectáculo, y de cerca se puede justipreciar el contingente del cristianismo en nuestras sociedades modernas, entonces se vé lo que en ellas ha introducido de pudor, de suavidad y de humanidad, lo que ha mantenido de honestidad, de buena fé y de justicia.

«*Ni la razon filosófica, ni la cultura artística y literaria, ningun código, ninguna administración, ningun gobierno es suficiente para suplirlo en este servicio.* Solamente él y nadie mas puede detenernos en nuestra pendiente natural para sugetar el deslizamiento insensible por el cual incesantemente y con todo su peso original retrogada nuestra raza hácia la decadencia; y el antiguo Evangelio, cualquiera que sea su aspecto presente, es todavía el mejor auxiliar del instinto social.»

Hé aquí una hermosa confesión que en términos más profanos, pero muy exactos, expresa la afirmación que constituye el argumento de la

presente pastoral. Entiéndalo bien el racionalismo incrédulo, que ha proclamado la *moral independiente* para sustituirla al cristianismo y al Evangelio; entiéndanlo bien los publicistas que pretenden que el mundo moral y la perfección moral, esencia de la verdadera civilización, pueden existir y progresar sin Jesucristo y su código moral. No; para este supremo y sublime servicio en la moralidad individual y social, nadie puede suplir al cristianismo, cuya más alta expresión es el catolicismo, al decir del filósofo Cousin.

En ese servicio, base é ideal de la civilización, el cristianismo no tiene émulo ni suplente; ya que al decir del mencionado publicista, ni la razón filosófica, como afirma el racionalismo; ni la cultura artística y literaria, al decir de los progresistas; ningún código, ninguna administración, ningún género de gobierno, como lo proclaman los estadistas del positivismo, es suficiente para suplir al cristianismo en el órden moral é impedir que las costumbres pùblicas ó privadas se degraden. No es por tanto, una pretensión sectaria, como afirman los incrédulos, declarar que sin cristianismo no hay civilización ni puede existir la moralidad pública y privada. Es el filósofo Taine quien así lo afirma en nombre de diez y nueve siglos de historia y de experiencia.

Incontrastable energía del cristianismo

Tócanos ahora ver en la historia la incontrastable potencia y energía del cristianismo contra todas las rémoras y obstáculos, á fin de que no nos arredren las dificultades del presente con relación á las futuras conquistas del cristianismo, en su misión civilizadora.

He aquí como se expresaba Mr. Guizot, el tan celebrado autor de la *Historia de la civilización*: «Es necesario para nuestra salvación presente y

futura que la fé en el orden sobrenatural, que el respeto y sumisión á este mismo órden vuelvan á entrar en el mundo y en el alma del hombre, tanto en los grandes espíritus, como en los pequeños, lo mismo en las regiones mas elevadas, que en las más humildes. Su influencia real y eficaz, la influencia regeneradora de las creencias religiosas no se consigue sino por este medio». Y añadía enseguida el gran publicista: «Mas no os inquieteis por las dificultades de la obra, ni por la gran multitud de los que miran con indiferencia las cosas sobrenaturales. *Las dificultades y el número de los adversarios eran mucho mayores cuando el cristianismo apareció en el mundo. ¡Un solo grano de fé vale mas que montañas de duda y de indiferencia!*

Así pues, vamos á exponer en sus manifestaciones históricas la eficacia ingénita y maravillosa de la cruz, enumerando los enemigos poderosos que se presentaron á combatirla y que fueron vencidos.

Así aprenderemos también á no temer á esos pigmeos modernos, que nos amenazan de muerte.

Cuando en el templo de Jerusalem el santo anciano Simeón tomó á Jesùs en sus brazos, profetizó así: «Este niño será un signo de contradicción».

Estaba, pues, profetizado que la cruz no haría una entrada pacífica en el mundo, sino que, por el contrario, los pueblos rechazarían como á una enemiga á esta divina bienhechora, que les traía el remedio de un mal, que ellos amaban, aun cuando fuesen víctimas de él. Todos aquellos á quienes confunden sus milagrosos sucesos, han pretendido para disminuir su gloria, que ella no había hecho mas que aparecer para ver caer el universo à sus pies; pero no, estaba en sus destinos combatir, y ella por su virtud divina ha predominado en medio de sus enemigos: *Dominare in medio inimicorum tuorum.*

*
* *

Había llegado la hora en que los apóstoles revestidos de poderes divinos debían recibir la orden de marchar á la conquista del mundo. Estaban sobre la montaña en que Jesús les había mandado se reuniesen; y viendole allí, le adoraron. Entonces Jesus acercándose á ellos les dijo: «*Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo á vosotros.* Habiendo dicho estas palabras inspiró sobre ellos el hálito divino de su boca y añadió: *Recibid el Espiritu Santo.... Id é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, y enseñadles á observar todas las cosas que os he mandado; y estad seguros de que estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.*»

Despues de haber dicho esto el Señor, los bendijo y se elevó á los Cielos en presencia de sus discipulos absortos, encargados ya de la ejecución de la empresa mas grande y augusta que hayan contemplado los siglos.

¡Qué escena! qué palabras, qué magestad! y sinembargo ¡qué hombres! He ahí los discípulos de quienes el Evangelio ha expresado tan fielmente la ignorancia, la rusticidad, la debilidad, la ligereza, la cobardia, la ingratitud: he ahí á esos pobres pescadores, que escoje Jesús para hacer resaltar la divinidad de la misión, que oyen sin conmoverse estas admirables palabras: «*Id é instruid á todas las naciones*».

Y Aquel que las pronuncia, seguro de su resultado, desaparece á sus ojos, dejando á ellos solos la ejecución de esta empresa humanamente imposible.

Ah! si compareciesen los conquistadores más ilustres, que llenaron la tierra con la fama de su nombre y que saben cómo se subyuga á los pueblos, no podrían menos de rendir testimonio y contestar que sus más atrevidas empresas eran

nada en comparación de la que Él había resuelto cumplir.

A la vista del campo indefinido que se abre delante de Él y de la desproporción de los instrumentos que emplea, y no obstante la firme seguridad con la cual considera el suceso de su obra, el espíritu humano se pierde y se confunde: ¿qué será si el prodigio se realiza, y si la cruz por solo su virtud obliga á inclinarse delante de ella á todas las potencias de la tierra?

¡Qué empresa! Gracias á los pacíficos conquistadores de la cruz la tierra vió la Buena Nueva, recibirá las primicias del nuevo espíritu y ve abrirse la era del nuevo reinado que debía libertarla y restablecer al hombre en su dignidad de ser libre esclareciendo y purificando esa misma libertad.

Gloria, pues, á esos ilustres conquistadores de la cruz que no han recorrido las naciones, como los otros conquistadores con el fuego y el hierro para asolarlas, enriquecerse con sus despojos y esclavizarlas, sino con la verdad y la caridad para instruirlas, consolarlas y regenerarlas rociándolas con la sangre del Redentor, mezclada con la suya, y librarlas de la servidumbre del mal, que engendra todas las demás servidumbres!

Su empresa, su sacrificio, su triunfo, todo es sobrenatural, todo divino; y cuando los hombres hayan sentido la virtud de esta obra maravillosa, cuando tristes experiencias les hayan hecho comprender que en las inefables armonías del cristianismo, se encuentra el único y verdadero remedio de sus males, entonces arrepentidos de su ingratitud, avergonzados de la ceguedad que les había hecho preferir vanos y funestos sistemas á la palabra de verdad y de vida, caerán de rodillas á los pies de los santos libertadores á quienes habían desconocido, desdeñado, ultrajado y perseguido y les suplicarán que les soliciten del cielo

el que vuelva á renovar para salvar á la tierra, perdida en la anarquía moral, el milagro que otrora la ha hecho salir del abismo.

*
* *

En la época presente servirá grandemente para reanimar á los pusilánimes, y demostrar en la historia cómo el cristianismo ha depositado en el mundo un principio de bien asaz eficaz para luchar victoriosamente contra el principio del mal. Esto lo vamos á ver al exponer á grandes rasgos los combates de la cruz en el mundo al traves de los siglos.

Y desde luego, parecía que la cruz que anunciaba á los pueblos la virtud, la paz y la dicha, no había de encontrar en su paso ninguna resistencia, tanto mas cuanto que en vez de apelar á la fuerza, ella no se servía de otra arma que de la persuación; que lejos de suscitar los celos del orgullo, desplegando un grande aparato, no se presentaba sino bajo la forma de la humildad, de la pobreza y de la debilidad.

Pero era muy necesario que esta humildad fuese de la grandeza, esta pobreza de la riqueza, esta debilidad de la fuerza; porque de golpe se vió dirigirse contra ella un ejército numeroso de formidables enemigos.

Se desprecia á un adversario impotente, se desdeñan vanos ataques; y si la cruz tuvo los honores de la guerra y de una guerra terrible, fué sin duda porque valía la pena de ser atacada.

Muy poco han querido comprenderlo, y demasiado han procurado disimularlo, pero esto solo, es por sí un gran milagro.

Que doce pobres pescadores, discípulos de un maestro crucificado, sin otras armas que su ruda palabra, sin auxiliares de ninguna especie, abandonados, solos en medio del mundo hayan podi-

do provocar contra ellos no solo una lucha formal, sino aun más, una lucha reñida y desesperada de todas las potencias de la tierra, es un hecho que no tiene semejante, es la revelación de un órden sobrehumano, es un verdadero prodigio. El pasado ha contemplado este prodigio, y el presente puede admirarlo todavía; y sobre él llamamos la atención de los que creen que el racionalismo puede combatir victorioso la religión de nuestros mayores.

Todos los enemigos de la cruz, espantados de los progresos inesperados y de la vida que ella había encontrado en la muerte, se levantaron como un solo hombre para oponerse á sus invasiones y defender de la ruina sus intereses, sus pasiones, sus doctrinas, sus instituciones, sus privilegios, sus tiranías, firmes y robustos por la religión, por la ciencia, por los hábitos, por las preocupaciones, por el patriotismo, por una prescripción en fin de cuarenta siglos.

Ellos tuvieron á su disposición y emplearon todas las fuerzas del mundo: la fuerza material, la fuerza intelectual, la fuerza sensual, la fuerza de inercia; y fueron secundados por dos terribles obstáculos: el espacio y el tiempo.

Sigamos las faces de esta gran batalla que se puede llamar muy bien la batalla de la vida, y contemos los rudos asaltos que tuvieron que sostener los soldados de Cristo antes de poder hacerse dueños de la posición y enarbolar en ella para siempre el símbolo de la libertad del alma santificada, probando asi la divinidad del Redentor y la incontrastable energía con que sabe vencer todos los obstáculos. He aqui tambien porque jamas teme á sus adversarios: es invencible.

Eso si; rogamos al lector que medite el espectáculo que nos presenta el cristianismo en sus combates, y no dejará de convencerse de su divinidad.

Combates de la Cruz contra la fuerza material

En un mundo perverso que esclavizaba todo lo que podía existir, la fuerza material, celosa de su imperio, debia irritarse la primera contra el nuevo poder que venía á disputárselo.

Su primer triunfo fué el suplicio de la cruz, triunfo desgraciado para ella, que no hubiera jamas deseado, si hubiese previsto las consecuencias, y que le hizo sentir que toda su energía no era mas que una energía brutal sojuzgando por la muerte, pero debilitándose ante la vída.

Sin embargo, ella no perdió todavía el ánimo, y cuando vió una generación de nuevos combatientes germinar de la sangre de la cruz, esperó ahogarlos en esa sangre regeneradora. En vano por la boca de Gamaliel hizo oir la sabiduría su voz; los apóstoles, fueron echados, aprisionados, atormentados y ajusticiados. Estéban el primero, espiró apedreado por los judíos; Santiago, hermano de Juan, fué condenado por Herodes á perecer por el filo de la espada; y Santiago el menor, à quien los fariseos precipitaron desde lo alto del templo, acabó de morir bajo el mazo de un batanero. Esto no era mas que el preludio del combate, el principio de los dolores.

Muy pronto, como dice Bossuet, un interes mas grande va á remover una máquina de mayor tamaño.

El imperio romano, esta encarnación del mundo antiguo, esta última consecuencia del abuso de la libertad, este establecimiento definitivo del dominio de la fuerza sobre las almas embrutecidas por el vicio, en el momento en que acababa de cerrar el templo de Jano, donde Augusto había recibido los últimos suspiros de la libertad agonizante, se apercibió de que las almas se revelaban, que sacudían sus cadenas, que encontraban un punto

de apoyo bastante sólido para mantenerse en pié y reorganizar una resistencia que en adelante podía creer imposible.

Un dominador universal había sido prometido por el Oriente, y los ecos del mundo repitiendo por todas partes esta promesa, hacían temblar sobre su trono á la ciudad reina de los pueblos. ¿Qué porvenir la esperaba? Iba á perder la inmensa herencia, fruto de su paciencia política, de la sangre de sus soldados, de la habilidad y del valor de sus grandes capitanes? ¿Iba, en el apogeo de su gloria, en medio de sus triunfos á sufrir los tristes destinos que le anunciaban siniestras predicciones?

«Roma altanera, decía la Sybila, el castigo caerá sobre tí desde lo alto de los cielos; tú la primera doblarás el cuello, tus cimientos serán destruídos; se hundirán tus murallas, tus hijos perecerán y el fuego te consumirá».

Durante algún tiempo pudo Roma despreciar estos rumores, sonreirse de estos oráculos: otros más antiguos y más grandes le habían prometido un imperio eterno; pero cuando arrojando una mirada sobre sus vastas provincias vió por todas partes á sus hijos y á sus súbditos repudiar su religión, sus instituciones, sus costumbres; cuando hubo advertido que invadían su propio seno hombres nuevos cuyos principios le atacaban al corazón y que se decían los soldados de un nuevo rey; entonces ella levantó su brazo de gigante y quiso aplastar á estos enemigos inesperados: el Senado, el pueblo, los emperadores decretaron, según la espresión de Orígenes, que no hubiese cristianos.

Ellos imaginaban por el hábito y la experiencia de su poder, que nada debía existir sin su permiso, y que un decreto suyo era una sentencia de muerte indubitable.

Hacía mucho tiempo que el Senado por sus

edictos había prohibido las religiones extranjeras; y poco antes el elegante y voluptuoso Mecenas había propuesto á Augusto un reglamento para proscribir las novedades que sin duda podrían turbar su bienaventuranza.

Todo culto hasta entonces había sido dócil á sus órdenes, y si alguno se atrevía á dirigirse al imperio era humildemente, en la actitud de un vencido que demanda gracia.

El que hoy viene se presenta con autoridad, y cuando se le disputa su derecho, él se alza sobre sus contradictores y les incita á inclinarse en su presencia. «Yo soy la obra de Dios, les dice, y vale más obedecer á Dios que á los hombres.»

A esta resistencia inesperada, á esta actitud soberana, Roma tembló de cólera como un orgulloso vencido, como un hombre altivo, cuyos mandatos son por primera vez desobedecidos, y muy pronto se hizo oir por todas partes un prolongado grito de muerte: *¡Los cristianos á las bestias! ¡Qué se degüelle á los cristianos!*

¿Cómo no temblar por la suerte de estos hombres débiles y desarmados entregados al furor de un pueblo feroz, acostumbrado á respirar el olor de la sangre, y cuyas fiestas y placeres eran horribles matanzas? ¿No era de temer que se hiciese un juego de derramar una sangre aborrecida y reputada como infame...?

Es imposible leer la historia de estas persecuciones, sin sentirse penetrado de horror; y si los escritores contemporáneos, y los mismos gentiles no estuviesen unánimes en la narración que nos han hecho, si no se conociese el espíritu bárbaro de Roma, y si otros acontecimientos todavía recientes no nos hubiesen hecho saber desgraciadamente las atroces crueldades que pueden producir el furor delirante de los ánimos, acaso hoy rehusaríamos creer lo que ha dulcificado nuestras costumbres el Evangelio, y que un pueblo entero ha

podido pedir á gritos el suplicio de hombres inocentes, y formarse una distracción de los tormentos inauditos, de los refinamientos de barbarie que inventaban, para decuplicar sus sufrimientos, los verdugos encarnizados!

Entrad, entretanto, en una ciudad pagana de esa época, y dirigios á la plaza pública.

Allí, bajo una galería cubierta y sobre un tribunal elevado, preside un magistrado á quien rodean sus oficiales, y los lictores que llevan hachas y fasces de varas, especie de soldados verdugos, siempre dispuestos á ejecutar sus órdenes.

Cerca de ellas están las uñas de bronce, los braseros candentes, las cruces, las parrillas, los potros y las planchas ardientes, el plomo derretido, el aceite hirviendo, todos los mas espantables instrumentos del suplicio.

Una multitud amenazadora y furiosa invadia esta plaza arrojando aullidos siniestros. ¿Qué quieren? ¿Para qué son esos horribles preparativos? ¿A qué ese inmenso concurso? Los soldados aparecen á lo lejos; ellos traen á un anciano de cabellos blancos, una jóven tímida, un adolecente apenas salido de la infancia, un hombre del pueblo, un pobre esclavo; y detras de ellos, marcha un grave filósofo, sobre cuya frente brilla el sello de los grandes y nobles pensamientos santificados por la unción del sacerdocio.

Se les conduce al pié del tribunal: «Sacrificad á los dioses inmortales protectores de la patria,» dice el magistrado. «Nosotros no reconocemos sino un Dios eterno y soberano que ha criado el cielo y la tierra.

Maldecid á Cristo y os dejaré ir en libertad. — ¿Cómo podriamos maldecir á nuestro Redentor y á nuestro Rey?—¿Qué es ese Redentor crucificado, á quien no se puede agradar sino renunciando á todos los placeres?

Dejad esa vana superstición, para gozar de los

favores del emperador y de las dulzuras de la vida.—Entre nosotros, el alma manda y el cuerpo obedece, porque si los deleites halagan los sentidos tambien corrompen y matan las almas.

¿No sabeis que yo puedo entregaros al momento al suplicio?—Serémos dichosos de llegar por medio del sufrimiento á la perfecta justicia.—Ya conoceis las órdenes del emperador: ¿queréis obedecerlas?—¡Somos cristianos!»

A estas palabras, el pueblo furioso lanza gritos de muerte. Entonces el magistrado pronuncia esta sentencia: «Que los sacrilegos mueran para vengar á los dioses y á las leyes.»

Al punto los verdugos se apoderan de los sentenciados: los unos son clavados en la cruz, los otros estendidos sobre los braseros; estos son sumergidos en calderas de pez hirviendo, aquellos reciben plomo derretido en la boca.

Se les desgarran las carnes con garfios de hierro, se les queman las heridas con planchas ardiendo; introdúcense puntas aceradas en los parajes mas sensibles; se estudia, en una palabra, con un arte infernal el modo de variar, multiplicar y prolongar los sufrimientos, y la multitud aplaude frenética.

Pero los santos confesores de Cristo sufren sin quejarse, y como El ruegan por sus perseguidores y por sus verdugos. En medio de la multitud, sin embargo, pueden distinguir algunos amigos que, con las manos juntas y los ojos elevados al cielo, los alientan con esta actitud de esperanza. ¡Desgraçiados de estos si les sorprenden sus simpatías y sus lágrimas! ¡Ellos tienen un lugar señalado al lado de las víctimas cuyo suplicio lamentan!

*
* *

Pasemos ahora al anfiteatro: allí se agolpa una multitud nueva y mas escogida.

Las matronas ataviadas con un lujo extraordinario, seguidas de sus hijas y de sus hijos pequeños en traje de fiesta, se sientan en primera linea.

Detras se colocan hombres de Estado, dignatarios, sabios, guerreros y despues el resto de los ciudadanos, que el recinto puede contener.

La alegría se pinta en todos los semblantes, la risa corre sobre todos los labios: los ojos brillan con la espansión de las almas satisfechas; no se oye mas que el agradable murmullo de una alegre conversación.

¿Acaso artistas afamados van á representar sobre la arena los altos hechos de los tiempos antiguos ilustrados por la musa de algun gran poeta? Os engañais.

Los artistas que espera ese pueblo son leones, tigres, leopardos y panteras; lo que quiere contemplar no es el noble cuadro de las hazañas de sus padres, la representación sería demasiado insulsa para sus sentidos enmohecidos, y el recuerdo de sus virtudes sencillas y severas vendria á importunarlo en el seno mismo de su molicie.

Lo que ese pueblo necesita para su placer, es sangre, sangre humana que van á derramar á sus ojos las bestias feroces.

En efecto, se ve llegar una procesión de pálidas víctimas, debilitadas ya por precedentes sufrimientos: son cristianos....

Los mártires se abrazan para despedirse, y radiantes de esperanza se muestran el cielo donde se encontrarán muy pronto.

Entonces se suelta sobre ellos á las bestias hambrientas y la carnicería comienza..

¿Quién podrá describir el horror de semejantes espectáculo, de pintar esos miembros arrancados, esos cuerpos destrozados, esos girones de carne

humana disputados, esos hombres devorados vivos y arrastrados por las fieras sobre la arena ensangrentada?

A la vista de esa sangre que corre á raudales el pueblo bate las manos y esclama irónicamente: «*¡Hélos ahí bautizados segunda vez!*» El combate dura largo tiempo: la bestia feroz juega con su presa; la abandona después de haberla mutilado, vuelve á ella y la hace sufrir mil muertes: mientras les queda un soplo de vida, los mártiros oran y se exhortan mútuamente á perseverar en la fé; ellos se consideran como la ofrenda que debe purificarse por el sacrificio para ser digna de esponerse en el altar de Dios!

Entretanto, si las bestias, saciadas de la carnicería han perdonado algunas víctimas, el pueblo del anfiteatro más sediento de sangre no se privará de las emociones de su suplicio. Él llama á los gladiadores, y la crueldad acabará con el hierro homicida á los que había respetado el diente de los tigres y de los leones.

Cuando la matanza ha concluido, porque no queda ya nadie á quien matar, la multitud satisfecha abandona el anfiteatro alegremente, recordando las peripecias de este horrible drama.

Apresurémonos á dejar á estos bárbaros civilizados, y vamos á contemplar en las prisiones un espectáculo no menos triste, pero adonde no nos seguirán los clamores de esa multitud implacable. Necesitamos descender hastá el fondo de los más negros, más húmedos é infectos calabozos.

Allí están encerrados los cristianos que han cansado el brazo de los ejecutores; los que han atormentado sin hacerlos morir, para esperimentarlos más tiempo y atormentarlos de nuevo; los que en fin, esperan el dia de suplicio. Sus manos y sus piés están cargados de cadenas; grandes trozos de madera pasados en derredor de su cuello posan sobre sus hombros y crueles trabas quebrantan sus piernas.

Algunos, cuyo cuerpo no es más que una llaga, están desnudos y acostados sobre pedazos de concha ó vidrio cascado: se les rocía con vinagre para enardecer sus heridas. Otros están abandonados á una lenta agonía, ó á los tormentos del hambre y de la sed. Algunas veces, por un refinamiento de barbarie, se les cura con esmero á fin de restituirlos á la vida y hacerles sentir el bienestar de la salud para luego espantarlos con la perspectiva de un nuevo combate.

Pero no se oyen entre ellos gritos, quejas ni gemidos; sufren con una paciencia admirable rindiendo á Dios gracias y alabándolo con cánticos santos. Los sacerdotes consagran el pan sobre su pecho ó sobre la mano de los diáconos y hacen descender en medio de ellos á la Víctima augusta del Calvario, que les alimentará y les sostendrá con su virtud divina.

Los infieles que se les acercan, los carceleros, los mismos soldados que los custodian se conmueven á la vista de tan sublime resignación, y muchas veces sintiendo nacer en ellos el deseo del martirio, se convierten y piden el bautismo.

Tanto se teme la fuerza de la palabra de estos hombres debilitados, aniquilados por el dolor, que no se deja penetrar hasta ellos sino á sus parientes, á sus amigos cuyas lágrimas y tiernos discursos puedan conmover su constancia y vengan á ser una tentación más peligrosa que los mismos tormentos.

Entretanto, la Iglesia no los olvida. A fuerza de paciencia, de dinero, de ingeniosos artificios, los fieles se hacen abrir las puertas de los calabozos, y llevan á los santos prisioneros consuelos, alivios y exhortaciones.

Ellos besan sus cadenas, curan sus heridas, oran con ellos y se animan con su ejemplo á volar más pronto al martirio.

«Ilustres confesores de Jesucristo, esclama Tertuliano, en la prisión halla un cristiano las mismas delicias que los profetas gozaron en el desierto. Cambiad el nombre y no es más que un lugar de retiro donde el espíritu viaja en libertad; no bajo las espesas sombras ni bajo las largas bóvedas de los pórticos, sino en las espaciosas sendas que conducen á la patria coleste. Cuando el alma está en el cielo, el cuerpo no siente el peso de las cadenas: ella se lleva consigo todo el hombre.» (1)

Si salimos de estas prisiones, admirados de oír por la primera vez los acentos de la virtud, y purificados de sus tinieblas y de sus exhalaciones perniciosas por una luz y un perfume celeste, nuestra alma, un momento arrebatada á la tierra, volverá á ella bruscamente al ruido del tumulto y de los gritos de muerte.

El populacho amotinado contra los cristianos, los persigue en las calles con injurias y ultrajes; él los aprehende, los apedrea, los entierra vivos, los ahoga en los rios.

«¡Huyamos, diréis, huyamos del espectáculo de tantos horrores!» ¿Pero adónde huir? Los caminos están cubiertos de cristianos mutilados, encadenados, maltratados; con la frente marcada con un hierro candente, como esclavos del público, á los que se relega á las islas salvajes, se deporta á los países bárbaros, ó se envía á morir al fondo de las minas ó en los trabajos más penosos del Estado.

Apenas refugiándose en la soledad de los desiertos se evitaría la vista de estos espantosos excesos de persecución. No es, en efecto, en una sola ciudad en donde pasan estas escenas de torturas, de suplicios y de asesinatos; es en todo el universo conocido; en Italia, en las Galias; en Egipto, en Siria, en Mesopotamia, en Persia, en

1 Epist. á los mártires.

Roma, en León, en París, en Zaragoza, en Alejandría, en Antioquía, en Esmirna, en Jerusalém; durante la mitad de su curso, el sol ha alumbrado la carnicería de los cristianos: no podría figurarse el furor de que sus enemigos estaban animados contra ellos. Los suplicios parciales no les bastan; ellos matan en conjunto. Numerosas víctimas de toda edad y sexo, eran arrojadas en montón en enormes hogueras, ó metidas en barcas para ser precipitadas en el fondo del mar.

En Frigia una ciudad entera con sus habitantes, su gobernador y sus magistrados fué entregada á las llamas. (1) En León, como todavía lo recuerda una inscripción antígua, diez y nueve mil personas fueron asesinadas con el obispo San Ireneo.

En otra ocasión se destruyó á una legión entera; y los senadores, los magistrados, los filósofos hacían la apología de estos crímenes.

El jurisconsulto Ulpiano, prefecto de Roma, en una obra intitulada: *El deber del procónsul*, tuvo aún el triste valor de recopilar los rescriptos de los emperadores contra los cristianos, á fin de que el procónsul conociese bien los diversos géneros de suplicios con que debía castigar á los que profesaban esta religión.

*
* *

¡Cosa más horrible todavía! este furor no fué el frenesí de un momento, el resultado pasajero de la exaltación del ódio. ¡El duró por espacio de tres siglos!...

El desterrado de Pathmos, (S. Juan) había entrevisto en su visión apocalíptica á una mujer sentada sobre una bestia color de escarlata, llena de nombres blasfemos, y cuyo monstruo tenía siete cabezas y diez cuernos. Estas siete cabezas eran las siete colinas sobre las cuales la mujer (Roma) estaba

1—Eusebio, *Hist. eccles.*, 1, 8.

MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

sentada; y los diez cuernos diez reyes que tenían todos el designio de combatir al Cordero y dar á Satanas su autoridad y su poder. (1)

Sin contar una multitud de acciones particulares, el cristianismo tuvo que sostener contra estos diez reyes, diez batallas generales.

Nerón, cuyo solo nombre recuerda la infamia unida al más tiránico despotismo, era digno de comenzar el ataque contra la santa libertad de las almas. El derribó al primer golpe, la cabeza y el brazo de la Iglesia: San Pedro fué crucificado y San Pablo decapitado; pero esta cabeza y este brazo no eran mas que instrumentos de Cristo, que, una vez resucitado, no muere ya y que vuelve á manifestarse en una encarnación nueva.

Desde entonces los cristianos debieron permanecer constantemente en sobresalto; y escepto algunos raros y cortos intervalos tuvieron que sufrir constantemente la temible prueba de la persecución.

Apenas podían respirar tranquilos y adorar la cruz con libertad en el fondo de las catacumbas.

Domiciano volvió á empezar la obra de Nerón; Trajano, cuya clemencia encarece la historia, y el filósofo Marco Aurelio, la continuaron.

No obstante estos esfuerzos de un poder violento y cruelmente feroz, la cruz estendía sus conquistas en Oriente y en Occidente. Ella se adelantaba hasta los paises impenetrables á los ejércitos romanos, y hasta las islas mas desconocidas.

De la sangre de sus hijos salían gérmenes fecundos. La tiranía se exasperaba. Severo, Maximino, Decio, Valeriano y Aureliano hicieron correr á torrentes esa sangre inocente; Dioclesiano y Maximiano inundaron la tierra, y la época de su

1—Lact., *Div. inst.*, 1, 8.

reinado fué justamente llamada: *la era de los mártires.*

Oigamos ahora à algunos autores contemporáneos sobre las faces principales de estas persecuciones. «Nerón, dice Tácito, á fin de sofocar la acusación sobre el incendio de Roma que pesaba sobre él, sustituyó culpables y castigó con los suplicios mas refinados á los que el pueblo llamaba cristianos. Este nombre venía de Cristo, á quien Poncio Pilato había hecho ajusticiar en Judea bajo el reinado de Tiberio.

«Se castigaba al principio á los que confesaron, y en seguida á una *gran multitud* que se descubría por la confesión de los primeros, pero á los que se habia convencido menos del crimen de incendio que de odio al género humano.

«Se hizo de la muerte de estos un espectáculo de diversión: cubiertos unos con pieles de animales fueron devorados por los perros; á otros se les untaba el cuerpo de una resina y se les ponía fuego para que sirviesen de antorchas durante la noche.

«Nerón prestó sus jardines para este espectáculo y se presentó él mismo en traje de cochero y montado sobre un carro como en los juegos del circo.» (1)

Plinio en su famosa carta nos suministra un precioso testimonio de la inocencia de los cristianos, esponiendo á Trajano sus escrúpulos y su terror por haber condenado á una muftitud innumerable de hombres, á quienes no se podía acusar de ningùn crimen, y confesando las violencias que había ejercido injustamente contra ellos. «Yo les he preguntado si eran cristianos, decía él, á los que lo habían confesado; les he preguntado segunda y tercera vez amenazándoles con el suplicio; y habiendo persistido, los he enviado á morir;

1—Anales, 1, 5.

porque cualquiera que fuese lo que confesasen debía castigarse en ellos su desobediencia y su invencible obstinación.

«He creido necesario arrancar la vida por la fuerza de los tormentos á las jóvenes esclavas que decían estar en el ministerio de su culto. El negocio me ha parecido digno de vuestras reflexiones, por la multitud de los que están comprendidos en este peligro; porque *un número muy grande de personas de toda edad, condición y sexo* serán implicadas todos los días en esta acusación.» (1)

¿Qué responde Trajano? «No es necesario buscarlos; pero si son acusados y convencidos de ser cristianos debe castigárseles con la pena de muerte.» El mismo dió el ejemplo, interrogando y condenando á ser entregado á las fieras á San Ignacio obispo de Antioquía.

Los apologistas cristianos refieren tambien los escesos de la persecución. «El pueblo nos apedrea frecuentemente, dice Tertuliano; nos quema nuestras casas. En el furor de las bacanales no se perdona ni aun á los muertos: se les saca de sus sepulcros y se les hace trizas.» (2)

«Vosotros despojáis, reducís á prisión y cargáis de cadenas á los inocentes, dice San Cipriano al procónsul de Africa; los entregáis implacablemente á las fieras, á las llamas, al hierro de los verdugos; afectais prolongar sus suplicios y una ingeniosa barbarie inventa todos los días nuevos tormentos. ¿Por qué esta rabia insaciable? ¿De dónde viene ese esceso de crueldad que os enajena?...» (3)

Eusebio escribe, acerca de la décima persecución diciendo que es imposible enumerar la multitud de mártires que hubo en todas partes; y

1—Epist. 10, 10.
2—Tertuliano, *Apolog.*
3—Epist. á Demetrio.

Lactancio, espresa que «la tierra estaba cruelmente atormentada, y que á escepción de las Galias, el Oriente y el Occidente habían sido asolados y devorados por tres monstruos.» (1)

Pero sobre todo en las actas sinceras de los mártires, esos procesos verbales escritos por estenógrafos durante los interrogatorios y las persecuciones, es donde puede encontrarse una idea exacta de los suplicios infligidos á los cristianos. Los detalles son verdaderamente horribles.

De este modo se desplegó la fuerza material durante trescientos años para aniquilar la fuerza moral nacida del cristianismo; pero lejos de conseguir su objeto no hizo más que suministrar ocasión de que se manifestase en el mundo con mayor brillo.

En efecto, ¡cuántos héroes sublimes no ha producido! ¡Cuántos dignos sucesores de los apóstoles como los Ignacios, los Policarpos, los Ireneos, los Fabianos, los Ciprianos, los Dionisios, los Mauricios y tantos otros! ¡Qué admirable valor el de las dos esclavas Blandina y Potamiana y el de las jóvenes Felícitas y Perpétua! ¡Qué heroísmo el de esos soldados que deponen sus armas y se dejan matar más bien que renegar un punto de su fé! La madre de Sinforiano alienta ella misma á su hijo todavía adolescente que vuelva al martirio; y un niño, Cirilo de Cesarea, resiste á las amenazas y á las caricias de sus jueces, al aparato terrible de los suplicios, y marcha á la muerte sin perder nada de su constancia.

Es de notar como muchos de los mismos paganos poseidos de admiración por esta fuerza divina y convertidos repentinamente esclaman en el anfiteatro: *¡Qué grande es el Dios de los cristianos!*

Ningún poder humano era capaz de conmover

1—*Hist. eccles.*, 1, 8; *De mort. pers.*, cap. 16.

á los mártires. La gracia de Dios los sostenía evidentemente, y el carácter de su resolución la hacía incontrastable.

Ellos no eran fanáticos; el frenesí del fanatismo, menos que ningún otro, no puede durar siglos. Ellos morían libremente, no por una teoría vaga é incierta, sino por hechos materiales que atestiguaban ó reconocían; por el Dios á quien ya habían hecho el sacrificio de sus más imperiosas inclinaciones para entregarse á la práctica de las más severas virtudes; y está fé, basada sobre hechos visibles, les quitaba toda incertidumbre, los llenaba no solamente de seguridad, sino que esparcía en su alma la calma, la alegría, la serenidad de una conciencia en paz consigo misma; ella los distinguía de todos aquellos que sufren con obstinación por una doctrina sin fundamento; los hacía mártires en toda la fuerza de la palabra, y al mismo tiempo testigos irrecusables. «Los cristianos, dice Orígenes, son los únicos acusados á quienes los magistrados dejarían vivir tranquilos, si quisiesen abjurar su religión, ofrecer sacrificios, y hacer los juramentos acostumbrados.» (1)

El grande apologista habría podido añadir: que ellos eran los únicos mártires que pudiéndolo hacer eficazmente, no habían pensado en tomar las armas para vengarse de las injusticias y de las crueldades inauditas de que eran víctimas.

Aun cuando fuesen mas numerosos que ninguna de las naciones que hacían la guerra á los romanos, aun cuando hubiesen podido colocar un enorme peso en la balanza de los destinos del imperio, lejos de querer escitar sediciones y revueltas, fueron los únicos que no tramaron jamas conspiraciones contra los Nerones, los Domicianos, los Commodos y tantos otros tiranos que horrorizaban al mundo con sus crímenes y de quienes ellos

1—Contr. Cels., 1, 2.

tenían tanto que quejarse. «¿Qué hemos hecho nosotros para vengarnos de vuestras injusticias? exclama Tertuliano. ¿Si quisiéramos haceros una guerra abierta nos faltarian fuerzas y tropas? No somos mas que de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, el palacio, el senado, el foro y no os hemos dejado sino vuestros templos. ¿No seriamos mas aptos para la guerra, aun con fuerzas desiguales, nosotros que no tememos la muerte, si no fuese una de nuestras máximas sufrirla mas bien que darla? Bastaría aún, para vengarnos de vosotros, el abandonaros retirándonos fuera del imperio: quedariais espantados de vuestra soledad.» (1)

Durante casi un siglo, los cristianos á ejemplo de su Divino Maestro que se entregó sin resistencia á sus verdugos, sufrieron todos los padecimientos de su proscripción sin abrir siquiera la boca para defenderse: sus buenas obras eran su única justificación: tenian siempre presente lo que El les había dicho: «Poseed en paz vuestras almas por la paciencia; no temais á los que no pueden matar sino los cuerpos; y había añadido: el que no se defiende sino con el hierro, por el hierro perecerá.»

Todas estas verdades debían irse cumpliendo alternativamente. Desde la primera persecución en tiempo de Nerón se habían grabado medallas en honor suyo por haber purgado la tierra de nuevas supersticiones, y tres siglos despues el poder material se veía obligado á recurrir á violencias desesperadas contra esa misma superstición, como ellos llamaban al cristianismo.

Es verdad que todavía en esta vez el tirano se creyó vencedor, y que en el bronce de las medallas se consignó de nuevo á las edades futuras la estinción del nombre cristiano. Pero los hijos de la

1—Tertuliano.

Cruz habían manifestado bastante paciencia, su número habia sido diezmado frecuentemente, y siempre ellos habían probado en todas ocasiones que podían existir bajo el hierro y el fuego de sus enemigos. Mas iba á llegar el tiempo en que la espada debía romper la espada.

La cruz se apareció á un jóven conquistador y le prometió la victoria. «En el puente Milvius, dice Mr. Chateaubriand, á las orillas del Tiber y á la vista del Capitolio, dos religiones y dos mundos se encontraron frente á frente y con las armas en la mano.

Maxencio interrogó los libros de las Sybilas, sacrificó leones, hizo abrir el vientre á las mujeres embarazadas para escudriñar los augurios en el seno de los niños arrancados de las entrañas de sus madres; entretanto Constantino en su campo se contentaba con decir lo que se grabó sobre su arco de triunfo, y que él alcanzaba por el impulso de la Divinidad y la grandeza de su genio.

Las antiguas divinidades del Janículo, colocaron en derredor de sus altares á las legiones que habían enviado á la conquista del universo. Enfrente de estos soldados estaban los de Cristo. El *labarum* dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó sobre la montaña: el tiempo y el género humano habían dado un paso.»

Digamos nosotros mas: una revolución radical se había realizado; el Calvario había vencido al Capitolio, los antiguos oráculos recibían su sanción; el Oriente prevalecía; el Cristo había arrancado el cetro del mundo á la idolatría de Satán y triunfaba la verdadera religión, á la que no pudo subyugar la fuerta bruta.

Combate de la Cruz contra la fuerza intelectual

Al mismo tiempo que la cruz resistía los rudos asaltos de la fuerza material, la fuerza intelectual, por su lado, la batía en brecha vivamente.

En la antigüedad, careciendo la fuerza intelectual de una dirección justa y de una contraprueba cierta que le sirviese de punto de apoyo, no había sido poderosa sino para disolver y destruir en en el órden moral. Ella tenía el secreto de este poder mortal, y cuando la cruz apareció, encontró en ella una enemiga que no resistiría mucho tiempo á sus esfuerzos conjurados.

El judaismo, la idolatría y la filosofía concertaron su ataque é hicieron caer sobre la cruz una lluvia de dardos.

Así como sucede cuando las malas pasiones se escitan contra un enemigo, cuya superioridad se siente institutivamente, este ataque no fué leal, y la fuerza material manifestó desde el primer golpe su debilidad y su degradación no teniendo vergüenza de ir á buscar sus armas en los odiosos arsenales de la calumnia, de la injuria y de la delación.

Más bien que un combate fué una requisitoria y un llamamiento á los verdugos.

Los discípulos de la cruz fueron presentados como ateos, sediciosos, mágicos, visionarios y enemigos sobre todo de los dioses y del Estado.

Los judíos les reprochaban haber abandonado la ley de sus padres para poner su esperanza en un hombre infamado con el suplicio, y de dar interpretaciones impías á las Escrituras. Ellos inventaban acerca de Jesús, de su nacimiento, de su condición, de su vida, de sus milagros, mil fábulas obscenas, ridículas y absurdas.

Los paganos á su turno, acusaban á los cristianos de ser gentes de la hez del pueblo, impostores y malvados que se reunían en asambleas criminales, en las que sacrificaban un niño, comían su carne y se manchaban después de este execrable festín con los incestos más abominables.

Ellos emponzoñaban hasta sus virtudes y desnaturalizaban su caridad, sus beneficios, su unión fraternal, llamándolas conjuración, libertinaje y seducción.

Los filósofos, en fin, se burlaban de su creencia, de sus misterios, de su género de vida, de su loca esperanza de resurrección, y de esa estravagancia inaudita que les hacía adorar á un Dios hecho hombre, muerto en el suplicio afrentoso de los esclavos.

Por poco fundadas que fuesen estas acusaciones se les arrojaban y se les daba acogida sin tomarse el menor trabajo para averiguar la verdad, como sucede aún hoy dia cuando se trata de acusar á la Iglesia.

«Nosotros estamos persuadidos, confiesa Minucio Félix en su *Octavius*, que los cristianos adoran monstruos, que devoran niños, que se abandonan en sus banquetes á los escesos de la crápula sin reflexionar que no se ha procurado comprobar tales acusaciones; que entre tantos culpables no se ha encontrado hasta ahora uno solo que haya confesado su crímen, aún cuando hubiese estado seguro de la recompensa y de la impunidad; que por el contrario, todos se glorían de su religión y no se arrepienten más que de una cosa, de no haberla abrazado más antes.

«Y en tanto, añade, que no tenemos dificultad de defender á hombres culpables de sacrilegio, de incesto y de parricidio, no queremos ni oir á los cristianos.»

Dos graves historiadores, Tácito y Suetonio, son un ejemplo evidente del odio ciego y apasionado con que se miraba á las cristianos, sin inquirir en manera alguna lo que eran en realidad: fenó-

meno que desgraciadamente vemos reiterado en nuestros tiempos en personas por otra parte ilustradas; pero que profesan un ódio ciego y apasionado contra la religión, no permitiéndoles inquirir la verdad imparcialmente; es por tanto, táctica antigua dar por supuestas las calumnias contra la Iglesia, y según ellas condenarla irremisiblemente y sin apelación. Sírvanos al menos esta lección antigua para no extrañar lo que hoy acontece con muchos de los adversarios del catolicismo.

En efecto, Tácito no vacila en hacerse el eco de una multitud irritada. A sus ojos los cristianos son unos miserables aborrecidos por sus infamias: los considera como culpables de ódio al género humano, y por lo mismo dignos de los más crueles suplicios. Él llama á su culto una execrable superstición, y no teme por otra parte recoger esas vagas acusaciones del encono de la muchedumbre que acepta y consigna con una ligereza increible. (1)

Suetonio vá mas lejos todavía y cree haber justificado á Nerón suficientemente de los tormentos infligidos á los cristianos, por tratarse de unas gentes que introducen una superstición nueva y dañina. (2)

Plinio pregunta seriamente á Trajano si era solo el nombre de cristianos lo que en ellos se castigaba ó los crímenes que se suponían adheridos á este nombre. (3)

Como ya hemos dicho, durante mucho tiempo los cristianos no respondieron á todas estas indignas calumnias sino con la santidad de su vida y el brillo de sus buenas obras, ó cuando mas se contentaban con protestar su inocencia delante de sus jueces, repitiendo como la virgen Blandina: *Somos cristianos, y no se hace ningun mal entre nosotros.*

1—Tac., *Anales*, 1, 15.
2—Suet., in *Ner.*
3—Epíst., 1. 10.

Algunas veces, segun el testimonio de Plinio, los cristianos débiles, que apostataban á la vista de los suplicios, juraban que entre sus hermanos, á quienes habían tenido la cobardía de abandonar, no pasaba nada que no fuese digno y santo; y así la justificación por el poder de la verdad, venía de donde no hubiera debido esperarse.

Pero en fin, para impedir á la calumnia cobrar autoridad y prescribir, para aclarar el error y desenmascarar la impostura, para demostrar la justicia de su causa y la verdad de su fé, numerosos apologistas se levantaron y llevaron á los oidos de los príncipes, de los magistrados y del pueblo la defensa de los cristianos y la esplicación de su doctrina y de sus costumbres.

Vióse sucesivamente entre los griegos tomar parte á San Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo, Hermias, San Clemente de Alejandría y Orígenes; y entre los latinos á Tertuliano, Minucio Félix, Arnobio, Lactancio, Cipriano y muchos otros.

Ellos comenzaron por quejarse altamente de que se diese tan fácil acogida á todas las calumnias que contra ellos se lanzaban, y que con desprecio de todas las leyes humanas se les condenase sin oirlos y solo por su nombre de cristianos.

«Nosotros os suplicamos, dice San Justino al emperador Antonino, que no escucheis á la pasión ni á los falsos rumores para formar juicios que os harán perjuicio á vos mismo; porque lo que os á nosotros no se sabría dañarnos aun cuando se nos arrebatasen la libertad y la vida.

«Que se haga una averiguación exacta de los crímenes que se nos imputan, y si se comprueban que se nos castigue; pero sino se nos halla culpables de ningún crímen, la recta razón prohibe maltratar á los inocentes. (1)

«Los cristianos dice á su turno Tertuliano, son

1—S. Just., Apol.

los únicos á quienes se quita la libertad de defenderse ante sus jueces, y de informarles de lo que deben saber para fallar en justicia.» (1)

Los apologistas procuran enseguida avergonzar á los perseguidores y hacer que se espanten de sus mismas crueldades. «¿Qué haréis, les grita Tertuliano con su fuerte voz, qué haréis con tantos miles de hombres y de mujeres de todas edades y de todas clases que presentan sus brazos á vuestras cadenas....? ¿De cuántas hogueras, de cuántas cuchillas no tendréis necesidad? ¿Diezmaréis á Cartago?» (2)

Con no menos vigor exclama á su vez San Cipriano. «¿Qué viene á ser este furor insaciable? ¿Qué quiere decir esta sed implacable de sangre cristiana? O es un crímen ser cristiano ó no lo es: si es un crímen, ¿por qué no condenais á muerte al punto que se ha confesado? y si no lo es, ¿por qué atormentais á los que son inocentes?» (3)

***

Despues de estos preliminares, los defensores de la cruz se dedican á justificar á sus hermanos, á hacer resaltar sus virtudes, y á demostrar la escelencia de la doctrina que han recibido de Jesucristo.

«Se nos acusa, dicen, de turbar la tranquilidad del Estado: que se examinen nuestros principios y nuestra conducta y se vendrá desde luego en conocimiento de que somos los súbditos más sumisos, más dispuestos á mantener la paz pública. Vuestras leyes y vuestros suplicios no contienen á los malvados; pero nosotros estamos persuadidos de que nada está oculto á los ojos de Dios.

1—Tertul., Apol
2—Idem.
3—*Epíst. á Demetr.*

Se nos acusa de que no honramos á los emperadores por medio de sacrificios: nosotros no ofrecemos víctimas, pero rogamos al único Dios eterno y verdadero por la salud de los emperadores: nosotros los respetamos, pero no los llamamos dioses porque no sabemos mentir.

¿Acaso los cristianos son enemigos del Estado porque no rinden á la majestad imperial honores ilusorios, falaces y sacrílegos; porque consagrados, como están, á la verdadera religión celebran los dias del emperador con una alegría interior y no con el escándalo y la licencia? ¿La alegría pública no se demuestra sino con la deshonra pública? ¿Lo que en cualquier dia viola la decencia y el decoro, deberá ser lo que constituya el brillo de las fiestas del emperador...?

Por lo demás, nuestra fidelidad no puede seros sospechosa, pues que teneis una prueba convincente en la paciencia con que sufrimos la persecución. No, los cristianos no son facciosos; sus reuniones no son criminales.

Nosotros formamos un solo cuerpo, porque tenemos la misma religión, la misma moral, las mismas esperanzas.

Es muy estraño que nuestra caridad mutua sea para algunos un motivo de acriminación. Ved, dicen, cómo se aman; ved, cómo están dispuestos á morir los unos por los otros. Nuestra unión los admira porque ellos se aborrecen entre sí. ¿En qué, pues, delinquimos para merecer la muerte? ¡Vosotros, los que juzgáis á los criminales, hablad! ¿hay entre ellos uno solo que sea cristiano?

¿Y cómo tampoco puede tratársenos de impíos porque adoramos al Dios verdadero, al Padre Eterno, autor de todas las cosas, á su hijo Jesucristo el Verbo encarnado, y al Espíritu Santo que ha hablado por la boca de los profetas?

¡Nosotros culpables de impiedad! ¡acusarnos de ateos cuando honramos á Dios, principio y con-

servador de todo lo que existe! ¿Esos nombres odiosos á quién convendrían con más justo título que á los que nos hablan de otro Dios?

El de los cristianos es el que ha sacado al universo de la nada por su palabra, que lo ha organizado por su sabiduría, que lo rige por su poder. Los mismos paganos le reconocen naturalmente.

Vuestros filósofos convienen en que el Verbo es el Criador del universo. Los cristianos añaden únicamente que habiendo sido pronunciado el Verbo por Dios, es Hijo de Dios, espíritu de su espíritu, Dios de Dios, como una luz encendida en otra luz. Este destello de Dios ha descendido al seno de una Vírgen, y se ha hecho hombre unido á Dios, revistiéndose de carne, y esta carne sostenida por el espíritu, se alimenta, crece, habla, obra, y es el Cristo!» (1)

No contentos con defender su causa con esta vigorosa elocuencia, y esclarecer su fé con las luces de una ciencia elevada, provocaron directamente á la lucha la fuerza intelectual.

¿Por què, dicen valerosamente, por qué dirigirse á nuestros cuerpos que no pueden resistir? ¿A nuestras inteligencias no deberiáis mejor dirigir vuestros ataques?

Haced la prueba en nuestra virtud, librad el asalto á nuestra fé, empeñad el combate por la discusión, y seréis vencidos por nuestras armas, como vuestros dioses han sido vencidos por el nuestro.» (2)

No osando ya retroceder la fuerza intelectual, ante este arrogante reto, procuró colocarse en buena posición.

Bajo los nombres de Celso, de Porfirio, de Lucano, de Jamblico, de Máximo y de Hierocles entró orgullosamente en la liza, y olvidando que no ha-

1 S. Just., *Apol.* Arnob.—Tertul., *Apol.*
2 S. Cipr. á Demetr.

bia sabido dar consistencia á ningún sistema, que habia conducido siempre inevitablemente el espíritu humano al escepticismo, sin asegurarle ni aun esta triste herencia, se constituyó por sí misma como la encarnación de la buena fé y de la infalibilidad. Los gnósticos, y los neo-platónicos pretendieron ser los legítimos reguladores de toda doctrina. Hierocles y Celso intitularon presuntuosamente sus escritos contra el cristianismo, el uno *Discurso verdadero*, el otro *Filalétes*, es decir, amigo de la verdad.

Habia pasado ya el tiempo en que la ignorancia y el fanatismo podían atacar á su satisfacción, por medio de calumnias y de falsas interpretaciones, á una religión que se veia obligada á ocultar sus misterios en las sombras del secreto; pero esta religión habia salido ya del fondo de las catacumbas, y ahora es á cielo abierto cuando la fuerza intelectual puramente humana va á tener que medirse contra la razon sostenida por la virtud de la cruz.

Por un momento el universo entero guarda silencio y tiene fijas sus miradas sobre ese nuevo y vasto campo de batalla en que va á empeñarse la acción entre los dos campeones de las fuerzas beligerantes.

La fuerza intelectual humana había confiado sus intereses á las manos de Celso; Orígenes combatía por la cruz. El primero, filósofo hábil, amigo del satírico Lucano, armado de todos los recursos de una erudición variada, del hábito del sofisma y de una ironía picante, comenzó el ataque con toda la destreza imaginable, procediendo con órden y minando la fé cristiana en su orígen, en sus dogmas y en sus instituciones.

No se puede decir mas en honor suyo sino que los filósofos del siglo XVIII no obstante las grandes luces de que se vanagloriaban y el instinto de su odio, no han creido poder hacer cosa mejor

cuando han querido proseguir la obra de Celso que reproducir sus objeciones.

Como él conocia á fondo el Antiguo y el Nuevo Testamento, y sabia el lazo estrecho, la solidaridad que los unía, los confundió en una misma causa y acumuló simultáneamente sobre el judaismo y el cristianismo, sus calumnias, sus invectivas y sarcasmos.

La Iglesia se alarmó. Origenes, hijo del santo mártir Leonidas, hombre grande desde su infancia como dice San Gerónimo, admirable por la universalidad y profundidad de sus conocimientos, ante el cual el filósofo Plotino no se atrevia á hablar por respeto, prodigio de austeridad como de ciencia y que ya había luchado valientemente contra los verdugos, le restituyó muy pronto la confianza. Nuevo Hércules se ase cuerpo á cuerpo de este otro Caco, enerva todos sus movimientos, destruye todos sus ardides, le levanta del suelo y le sofoca entre sus brazos.

En vano Celso acumula las objeciones, usa diestramente de rodeos, y vuelve repentinamente á la carga; Orígenes le sigue paso á paso, trastorna sus argumentos, descubre sus calumnias y detiene por la dignidad de una sábia discusión, la risa mofadora que se despliega sobre sus labios.

Para no dejarle ninguna evasiva en la incertidumbre de los principios y acortar todos los sofismas, él le atrae constantemente á los hechos, le encierra allí como en un círculo de hierro, viniendo á ser el modelo de todos los apologistas futuros, indicándole la historia como el baluarte inespugnable de la fé cristiana.

A todas las pérfidas insinuaciones, á todos los falsos raciocinios, opone el hecho en toda su pureza y siempre el hecho.

Él presenta à toda luz el hecho de las profecías, el hecho de las tradiciones, el hecho de los milagros, el hecho del maravilloso establecimiento del

cristianismo y de su admirable propagación, el hecho de la belleza de su doctrina y de su eficacia sobre las costumbres.

Ved cómo maneja ese argumento irresistible de los hechos con un arte ingenioso y una viva elocuencia. «Celso, dice, echa en cara al Autor de nuestra religión el haber nacido de una pobre lugareña que solo subsistia del trabajo de sus manos.

«Yo bien sé que en el órden comun de las cosas, la nobleza del origen, la educación, las riquezas y las dignidades que han poseido nuestros antecesores, contribuyen al brillo y á la celebridad; pero cuando, sin estar sostenidos por ninguno de esos medios con todo lo que hay de mas contrario, se llega á elevar por sí mismo, á llenar la tierra con su nombre, á conmover todos los corazones, á poner todo el universo en movimiento ¿no se ve uno precisado á decir que tal cambio supone un gran carácter, ya sea de habilidad, ya de elocuencia?

«Un habitante de Sériphe, decía á Temístocles, que su reputación la debía no á sus virtudes guerreras sino á su patria. Él le respondió: Es cierto que si yo hubiese nacido en Sériphe no habria adquirido tanta fama, pero vos aun cuando hubiesels nacido en Atenas, no habriais sido jamás Temístocles.

«Y nuestro Jesús, á quien se reprocha el haber nacido en un lugarejo, no de la Grecia ni de ningún otro país notable, de haber tenido por madre á una mujer pobre, de haber ejercido un vil oficio en una tierra extranjera, nuestro Jesús, que era en cierto modo el último de los seripheos, es el que ha conmovido, el que ha cambiado el universo, el que ha hecho lo que no pudieron nunca ni un Temístocles, ni un Platón, ni todos los sabios, guerreros y potentados del mundo.» (1)

***

1—Orig. contr. Cels.

Es verdaderamente curioso hacer conocer aquí cuál era el espíritu popular de que estaba animada esa filosofía antes del cristianismo que, en estos últimos tiempos se ha manifestado como la madre de la libertad y ha encarecido tanto su amor hácia los pueblos. Su objeción favorita contra la nueva religión, y á la cual vuelve sin cesar, es de que había salido del taller de un artesano, y que no ha tenido vergüenza de descender hasta las clases más pobres, de instruir á las mujeres y á los niños.

Celso acaba de echar en cara á Jesucristo la bajeza de su estracción; (1) y continúa tratando con desprecio á sus discípulos, por ser hombres del pueblo. «En las casas particulares, dice, se ve á estos hombres rudos é ignorantes, que enmudecen ante los ancianos y los padres de familia, pero que si se encuentran á solas con algunos niños ó mujeres, les enseñan su doctrina; los empeñan á dirigirse al gineceo, ó á la tienda de un batanero ó de un zapatero para aprender lo que es perfecto. Es evidente que su doctrina no tiene atractivo sino para los insensatos, para las almas bajas, para las mujeres y los muchachos.»

Orígenes responde con una noble modestia: «¡Cuán injusta es esta acusación! ¿Quién puede desconocer la grandeza, la elevación de los dogmas y de los preceptos, tanto de la religión judaica como de la religión nueva; la profunda sabiduría de Moisés, de Salomón, de los profetas; el saber y la elocuencia de los apóstoles cristianos, de un San Pablo, por ejemplo, que muy lejos de prohibir la sabiduría, la pone en primer lugar entre los dones celestiales, no excluyendo sino la falsa sabiduría, la que no viendo sino las cosas perecederas, no estudiando sino los fenómenos de la materia, no

1—Lo cual no es exacto, pues bien sabido es que descendía por la carne de lo antiguos reyes de Judá.

puede elevarse á la fuente de toda sabiduría, que es Dios?

«Lejos de perjudicar al cristianismo la verdadera ciencia, es su más poderoso auxiliar. Es verdad que la Iglesia se dirige también á los débiles, á los ignorantes, pero es para hacerlos mejores, porque Jesucristo ha venido á llamar á todos los hombres para que le sigan en la nueva vía; á los sabios como á los débiles de espíritu, á los pequeños como á los grandes, á los ricos como á los pobres.

«Que nos cite Celso á los maestros, á los filósofos que enseñen á los jóvenes una moral más pura que la nuestra; que nos cite una sola mujer á quien hayamos apartado de la obediencia marital, de la observancia de sus deberes más sagrados!» (1)

Fuerte con su verdad, con sus virtudes y con su generosa caridad, la cruz sale victoriosa de un combate, al parecer tan temible, y prueba al mundo que la palabra del sofista era tan impotente como el brazo del verdugo para conmoverla. No era bastante á sus defensores el haber rechazado al enemigo, ellos tomaron la ofensiva y le acosaron hasta en su mismo terreno: obligaron á la fuerza intelectual á sostener á su vez el ataque, á defender las doctrinas que ella había producido. ¡Y qué doctrinas! ¡la idolatría y los sistemas filosóficos! Las posiciones se habían trocado enteramente.

Cuando los intrépidos soldados de la cruz hubieron abierto la brecha, y penetrado al corazón de esa mitología brillante, y de esas teorías pomposas, no encontraron allí sino la vergüenza y la torpeza, la locura y el caos. Herido también en su orgullo, el espíritu humano se avergonzó de sus propias obras y retrocedió ante la deshonra de la humillación.

1—Orig. *contr. Cels.*

Los apologistas no tuvieron mas que apoderarse del azote de la sátira y perseguir á los fugitivos; y lo hicieron vigorosamente.

«¿Qué escuela de moral es esa, clamaron con energía, qué ejemplos son los de esos dioses, consagrados por los cantos de la poesía y los homenajes de sus adoradores? ¡Responded, habitantes de esa Grecia tan culta!

«Os indignais cuando algun hijo se entrega á culpables escesos, ¿pero vuestro Júpiter es acaso menos culpable que él? Repudiais á vuestra mujer cuando olvida sus deberes, pero una Venus tiene lugar en vuestros templos. Si otros fuesen los que os hablasen asi, clamariais contra este ultraje.

«¿Y soy yo quien acusa á vuestros dioses? ¿No lo son mas bien vuestros poetas y vuestros historiadores?

«Dejad, pues, esas fábulas ridículas. Vuestros dioses crueles, vuestros dioses enemigos de los hombres, no contentos de corromperlos con el ejemplo de sus obscenos deleites, se complacen aún en ver correr su sangre. Necesitan sacrificios humanos, necesitan por hecatombes, como plagas esterminadoras, ciudades y pueblos enteros que devorar.

«Vosotros huiriais al aspecto de una bestia feroz, y correis á prosternaros al pié de un altar manchado de sangre humana, á los piés de los demonios, adorados bajo el nombre de sanguinarias divinidades?» (1)

Qué se había de responder á unas acusaciones tan positivas y formuladas con tanta energía? La idolatría perdida buscó un refugio en los brazos de la filosofía; y allí, para no perecer se resignó á sufrir todas las interpretaciones y mutilaciones que quisieron imponerle.

Platon esplicó á Homero. Las antiguas fábulas

1—San Just. y Clemente de Aiejandría *Exhort. á los gent.*

fueron alegorías; las antiguas ceremonias, símbolos místicos; los dioses, las abstracciones personificadas; en una palabra, la idolatría se transformó completamente. Asi como sus dioses, para libertarse de los Titanes habían tomado figuras de animales; la idolatría arrojó su máscara religiosa para tomar una máscara filosófica, y se identificó la que había sido hasta entonces su mas cruel enemiga, esperando que la que había sabido combatirla con tanto suceso, podria del mismo modo defenderla. ¡Vana esperanza! Descender así, del trono celeste que había usurpado, era aniquilar su poder y su prestigio divino. Fundar su individualidad en una individualidad nueva, era una primera muerte que no debia preservarla de un mas completo aniquilamiento.

En efecto, los vencedores no tardan en alcanzarla en el asilo donde se había refugiado, y ya la zapa conmueve los fundamentos vacilantes del débil edificio filosófico que las nuevas trompetas de Jericó harán muy pronto desplomar. ¡Oid! ya todas las bocas repiten un mismo grito: *Burla de los filósofos paganos.* (1)

Y estas voces irónicas continúan: «Preguntad á los filósofos lo que es el alma. Demócrito nos responde que es un fuego; los estóicos una sustancia aérea; otros una inteligencia; Heràclito el movimiento. Ya se os dirá que es un soplo, ya que una emanación de los astros; con Pitágoras un número motor, una entidad simple; con Hippon una agua genital; con Dinarco una armonía. Estos la llaman sangre, aquellos espíritu. ¡Oh Dios! ¡cuàntas contradicciones! ¡cuántos delirios!

Y todos esos sofistas, todos esos filósofos, los veréis que tienen mas ardor para disputar entre sí, que para buscar la verdad. Pase que no se entiendan todavía sobre la naturaleza del alma, ¿pero

1—Título de una obra de Hermías.

están acaso de acuerdo sobre lo demás? ¿se entienden mejor acerca de sus propiedades?

Los unos hacen consistir su placer en el bien, otros en el mal; una tercera parte ni en el mal ni en el bien.

En cuanto á su existencia, es inmortal dice uno: no; está condenada á morir, dice el otro. Segun éste, subsistirá durante algun tiempo; segun aquel, pasará al cuerpo de una bestia. Sí, dice su vecino, pero no parará en esto: sufrirá otras dos ó tres trasformaciones diversas.

¿Qué soy yo, por fin, según el parecer de estos doctores? Este me hace inmortal, aquel me condena á morir; otro me disuelve en átomos invisibles; heme aquí que ya soy agua, ya aire ó ya fuego; y un poco después, ni agua, ni aire, ni fuego; pero vendré á ser un cuadrúpedo, un pez ó un volátil; yo mismo no sabré ya que nombre darme, tanto place á esos señores filósofos hacerme sufrir diversas metamórfosis.»

***

La filosofía pagana conoció muy pronto, que no resistiría á tan rudos golpes, que estaba minada por su base y considerándose perdida se apresuró á huir lejos de sus sistemas ya derrotados.

Para evitar una total destrucción, no creyó hacer otra cosa mejor que imitar á la idolatría; abdicar como ella: esperando, pues, encontrar otro nuevo punto de apoyo en una nueva forma, se proclamó teología.

De la idolatría tomó sus ceremonias, del Oriente sus dogmas, sueños y tradiciones; conservó algunos de los sistemas de sus hombres doctos, algunos preceptos morales de sus sabios, y de la combinación de estos elementos divergentes, recogidos de todas partes, tuvo la confianza de formar una alta doctrina religiosa, espresión de todas las

doctrinas, que lo abrazaría todo, y que podría de este modo manifestarse si no como superior, á lo menos como una rival atrevida de la fé cristiana.

Ella tuvo su trinidad, sus encarnaciones, sus genios, sus comunicaciones con los dioses, su culto, sus expiaciones, sus abluciones, sus ritos sacramentales; sus visiones, su mágia y su taumaturgía vestida de todos los ropajes usados del Oriente y de los oropeles de Occidente se hinchó de orgullo, y se creyó digna de las adoraciones del universo entero.

Alzada en pié, la cruz no hizo más que dejar brillar algunos de sus rayos sobre el nuevo ídolo. A esta luz pura, los pueblos miraron el conjunto monstruoso de supersticiones, de quimeras y de locuras, y pasaron sacudiendo con desprecio la cabeza.

De Dios es de donde emana la religión; ella no puede ser el producto facticio de un artifice humano. La filosofía por su propia esperiencia reconoció que el cetro de la teología era demasiado pesado para sus manos de carne: porque ellas no alcanzan lo bastante para llegar hasta la verdad soberana y trazar en su derredor un círculo inespugnable.

Iluminando las sombras horrorosas que velaba su falsa luz, la antorcha evangélica la obliga á ocultarlas; pero estas variaciones no les cuestan nada: semejante á Proteo, toma diversas formas para engañar así á su enemigo: marcha sin cesar de concesiones en concesiones, de paliativos en paliativos, de metamórfosis en metamórfosis. Ella se hace humilde, halagadora, tolerante; implora la indulgencia del cristianismo, armoniza con sus ideas, adopta su lenguaje: para ser cristiana no le falta más que un paso; y ella lo dá.

«¡Adios Academia! exclama el platónico Eneas de Gaza, no escuchemos en adelante sino solo á Dios: el mismo Platon nos dice: que no per-

mitía creer en su doctrina sino hasta tanto se apareciese otro más sabio que él.» (1)

La fuerza intelectual humana estaba vencida, pero no aniquilada. Lo mismo que ciertos animales parásitos, halló medio, bajo el nombre de herejía, de adherirse á las entrañas de su enemiga, y de vivir allí, carcomiéndolas cruelmente. «Todas las herejías, dice Tertuliano, son nacidas de la filosofía, que emprende sondear temerariamente la naturaleza de la Divinidad y de sus decretos.» (2) y M. de Chateaubriand hace notar que se podría formar un catálogo de los sistemas filosóficos y colocar al lado de cada sistema la herejía que le corresponde. (3)

Después de haberse así transformado el espíritu filosófico, alimentado con la sangre de la cruz, pareció renacer de sus mismas cenizas. Pulularon las herejías: desde Simón hasta Manés, se vieron aparecer en menos de tres siglos más de ochenta sectas distintas, que á porfía desnaturalizaban la fé.

El peligro era grande: los herejes pasaban por cristianos; sus desórdenes y divisiones se imputaban á la Iglesia.

La fé cristiana, absorbida por el espiritu filósofico estaba en riesgo de encontrarse reducida á las proporciones de un vano sistema; y ya sus enemigos con aire de triunfo, menospreciaban á los cristianos, cuando entre ellos existian tan hondas disidencias.

Viéronse entonces obligados los apologistas á tomar las armas para combatir á los cristianos filósofos, como antes habían combatido á los filósofos paganos. Pero la lucha era mas dificil. De una y otra parte, los contendientes se preparaban para emplear los mismos medios de defensa, ca-

1—Diálogo sobre la inmortalidad del alma.
2—Prescrip. contr. las herej.
3—Estudios históricos,

minaban bajo los mismos gefes y bajo el mismo estandarte. Los fieles y los herejes invocaban á la vez al mismo Jesucristo, llevaban la misma cruz y esplicaban las mismas Escrituras.

Aquellos sostuvieron heroicamente la doctrina verdadera por medio de discusiones sábias, pero como se dirigían á adversarios de mala ley, con el sofisma contestaban estos al raciocinio y con la astucia contrarestaban la fuerza.

Era indispensable levantar contra esos enemigos el inespugnable muro de los hechos, la muralla de la tradición y de la historia. Tertuliano escribió el libro de las *Prescripciones*, actas genuinas del estado civil de las herejías, donde cada una aparece con los justificantes de la época de su nacimiento y de la filiación adúltera del error, al lado de la verdadera fé.»

«Yo detengo, dice ese padre, á la herejía en su primer paso: existiendo yo antes que la herejía, la opondré la fé cristiana, la fé de la verdadera Iglesia, que recibí de Jesucristo, cuyas lecciones junto con las de sus apóstoles, he trasmitido al universo.

«Vosotros, herejes, no existis sino de ayer; y si me obligais á que os demuestre como habeis oscurecido la verdad por la mentira de vuestras tenebrosas opiniones, no haré mas que presentaros la historia de las diferentes sectas, que han abandonado la fé, y os enseñaré el catálogo de las absurdas doctrinas que han emitido.»

Pero la herejía, persistiendo en su obstinación, y resistiendo á los raciocinios mas concluyentes no se reconoció vencida; y apoyándose sobre las pasiones humanas que despierta, cubierta bajo la bella apariencia de la verdad cristiana que asienta, logra por todas partes seducir á las almas, robándole sus hijos á la cruz.

Los esfuerzos que se hacían para contener el mal parecían impotentes; y la cruz hubiera sucum-

bido á los golpes que recibiera, si Dios no hubiera venido al socorro de su obra. Pero entonces los sucesores de los apóstoles se acordaron que Jesús les habia asegurado estar con ellos hasta la consumación de los siglos; y San Pedro parece levantarse de nuevo á fin de que los gentiles oyesen de su misma boca la palabra del Evangelio para que creyesen en ella.

Nicea tuvo la felicidad de recibir dentro de sus murallas á los obispos de todas partes del imperio, y vióse entonces por la primera vez una asamblea augusta, un consejo venerable, donde se iba á tratar no solo de los intereses materiales, sino de los eternos; consejo en el que se iba á discutir y á fijar irrevocablemente la causa de la verdad divina; noble senado, compuesto no solo de reyes sino de santos, revestidos con un carácter sagrado; de héroes intrépidos, de los cuales, muchos llevaban aún sobre sus rostros las gloriosas cicatrices de las heridas que habían recibido en los rudos combates contra la fuerza material, y que se encontraban nuevamente reunidos para hacer frente y aniquilar á su indomable auxiliar, la fuerza intelectual.

Así fué que por ese órgano escogido, se hizo oir la voz de Dios; y la fé fué reducida á una fórmula exacta, bajo un nuevo símbolo; y entonces levantándose la Iglesia como un faro resplandeciente colocado sobre el monte santo, arrojó á la impura herejía de su seno, y la envió lejos de ella á destrozarse con sus mismas divisiones, despues de haberla marcado la frente con el sello del anatema.

Quebrantado el orgullo de la herejía, se agita, y para insultar los rayos apostólicos, pretendió entronizar á su gefe sobre el sólio episcopal de Constantinopla. Entonces conmovido de dolor el santo obispo de aquella ciudad esclamó: «Señor: quitadme la vida, antes de que vea á Arrio pisando vuestro santo templo.» El Señor oyó la oración del

santo obispo, y á la madrugada del dia en que se iba á consumar el sacrilegio murió Arrio en un lugar afrentoso, con una muerte horrible.

∴

Lejos de intimidarse la herejía con ese terrible ejemplo, se enfureció más y se encarnizó en proseguir sus criminales designios, sin retroceder ante los ultrajes, las violencias, las confiscaciones, los destierros, la intrusión y derramamiento de sangre, que causaba.

«Por mi voluntad se verifica este concilio,» decía el hereje emperador Constancio á los obispos á quienes quería compeler á que firmasen el destierro de Atanasio, el más intrépido y temible antagonista de Arrio. «Señor, respondieron aquellos prelados animados de un noble valor y firmeza; señor, no es vuestro el imperio sino de Dios: temed sus juicios, y no confundáis la Iglesia con el Estado.» Irritado el emperador con esa inesperada resistencia y con ese inusitado lenguaje, condenó á todos los obispos al destierro, dejando sus sillas en poder de los intrusos, persiguió á los fieles, congregó conciliábulos, fraguó subterfugios y lo trastornó todo para hacer triunfar la herejía.

Atanasio, Hilario de Poitiers, Martín de Tours, resistieron el choque, y no obstante la persecución, pusieron en evidencia la disolución de la herejía, ocasionada por su propio príncipe.

Hilario de Poitiers escribió la primera página de la historia de las variaciones cuando dijo al emperador: «Verificado el santo concilio de Nicea, aquellos á quienes dispensáis vuestro favor, no hacen más que componer símbolos: su fé no es la del Evangelio, sino conjeturas humanas; fé tan vária como la voluntad, y doctrina tan mudable como las costumbres. Año por año, y aún mes

por mes producen nuevos símbolos; y ora destruyen lo que antes habían edificado, ora anatematizan lo que antes habían sostenido: hablan de la Santa Escritura y de la fé apostólica con el fin de engañar á los débiles y socavar la doctrina de la Iglesia.»

A su vez y á su manera el pueblo católico también protestó contra la violencia y la división; y cuando Constancio tuvo la impiedad de proponer al anti-papa Félix, la muchedumbre exclamó á su vez: «*Un Dios, un Cristo y un pontífice.*»

Sin embargo, la filosofía idólatra no había muerto, y arrojando su máscara hipócrita, confiando al favor de las turbaciones, espera que recobrará su trono.

Juliano, digno sucesor de Constancio, recibió el moribundo imperio, que anhelaba por desembarazarse de las penas de la agonía; y como nada tiene vida fuera del cristianismo, el nuevo emperador pretendió volverle á la vida inspirándole el espíritu cristiano. ¡Remedio tardio; inútil restauración! el tiempo había pasado. Muchas luces había arrojado la cruz sobre el mundo; y en el tiempo á que nos vamos refiriendo, florecían los Gregorios de Nisa, los Basilios, los Crisóstomos, los Agustines, y otra multitud de doctores, notables por su entendimiento y sabiduría.

Así fué que cuando Juliano presentó á las adoraciones humanas el fantasma ridículo que pretendiera arrancar á las tinieblas del sepulcro, fué recibido por inmensas rechiflas, y aquellas reliquias paganas fueron objeto de los escarnios del pueblo.

Los soldados franceses y alemanes no desdeñaban las libaciones del vino y las carnes de las hecatombes; pero esto no impedía el que lamentándose los pueblos dijesen, que una victoria de Juliano sobre los persas causaría la destrucción de la raza de los toros.

Por un corto momento el mismo San Juan Crisóstomo sintió que su gravedad le abandonaba, y dijo á sus oidores de Antioquía: «¡Bello espectáculo, por cierto, es ver al emperador de los romanos encender la hoguera, degollar las víctimas, consultar sus entrañas, y con los carrillos abotagados, soplar el fuego de los altares en presencia de algunas viejas, escitando con esto la risa de los mismos de quienes deseaba ser admirado!»

La filosofía idólatra conoció que no podría sostener por más tiempo un papel tan ridículo, y tomando un partido desesperado, se abandona en los brazos de la fuerza material, Juliano que había tomado cierto aire de tolerante, demostró bien pronto, el verdadero carácter de la tolerancia filosófica; y como él había aprendido del Evangelio que los perseguidores más temibles no son los que matan el cuerpo, sino los que causan la muerte del espíritu; no dudó en convertirse él mismo en verdugo de las almas.

Prohibió, en consecuencia, á los fieles enseñar las bellas letras: «¿Vosotros creeis, les decia en su edicto, que Homero, Hesiodo, y sus semejantes están en el error? Pues si no aprobais sus sentimientos, contentaos con solo esplicar á Mateo y á Lúcas en las iglesias de los galileos.» (1)

Los genios sublimes que combatían en aquella época por la cruz demostraron, que algun dia el paganismo seria vencido en su arte, como lo habia sido en su ciencia; pero á pesar de todo, el golpe recibido les fué muy doloroso, y antes hubieran querido derramar su sangre, que ver á los jóvenes cristianos destinados á ser ilctas en la inteligencia.

Una vez puestos los piés en la vía de la persecución, por nada retrocede el emperador. No contento con hacerse apóstata, escluye á los cristia-

1—Juliano, epíst. 42.

nos de los empleos del Estado, les priva de los derechos civiles, prohíbeles defenderse ante los tribunales y les despoja de sus bienes; y añadiendo el escarnio á la injusticia les decía: «Vuestra admirable ley os compele á renunciar los bienes de la tierra á fin de llegar fácilmente al reino de los cielos; y nosotros queriendo, graciosamente facilitaros el viaje, ordenamos que os desprendais de todos los bienes.»

Si los cristianos se atrevían á quejarse, les respondía Juliano: «¿La vocación de un cristiano no es sufrir?»

Bien pronto el sofista tolerante comenzó á derramar sangre. Márcos, obispo de Arethusa, que siendo niño, habia escapado de los furores de Constancio, fué espuesto, desnudo el cuerpo y embarrado con miel, en una camilla á los rayos del sol ardiente, para que fuese atormentado por los innumerables dardos de las moscas.

El conde Juliano, tio del emperador martirizó á San Teodoro; y los paganos de la Siria, sostenidos por la voluntad imperial, se levantaron contra los cristianos, desenterraron los muertos y cometieron atrocidades contra los vivos.

«Se arrastran, dicen los historiadores de aquel tiempo, los cuerpos despedazados por las calles: los cocineros pican á las víctimas con los azadores, y las mujeres con sus ruecas: las entrañas de los sacerdotes eran devoradas por aquellos caníbales, ó eran arrojadas á los puercos. Algunos siervos de Cristo fueron degollados sobre los altares de los dioses.» (1)

A pesar de esto, ese apóstata perseguidor ha encontrado gracia en nuestro siglo, por el liberalismo incredulo, que simpatiza con todos los que son perseguidores de la Iglesia; y la elocuencia, la historia y la filosofía, han rivalizado en sus esfuerzos para rehabilitarlo.

1—Zezomeno, 1. 5.

Pero Dios esperaba al apóstata. Mientras que hinchado de orgullo con los sucesos militares marchaba ardoroso contra los persas, bajo un sistema de persecución vasto y bien combinado, el retórico Libanio, su favorito, enorgullecido con la prosperidad de su soberano insultó vilmente á un cristiano de Antioquía con esta frase insolente: «¿Qué hace hoy el hijo del carpintero?» «Un *ataud*» respondió el cristiano. En aquel mismo momento Juliano, alcanzado y herido por la jabelina de un persa, recibia su sangre en sus manos, y dirigiéndose al cielo, esclamaba: «Me haz vencido, Galileo!» (1)

La fuerza intelectual humana habia librado su defensa á la espada, y conforme á la palabra de Jesucristo, ella debia perecer bajo el filo de la espada.

Los cristianos, despues de una lucha tan larga y encarnizada, y sin otras armas que la cruz, triunfantes y en pié, cantaron el himno de la victoria.

¡Cielos y tierra! prestad vuestros oidos al ruido que hace la caida del perseguidor! El señor aplastó la cabeza del impío. Y tù, oh Juliano, que nos habias prohibido el uso de la palabra, ¿cómo es que yaces en el silencio de la tumba?» (2)

Luchas de la Cruz contra la fuerza sensual

La cruz, empero, hacía frente á la vez á muchos adversarios. En el terrible combate contra las fuerzas intelectual y material, bajo el mismo estandarte y con designios no menos hóstiles, se avanzaba la fuerza sensual, á quien aquellas fuerzas no solo tenían por aliada, sino por activo agente, que las estimulaba, prestándolas todo su concurso.

1 Zozomeno, *Historia eclesiástica*
2 San Gregorio Nacianceno. Or. contra Juliano.

Todos sabemos por esperiencia propia, cuál es el poder de la fuerza de los sentidos y con qué violencia arrastra la voluntad. Los sabios se habían lamentado de sufrir esa terrible influencia; y el mismo San Pablo se quejaba de las escitaciones del aguijón de la carne, de esa ley del mal, que en sus miembros, combatía contra la ley del espíritu.

Y si las pasiones carnales, aunque combatidas, ejercen sobre nosotros tan funesto imperio, ¿qué vendrán á ser esas pasiones cuando las naciones y todo se pone de común acuerdo para exaltarlas; cuando la religión, la filosofía, las artes, las instituciones y el ejemplo las fomentan á porfía?

Nada es más cierto, sin embargo, que tal era la situación del antiguo mundo. Adorar á un Júpiter adúltero, á un Mercurio ladrón, á una Vénus prostituida; adorar todos los vicios, aún los más infames, bajo los nombres de otros dioses; creer se cumplía con un deber religioso entregándose á los más abominables escesos de las bacanales, de las lupercales, y de los misterios secretos; ser libre, por otra parte, para escoger entre los sistemas de Espícuro, de Diógenes ó de Pirro; asistir á los monstruosos espectáculos, donde la sangre se mezclaba con la crápula; tener sin cesar delante de los ojos pinturas lascivas y esculturas obscenas; nutrirse los espíritus con doctrinas perversas, y saturarse los corazones con poesías licenciosas; vivir, en una palabra, en la hoguera de la más ardiente corrupción sin exhalar sus fuegos, ¿no sería un prodigio mayor que el arrojarse en un horno sin ser devorado por las llamas?

Así fué que los paganos cayeron en los más monstruosos desarreglos.

En este punto histórico á que hemos llegado, en que el Estado social estaba desprovisto de autoridad moral, sus funestas consecuencias debían desarrollarse en toda su estensión; en esa época

en que la libertad se encontraba sin freno y sin guía, debía transformarse en una espantosa licencia y los hombres, hundidos hasta el fondo del vicio, deberían revolcarse en él, con la misma voluptuosidad que los animales inmundos en el fango.

Para formarse una idea un poco exacta de la depravación de aquel tiempo es necesario leer lo que han escrito los testigos de vísta, recorrer las obras de Tácito, de Juvenal, de Marcial, de Petronio, de Suetonio, de Ovidio, de Luciano, de Apuleo, de Atheneo y de los demás autores contemporáneos que entran en algunos detalles de las costumbres.

Ese vasto coloso, que con su brazo fuerte había subyugado á todas las naciones, el imperio romano, hecho presa de soberanos feroces, innobles é insensatos, se consumía en la podredumbre.

Tiberio, el inventor de las *sellarii* y de las *spinthriæ*, encontró que el senado y el pueblo le aventajaban en corrupción: Nerón celebraba sus nupcias con el liberto Pytágoras, Heliogábalo con Hiérocles: Messalino volvía fatigado de las embriagueces, pero nunca saciado: Vitelío husmeaba con voluptuosidad el cadáver de su enemigo: Calígula, Claudio, Domiciano, Commodo, Caracalla azoraban al mundo con sus insensatas torpezas y sus negros furores: el mismo sabio Marco Aurelio condecoraba á la infame Faustina con el título de madre de los campos y de los ejércitos. Adriano erigió altares á su Antinoüs.

Y no se diga que aquellas eran aberraciones individuales y aisladas; las costumbres públicas no cedían en corrupción á las costumbres imperiales.

Oigamos á Séneca: «¿Existe, esclama, en el dia el menor pudor hácia el adulterio? La castidad no ha venido á ser sino prueba de deformidad. ¿Qué mujer se sonroja de divorciarse? Por el número de sus maridos, ciertas ilustres matronas,

cuentan el número de sus años. Los registros públicos están llenos de actas de divorcio.» (1)

Cayendo en desprecio el matrimonio, se hacia necesario que las leyes reprimiesen con severidad los escesos de un celibato licencioso; pero no era así, y se escuchaba sin rubor á los escritores, poetas y filósofos amados, discutir sobre que los vicios contra la naturaleza encerraban lo mas sensual y voluptuoso.

Renegando del pudor propio del sexo, desafiaban la mujeres la licencia de los hombres; y los templos que debieron servir al menos de asilo á la virtud, no fueron sino antros de prostitución.

¿Pero quién podrá reseñar los horrores de aquellas orgías en las que el hombre sepultaba su cuerpo y alma en la embriaguez, la lujuria y la sangre?

¿Quién podrá pintar esos espectáculos odiosos de crueldad en los que se mataban millares de gladiadores, ó donde los prisioneros y los mártires eran devorados por las bestias feroces, para divertir al pueblo bajo, no menos que á la sociedad mas refinada?

Todos los espíritus se habían envilecido, y todo sentimiento moral se había apagado. Desconociendo el hombre su dignidad, no respetaba ni su propia vida. El suicidio era tenido como un acto indiferente. Cuando un esclavo tenía la desgracia de ser torpe, era arrojado, sin piedad y sin remordimiento, por su dueño á los pescados.

Veíase frecuentemente, que millares de personas eran degolladas, por simples sospechas, por órden del emperador, y que los parientes de las víctimas se apresuraban luego á ir á besar las manos de aquel. El envilecimiento corría parejas con la crueldad.

No eran menores los otros vicios. El lujo de los

1—De Benefic., 1, 3.

edificios, de los festines, de los vestidos y de las fiestas era fuera de todo límite, y agotaba los tesoros del Estado y las fortunas de las familias. Por consecuencia natural, el amor á las riquezas, fuente de todos los placeres, inflamaba los corazones arrastrándolos al crímen. «Mientras conserve mi espada, decia Caracalla, no me faltará la plata.» Se fraguó dar caza á las herencias; esto es, el veneno andaba á la competencia.

Para procurarse riquezas no se retrocedia ante el fraude, la injusticia, el perjurio, la opresión, la violencia, el asesinato, ni ante ningun medio. Esa sociedad embrutecida no conocía mas que una necesidad, el placer; y voluntariamente soportaba la mas odiosa de las tiranías, con tal que se le arrojase un pedazo de pan en las plazas públicas y se apagase su sed con la sangre de los anfiteatros. *¡Panem et circenses!* He aquí su voto, su vida y su última esperanza.

¡Qué sentidas son las palabras con que San Pablo reseña compendiosamente la situación del mundo antiguo! «Como los hombres, dice, habian colocado la mentira en lugar de la verdad, dando culto y sirviendo á las criaturas en lugar de adorar al Criador, por eso Dios los entregó á las pasiones infames, pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural en el que es contrario á la naturaleza: del mismo modo los varones se abrasaron en amores brutales, recibiendo en si mismos la paga merecida de su obcecación. Pues como no quisieron reconocer á Dios, Dios los entregó á su réprobo sentido, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad: llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes á sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales y desapiadados: los cuales en

vez de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver, que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte eterna; y no solo los que las hacen sino tambien los que las aprueban.» (1)

***

Tal era el estado de los corazones sobre los cuales la cruz, seguida del espíritu de abnegación y sacrificio, pretendía establecer su imperio.

Cuando se conoce cuál es la fuerza de las cadenas del vicio, y el poder de las preocupaciones inspiradas por la educación, la nacionalidad, la religión; cuando se sabe cuán insuperable es la tiranía de una prolongada habitud, se comprende fácilmente toda la resistencia que debieron encontrar los apóstoles en la voluntad del hombre, acostumbrada desde tan largo tiempo á seguir sus perversas inclinaciones, y cuando en medio de esa corrupción universal, hacían oír á los hombres unas palabras hasta entonces desconocidas: «Haced que muera en vuestros miembros el hombre terrestre que vive en vosotros, la fornicación, la impureza, las pasiones deshonestas, los malos deseos y la avaricia, que es una idolatría: renunciad de la cólera, de la aspereza, de la malicia, de la maledicencia: que se destierren las palabras deshonestas de vuestra boca. Despojaos del hombre viejo y de sus obras, y revestios del hombre nuevo, que por el conocimiento de la verdad, se renueva según la imágen del que la creó. Portaos como los elegidos de Dios, santos y amados, con el corazón lleno de misericordia, de bondad, de humildad, de modestia, de paciencia, de paz y de caridad. Desprendeos de la tierra, y no pongais vuestra afición sino en las cosas del cielo.» (2)

1—Epíst. á los Romanos, cap. 1.
2—Epíst. á los Colossenses.

«¿Qué es esto, y qué significa? decían murmurando los primeros que oyeron ese lenguaje; esas gentes están ébrias.» (1)

Cuando el gobernador Félix oyó á San Pablo hablar de la justicia, de la castidad y del juicio final, despavorido le dijo al apóstol: «Basta por ahora, retírate; que á su tiempo te llamaré.»

Festo trató al apóstol de insensato, y el ilustre areópago interrumpiendo su palabra le despidió diciéndole: «En otra ocasión os oiremos hablar de esas cosas.» (2)

Tan mal acogida en nada desconcertaba á los apóstoles, y continuaban predicando la doctrina de su Maestro. Prohibióseles entonces predicar en nombre de Jesùs; pero respondieron con resolución, que antes que á los hombres obedecían á Dios.

Se les amenaza, se les persigue y se les entrega á la muerte; pero nada detiene el fervor del celo que les anima. Sobre esos hombres, ya la cruz había alcanzado la victoria contra la fuerza sensual; pero esa victoria debía extenderse por el universo y los apóstoles deseaban consumarla.

Su valor al anunciar la palabra de la vida no reconocía obstáculos, y se presentan ante los hombres, oportuna é inoportunamente, suplicándoles, amenazándoles, reprendiéndoles, sin dejar jamás de instruirles y de tolerarles.

Mientras que los apóstoles se consumían en esfuerzos por hacer penetrar su doctrina en los corazones, un sinnúmero de enemigos invisibles, una armada de devoradoras concupiscencias, de exaltados deseos, y de furiosas pasiones se levantan contra esa doctrina en el fondo de los corazones, vedándola la entrada. ¡Cuántas luchas, y cuántos combates debían de sucederse para llegar

1—Hechos de los apóstoles, cap. 1.°
2—Hechos de los apóstoles, capítulos 17, 24 y 26.

á dominar una posición tan resguardada; para plantar en lugar del árbol maldito, que plantó Satanás, y cuyo àrbol hacía cuarenta siglos que echaba raíces, el árbol bendito del Calvario!

Han creído muchos que los apóstoles no tuvieron que hacer otra cosa que derrumbar unos ídolos de madera vacilantes sobre su basa, ó sistemas filosóficos carcomidos por las divisiones y contradicciones; pero acerca de esto, niguno se engañe.

Los apóstoles debían destruir los ídolos de carne, los cuales no se podían tocar sin herirlos en lo más vivo; sin combatir los instintos apasionados, padres de la idolatría, y que apoyados en las creencias desvergonzadas, debían oponer una resistencia impetuosa y enérgica.

Acaso no hubiera costado mucho el hacer renegar á los paganos de Júpiter ó de Epicuro; pero ¿cómo hacerlos decidir á sacrificar todo lo que aquellos nombres representaban, y principalmente la libertad licenciosa del espíritu y de las costumbres, consagradas por la autoridad de la religión y los argumentos de la filosofía?

Convertirse al cristianismo, no era simplemente abjurar un dios para elejir otro, era aún más, abjurar la independencia de la libertad personal, y someterse á una potestad superior y absoluta, que prescribía los más rudos sacrificios.

Al renunciar la fé pagana, el nuevo cristiano renunciaba la fé de su pais, de su familia y de sus amigos, á quienes causaba una aflicción; el nuevo cristiano consentía en cambiar la antigua gloria de su patria y la consideración de sus conciudadanos por la ignominia de una secta judaica, no conocida aún, despreciada, calumniada y reputada como un hacinamiento de gentes miserables y desconocidas; se comprometia á practicar las virtudes mas severas, y se entregaba á todo género de vejaciones y de ultrajes y á todos los tormentos del fuego y del fierro de la persecución.

Cuando sin estos obstáculos, y antes al contrario sostenidas por anteriores principios, fatigadas por el aguijon de su conciencia, vemos en nuestros dias que pocas almas tienen la generosa resolución de romper sus cadenas, cuando las bocas elocuentes las estimulan á entrar al camino de la salud; cuando vemos que la mayor parte de los hombres continúan corrompiéndose en el triste estado adonde los condujo la fuerza del hábito, sin embargo de que el yugo de sus pasiones se les hace insoportable, y á pesar de que, lo que es mas estraño todavia, conocen perfectamente que con sus vicios esponen el honor de su familia y su propia felicidad, y que pierden á un mismo tiempo honor, fortuna y vida; cuando se sabe todo esto por esperiencia, es cuando se conoce que era humanamente imposible hacer salir al mundo antiguo del abismo en que estaba hundido desde tan largo tiempo.

Puede ser que el espiritu se deje ilustrar, abandonando el sofisma, cuando ningun interés le arrastra y le fascina; pero si las pasiones se ponen en luego, entonces hay mayor dificultad en conquisjar un solo hombre, que el universo entero. Nada, ten verdad, es mas difícil de conquistar que la fuerza sensual. Dueña hasta de las últimas fibras del corazón humano, sin cesar lo escita y lo combate con el aguijon punzante del placer ó del dolor.

Si ante la fuerza de una razón superior, vese la fuerza sensual obligada á ceder un instante, bien pronto, sofocando la voz de su enemigo, quedando sola sobre el campo de batalla, no dilata en reconquistar el terreno que habia perdido. Con todo eso, esa fuerza no puedo resistir á la acción divina de la cruz.

Los apóstoles la persiguen de muerte, la atacan de frente, la alcanzan por todas partes y no la conceden ninguna tregua. Ellos, en verdad, que pro-

vocaban las cóleras terribles y desesperadas de los hombres, y ponian en movimiento á todas las legiones infernales, arrojadas de su antiguo imperio; pero Dios combatía por ellos; la victoria era segura.

No bien hicieron oir los apóstoles la palabra de la vida, cuando bajo la influencia del espíritu regenerador, palpita el mundo y recobra fuerzas para quebrantar sus cadenas; y al instante sale de su boca un grito de acción de gracias: ¡Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos separó del poder de las tinieblas, trasladándonos al reino de su Hijo muy amado! Alabado sea; porque los que eran esclavos del pecado, se han sometido por su voluntad á la doctrina del Evangelio, por el cual se han libertado del mal haciéndose esclavos de la justicia.» (1)

La cruz caminaba triunfante por todas partes, y á sus pasos surgía una multitud de creyentes, que no tenian sino un solo corazón y una sola alma, y que resistían generosamente á la seducción del placer.

Para detener ese movimiento de regeneración, la fuerza sensual puso en acción todos los dolores interiores y esteriores, armándose á la vez de toda clase de seducciones esternas y de tentaciones internas. La naturaleza corrompida se sublevó contra el yugo que se la queria imponer, y sus esfuerzos fueron poderosamente secundados por las violencias de las persecuciones. Empero todo fué inùtil; y veíase al contrario multiplicarse el número de los cristianos en una progresión milagrosa.

Entonces la fuerza sensual cambia de táctica, y haciéndose dulce y benigna, espera vencer con sus halagos á los que en los tormentos eran invencibles. «Renunciad, decia por la boca de los perseguidores; renunciad esa moral austera de un Dios

1—Epíst. á los Romanos, cap. 6.

cruel, enemigo de los placeres, y obedeced las órdenes del emperador, y seréis colmados de riquezas y de honores.» El discipulo de la cruz preferia la muerte.

Cuando la fuerza sensual se veía impotente para luchar contra unas voluntades que tanto resistían á los atractivos del placer como á los dolores, quiso por fuerza hacerles beber el veneno de la voluptuosidad, inventando un suplicio hasta entonces desconocido.

Se condenaba á las vírgenes cristianas á sufrir el martirio de su pudor mil veces más terrible para ellas, que los más crueles suplicios; y encerrábanse á las jóvenes en los lugares de los placeres para que fueran tentadas por las cortesanas. La virtud llegó á un punto desesperado; y una jóven mártir de que habla San Gerónimo, viéndose con los miembros encadenados, privada de todo medio de defensa, vióse reducida para hacer retroceder al infame que quería prostituirla, á arrancarse la lengua con sus propios dientes, arrojándosela á la cara.

***

No menos astuta la fuerza sensual, que su aliada, la sofista, desconcertada la una por la resistencia que encontraba por la primera vez, no duda imitar á la otra en hipocresía; y como ella, después de haber agotado sus esfuerzos y sus astucias, concibiendo una última estratagema, toma la máscara de la fé cristiana, y á merced del disfraz se introduce en el campo enemigo para causarle estragos.

Numerosos herejes aparecieron en aquel tiempo, que interpretando á su placer los textos evangélicos, los desnaturalizaban con el fin de que sirviesen para justificar sus desórdenes. En muchos

puntos diferían los herejes; pero casi todos convenían en decir, que toda clase de impurezas eran permitidas; y en sus reuniones, en efecto, cometían tales abominaciones, que apenas puede creerse aún el relato que sobre este punto hacen los escritores de la Iglesia.

Los herejes se decían cristianos, y por cristianos pasaban en el juicio común, y era de temerse que tal confusión fuese para muchos ocasión de caída en la doctrina que enseñaba y practicaba el vicio; pero advertidos los apóstoles por Jesucristo, que la malicia de los hombres engendraría escándalos, se apresuraron á prevenir á los fieles contra el nuevo peligro.

«Es necesario, decían, conforme á las advertencias de su divino Maestro, que haya herejías; y llegará un tiempo en que no soportarán los hombres, la doctrina sana. Guardaos, pues, de los que entre vosotros causen divisiones y escândalos; porque esa clase de gentes son esclavos de la sensualidad, y con sus palabras dulces y seductoras seducen á las almas sencillas. Esos falsos apóstoles son obreros mentirosos que se disfrazan en apóstoles de Jesucristo. Pero ¿qué mucho que los ministros de Satanás tomen la apariencia de ministros de justicia, cuando Satanás mismo se transforma en ángel de luz? Huid de los discursos vanos y seductores de esos falsos profetas, porque su doctrina es como la gangrena que insensiblemente difunde la corrupción.» (1)

Sin embargo del celo y de los trabajos apostólicos, aparecieron las flaquezas y sobrevinieron las defecciones en las filas del ejército santo: los intrépidos gefes que lo mandaban amonestaron á los culpables, les amenazaron con la cólera divina, y recordándoles sus deberes por medio de la ins-

1—Epíst. á los Romanos, cap. 16, á Timoteo, cap. 2; 2.ª á los Corintios, cap. 11.

trucción, elevaban al cielo sus manos suplicantes en favor de los criminales.

Algunas veces se vieron obligados á emplear contra ellos las armas espirituales y milagrosas que Dios había puesto en sus manos, para prevenir la perfidia de los malos, á fin de traerlos al bien. San Pablo cegó á Elymas, que por sus malos consejos, retardaba la conversión del procónsul Sergio; y entregó á Satanás, para que le afligiera el cuerpo, al incestuoso de Corintio, con el objeto de que salvara su alma, y para que separada de la comunión de los fieles la mala levadura, no corrompiera toda la masa.

En la segunda epístola que el apóstol dirige á los Corintios, les hace oir este lenguaje tierno á la par que severo: «Os amo con un celo santo en nombre de Dios, pues os tengo desposados con este único esposo que es Cristo, para presentaros á Él como una vírgen casta y pura. Por esto os amonesto, que os porteis de tal manera, que no me vea obligado, cuando esté entre vosotros á obrar con esa osadía que se me atribuye, con respecto á ciertos sugetos que se imaginan que procedemos segun la carne; porque las armas con las que combatimos, no son carnales, sino poderosísimas en Dios para derrocar las fortalezas, destruyendo nosotros con ellas los proyectos humanos. No os espongais á esperimentar el poder de Jesucristo, que habla por mi boca. Os hago esta amonestación, cuando me hallo ausente, para que estando presente, no me vea obligado á usar con severidad del poder que me dió el Señor para edificar y no para destruir.» (1)

Como los apóstoles, del mismo modo los discípulos, que fueron sus auxiliares, y sus sucesores desplegaron la mas grande actividad en la lucha contra la fuerza sensual; y no cesaron de resguar-

1—Epíst. 2.ª á los Corintios, capítulos 10 y 11.

dar la viña del Señor, cultivándola, reparando las brechas, purificándola de las malas semillas, y conservándola intacta y floreciente; coronando un magnifico suceso sus trabajos constantes.

¡Prodigio y triunfo admirables! De en medio de las naciones mas corrompidas, vióse levantar una sociedad tan santa, que mas parecia haber descendido del cielo, que haber nacido de la corrupción: entre los paganos, entregados á todos los desórdenes, aparecieron hombres, que fueron portentos de virtud, y que convirtiendo una vida humana y licenciosa en una vida nueva, toda interior y espiritual, se rieron de las resistencias que les oponía la naturaleza depravada, y las que en otro tiempo les habian parecido invencibles.

A la voluptuosidad é intemperancia sucedieron la castidad y abstinencia; al orgullo y ambición la humildad y el desinterés; á la ira y arrogancia, la dulzura y la paciencia, y para decirlo todo en una palabra, el lugar de las pasiones torpes fué ocupado por las virtudes mas resplandecientes.

Con la misma avidez que en otro tiempo habían corrido los hombres tras de los placeres y comodidades de la vida, solicitaban despues el trabajo, el ayuno y los ejercicios de la paciencia: asi como se habían entregado á la ligereza y á la disipación, se entregaban despues al recogimiento y á la oración: la vanidad fué sustituida por la modestia y el egoismo por la caridad.

Pero veamos en los escritos de los apologistas algunos rasgos sobre la naturaleza de aquella sociedad admirable. «En otro tiempo, dice San Justino, éramos esclavos de los placeres, y ahora seguimos una vida pura y casta; éramos apegados á las riquezas, y hoy hacemos masa comun de nuestros bienes para participarlos á los demas: aborreciamos á nuestros enemigos y hoy los amamos y rogamos por ellos.» (1)

1—San Justino, Apolog.

«Nosotros formamos, dice Tertuliano, una conjuración para leer las Santas Escrituras y orar en comun. La facción de los cristianos consiste en estar reunidos bajo la misma religión, la misma moral y la misma esperanza. Si peca alguno entre nosotros, se le priva de la comunión, de las oraciones y de nuestras asambleas hasta que hace penitencia. Esas asambleas son presididas por los ancianos, cuya sabiduría les ha hecho merecer tan grande honor. Cada cual contribuye mensualmente con la cantidad que quiere y puede; y ese tesoro sirve para alimentar y enterrar á los pobres, para sostener á los huérfanos, á los náufragos, desterrados, sentenciados á las minas ó á las prisiones por causa de Dios. Dámonos mutuamente el nombre de hermanos, y estamos prontos á morir los unos por los otros.» (1)

Los mismos enemigos de la cruz, veíanse obligados á tributar homenages á sus discipulos.

Plinio en su famosa carta á Trajano, refiere que todo el error de los cristianos se reducia á estos dos puntos: á reunirse en determinado día antes de la salida del sol á cantar alternativamente alabanzas á Cristo como si fuera Dios, comprometiéndose por medio de un juramento á no cometer ningun robo, ni adulterio, ni faltar á su promesa ni á la limosna, á separarse despues de esto para volverse á reunir para comer una comida inocente.

«Cosa inusitada es, dice el satírico Luciano, ver el empeño de esos hombres: cuando alguno de ellos cae en la desgracia, ningún sacrificio escusan; y figurándose esos miserables, que después de esta, alcanzarán otra vida, desprecían la muerte, y se entregan voluntariamente á los tormentos.» (2)

Los paganos, acostumbrados á las pasiones egois-

1—Tertuliano, Apolog.
2—Lucian., *in pereg.*

tas, no podían menos que ver con estupefacción el amor de los cristianos, de que eran testigos y no podían comprenderlo, sin atribuirlo á tenebrosos juramentos. «Vedlos, decían, cómo se aman mùtuamente, y cómo están prontos á derramar su sangre los unos por los otros.» (1)

Además de lo dicho, la sociedad nueva les ofrecía otros motivos de sorpresa, cuando no de admiración.

Las mujeres, á quienes la sociedad pagana había convertido en esclavas, porque ignoraban el secreto de dirigir el fuego de sus sentimientos hácia el bien, no podía concederlas sino una libertad peligrosa, que bien pronto degeneraba en una disolución espantosa; más las mujeres exaltadas de su abyección por la cruz, se convirtieron en ángeles de bondad, de paciencia y de caridad; y esos séres débiles, que la ley hasta entonces tenía sometidos á una tutela perpétua, se mostraron en adelante cual apóstoles generosos, por su celo en propagar el Evangelio, por su dedicación á aliviar todas las miserias y por su valor para sufrir las más crueles persecuciones.

«La mujer cristiana, dice Tertuliano, va á visitar á nuestros hermanos en las moradas más miserables: se levanta por las noches para orar y asistir á las solemnidades de la Iglesia: se sienta á la mesa del Señor, ó penetra en las prisiones para besar las cadenas de los mártires y derramar agua sobre los piés de los santos.

Si llega algún extranjero, alista su casa para darle hospitalidad. ¡Lejos de la cristiana los festines, las canciones profanas y los himnos de la voluptuosidad!

La mujer cristiana, á diferencia de las que asisten á esas bacanales en las que las carnes y el vino se digieren artificialmente, se prepara con

1—Tertul., Apolog.

Jesucristo á la temperancia; y jamás se la mira en los espectáculos y en las fiestas de los gentiles.

Siempre recogida en su casa, no sale de ella sino por graves motivos, para visitar á los enfermos, asistir al santo sacrificio y oir la palabra de Dios.

No usa adornos en sus manos, destinadas para llevar cadenas, ni adorna con perlas y esmeraldas su cabeza, amenazada por la espada de la persecución.»

***

Vuelta la mujer á su dignidad primitiva, era consecuencia que reflejara su felicidad á la sociedad conyugal; pero, ¡cuánta es la santidad que esa sociedad no habia adquirido bajo la influencia del cristianismo!

No contento el cristianismo con haber salvado al matrimonio de los desórdenes paganos, le sublimó sobre las alianzas profanas, imprimiéndole un carácter sobrenatural con la infusión de la gracia sacramental. «La Iglesia, continúa el citado apologista con su natural elocuencia, la Iglesia es quien endereza el contrato de los esposos cristianos; la oblación le confirma y la bendición le sirve como de sello; y los ángeles le presentan ante el Padre celestial, que le ratifica.

Dos fieles se han unido bajo el mismo yugo y se han hecho una misma carne, animada por un mismo espíritu: ambos oran unidos, juntos ayunan y juntos se presentan en la mesa de Dios, y jamas se separan, ni en el tiempo de la persecución, ni en el de la paz.» (1)

Ninguna cosa puede darnos una idea mas grande é insinuante de la sociedad conyugal cristiana, que ese breve pero espresivo cuadro. Completé-

1—Tertul. *Ad uxor*.

mosle, sin embargo, y despues de haber demostrado lo que eran los esposos, santificados por la cruz, veamos aunque ligeramente, lo que eran los hijos, formados segun la imágen, la palabra y el ejemplo de sus padres.

Entremos á la capital de las bellas artes y de la ciencia, en Atenas, capital también de la licencia y de la voluptuosidad. Entre la juventud que allí ocurre de todos los lugares del imperio para oir las lecciones de los famosos maestros; juventud disoluta y ávida de placeres, se distinguen dos jóvenes que viven retirados, y huyen con horror de lo que sus condiscípulos solicitan con tanto empeño. Son dos jóvenes cristianos, Basilio y Gregorio Nacianceno.

Unidos por una amistad íntima, uno de ellos, al pintarnos sus embelesos, nos ha descubierto la pureza de sus sentimientos y la santidad de su vida, permitiéndonos además seguir sus pasos y admirar el móvil y naturaleza de sus acciones. «Nosotros dos, dice San Gregorio Nacianceno, teníamos el mismo fin y buscábamos el mismo tesoro, la virtud; nos afanábamos por hacer eterna nuestra unión, preparándonos para una gloriosa inmortalidad: mútuamente nos servíamos de maestros y de custodios, exhortándonos á la piedad, y vivíamos retirados de los compañeros que eran desarreglados en sus costumbres, sin tratar con otros, que con aquellos que por su modestia, su juicio y sabiduría, podían ampararnos en la práctica del bien; porque sabíamos que los malos ejemplos son como las enfermedades contagiosas, que se comunican con facilidad· no conocíamos en Atenas sino dos caminos, el de la Iglesia, y el de la cátedra, é ignorábamos absolutamente los que conducían á las fiestas mundanas, á las reuniones y á los espectáculos.»

Tales eran los modelos hermosos que ofrecía al mundo abismado, la juventud cristiana; porque nutrida desde la lactancia con la sana doctrina, adquiría en tiempo oportuno el hábito de cumplir con sus santas obligaciones, y fortificándose en el curso de la edad contra los ataques de los sentidos, cuando llegaba el tiempo de las pruebas peligrosas, se encontraba robustecida.

Pero como la cruz era el símbolo de todos los sacrificios, inspiraba las virtudes más sublimes, que las puramente filosóficas. Veíase por esta causa, que un gran número de cristianos, hombres y mujeres, renunciaban voluntariamente los bienes del siglo, y los placeres, aun lícitos, para entregarse enteramente á la practica de las buenas obras y de la perfección evangélica.

Las ascetas, las viudas y las diaconisas regocijaron la Iglesia con los màs edificantes ejemplos de piedad y de caridad. Consagrarse á la contemplación de las cosas divinas y á las prácticas de una penitencia austera, asistir á los pobres, aliviar á los enfermos y visitar á los prisioneros; he aquí la felicidad, y el objeto de la tierna solicitud de aquellas mujeres.

Una peste violenta, que se declaró bajo el imperio de Valeriano y que se extendió por todas partes, sirvió eficazmente para poner de manifiesto el egoismo de la idolatría, y el heroismo generoso que había engendrado el cristianismo. «Veíase, dice San Dionisio de Alejandría, á los cristianos abrazar los cuerpos de los moribundos, cerrarles los ojos y la boca, cargar sobre sus espaldas los cadáveres, lavarles los piés y las manos, prepararles ricas mortajas y dispensarles todos los honores de la sepultura, para después recibir ellos mismos los mismos oficios de parte de sus hermanos, imitadores de su celo y de su caridad; porque el contagio no nos perdonaba, y un gran número de nosotros perecieron asistiendo á los apestados, no queriendo separarse de ellos, á los que estaban unidos por amor á Jesucristo.

«Muchos sacerdotes, diáconos y seculares virtuosos sacrificaron su vida. No fué esa la conducta de los paganos. Apenas alguno de ellos sentía los prime-

ros síntomas del contagio, cuando emprendían la fuga sobrecogidos de terror, abandonando á los que más amaban, y arrojando á las calles á los moribundos, dejándolos como basura sin sepultura, y creyendo así, aun que en vano, librarse de la mortandad».

Estas esclarecidas victorias de la cruz, lejos de relajar el ardor del combate contra la fuerza sensual, no hicieron sino escitar su desarrollo: dueña del campo por los supremos sacrificios que hizo, como resultados de la doctrina y de la santidad, se preparó á dirigir contra su enemiga otro nuevo y vigoroso ataque.

Muchas almas nobles llenas de gracia y de ascendientes, aspiraron á una perfección angelical, y rompiendo los lazos mas caros de la carne, libráronse, tanto cuanto estuvo en su poder, del poder de las seducciones de una naturaleza corrompida. Un jóven egipcio llamado Antonio, hijo de unos padres nobles, ricos y virtuosos, habiendo oido un día en la Iglesia, las palabras de Jesucristo: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y adquiriréis un tesoro en el cielo;» comprendiendo la sabiduría sublime que encerraban esas palabras, resolvió practicarlas: y volviendo á su casa, se despojó de todos sus bienes distribuyéndolos entre los pobres, retirándose luego al desierto, donde se ocupó solo del negocio de su salvación, ejercitándose en obras de penitencia, domando sus pasiones, procurándose la subsistencia con el trabajo de sus manos, sin descuidar el alivio de los desgraciados.

Ninguno mas que él fué el blanco de la fuerza sensual; y las terribles tentaciones con que le probó se han hecho célebres. Esto sin duda fué porque Satanás vió en la vida de Antonio un presagio funesto para su poder, por la abnegación y sacrificio estraordinario que caracterizaban á los héroes del Evangelio.

Antonio debia ser el padre de esos hombres escogidos, que arrancados voluntariamente del tronco de la familia humana, le descargaban de las ramas supérfluas, y le dejaban una savia más abundante y nutritiva, para que se elevase sobre el comun de la vida, oponiéndose sin cesar á la corrupción del mundo, con el objeto de neutralizarla con el ejemplo de una perfección sublime, que se interponía con sus expiaciones y continuadas lágrimas entre el cielo y la tierra, para suspender el brazo airado de Dios; y remediando al mismo tiempo, cuanto sus fuerzas alcanzaban, por medio de sus privaciones, trabajos y sacrificios los estragos del mal, de la miseria y de la enfermedad, y haciéndose finalmente los soldados de la cruz, los mas intrépidos y ardorosos para estender y consolidar sus conquistas.

En efecto, una multitud de discípulos, atraidos por la santidad de Antonio y por la fama de sus milagros, le salieron al encuentro y le pidieron vivir bajo su vigilancia: aprovecháronse bien pronto de sus sabias lecciones y se transformaron en hombres nuevos, casi celestiales; cuya grandeza del alma el hombre sensual no comprende.

El mismo San Atanasio no pudo ver á esos hombres sin edificarse. «Sus monasterios, dice, son como otros tantos templos, donde se pasa la vida cantando salmos, leyendo y orando, ayunando y velando; donde toda la esperanza se funda en el porvenir, y donde un lazo admirable de caridad estrecha á todos.

Allí se trabaja no tanto para proveer al propio sustento como al de los pobres. Aquel sitio es como una vasta región, enteramente separada del mundo, donde sus felices moradores no tienen otro cuidado que el ejercitarse en la justicia y la piedad».

Esa vida tan pura, esas virtudes tan esclarecidas la abundancia de las limosnas que prodigaban los solitarios, pues que segun cuenta San Agustin, se cargaban embarcaciones enteras con lo que

se destinaba á los necesitados, les conciliaron el amor, el respeto y la veneración de los pueblos. Viéronse á las testas coronadas inclinarse ante la humildad de aquellos hombres; y escribiendo Constantino á San Antonio no dudó el llamarle *padre*.

La vida cenobítica estaba instituida, y recibía de la esperiencia una gloriosa sanción. Bajo la dirección de los Hilariones, Pacomios, Macarios y otros ilustres padres del desierto se propagaba rápidamente; y alrededor de esos hombres acudían millares de aspirantes al reino de los cielos, quienes renunciando generosamente las pasajeras alegrías, se entregaban á las prácticas severas de la penitencia y de la mortificación.

La fuerza sensual quedó vencida; y el hombre, por la gracia que descendía del Calvario, había adquirido la energía bastante para resistir á las inclinaciones corrompidas de su naturaleza: la tierra había encontrado el secreto de crear santos, que si posible fuera, el mismo cielo le envidiara; y con esto la cruz podía entonar el himno de su triunfo.

Ella enseñó la victoria del espíritu sobre la carne, que jamas había contemplado el mundo y que en adelante se hizo comun en los pueblos cristianos.

Luchas de la Cruz contra la fuerza de inercia

Pero he aquí, que otra fuerza sin atacar directamente á la cruz, se opone como un muro á sus santas empresas. Tal era la fuerza de inercia, que llamársele puede con razón, la ciudadela del antiguo mundo.

Ciudadela construida sobre una elevada roca, defendida con gruesas murallas y flanqueda con torres colosales, y que presentaba á los asaltantes una masa inerte, es verdad, pero que por su misma inercia inutilizaba los golpes y los esfuerzos, aún los más poderosos.

En la naturaleza material, la inercia es la negación de la fuerza, ó mejor dicho, solo es una fuerza pasiva; y por esto, mientras es mayor, la fuerza activa tiene mayor dificultad de vencerla. A medida que las tinieblas son más espesas, necesitan de una luz más viva para disiparse, y á medida que el frío consolida las nieves, se necesita de más calor para liquidarlas: del mismo modo un cuerpo que no es movible por su naturaleza necesita de más poder para ponerse en movimiento.

De esta suerte, también en el mundo moral existe esa fuerza de inercia, con el mismo carácter impasible y resistente que inutiliza todos los esfuerzos y desconcierta todas las tentativas.

Los personajes del teatro griego decían frecuentemente á los interlocutores importunos: «*Vano es vuestro trabajo para persuadirnos, si no queremos que nos persuadáis.*» Y los poetas caracterizaban el fenómeno de la fuerza de inercia, que nosotros hemos juzgado, con esta antigua sentencia: «*No hay peor sordo que el que no quiere oir.*»

En una de las sencillas, pero al mismo tiempo profundas parábolas del Evangelio, la del sembrador, ha esplicado Jesucristo esa disposición del género humano. «La semilla, dice el Salvador al esclarecer la parábola, es la palabra de Dios: la que cae á los lados del camino, representa á aquellos que escuchando la palabra, viene enseguida el diablo y la arranca de sus corazones por temor de que sean salvos. La que cae sobre el terreno pedregoso, representa á los que oyendo la palabra de Dios, la reciben con alegría; pero no echando raíces, crece por poco tiempo, y cuando viene la tentación sucumben. La que cae entre las espinas figura á los que oyen la palabra, pero que al punto la sofocan por los afanes, riquezas y placeres de la vida por lo que no llevan ningún fruto». (1)

1—San Lúcas, cap. 8.

Como se advierte en esa explicación, la fuerza de inercia obra bajo esas tres diferentes manifestaciones, que son la pertinacia, la indiferencia y la cobardía.

Del conflicto y de la incertidumbre acerca de las doctrinas que producen la fé, resulta la indiferencia; del orgullo y de la ignorancia, y de los hábitos del fanatismo nace la pertinacia, y del egoismo y de la debilidad procede la cobardía del corazón.

Pero en ninguna época las causas de la inercia moral fueron tan poderosas como en tiempo de los apóstoles, cuando anunciaban al mundo la doctrina de Jesucristo.

En la Judea el endurecimiento de los corazones había llegado al estremo de haber merecido este reproche terrible de Jesucristo. «Este pueblo ha endurecido su corazón y ha cerrado sus oídos y tapado sus ojos, á fin de no ver con ellos, ni oir con los oídos, ni comprender con el corazón, por miedo de que, convirtiéndose, no alcance la salud.» (1)

¿Y si á tal grado de inercia había llegado el pueblo escogido por Dios, cuál debería ser el estado de las demás naciones idólatras?

Supersticiosas é ignorantes, embrutecidas por el vicio y la esclavitud, y privadas de la enseñanza moral, las naciones paganas estaban muy apegadas á sus antiguas costumbres, que inmorales y absurdas, no habrian podido tocar impunemente los hombres ilustrados por el estudio; y más cuando los filósofos, abusando del sofisma, habian emitido tan locas, tan contradictorias y tan absurdas máximas, que todo lo que parecía tener el carácter filosófico, estaba herido, no solo del descrédito, sino del ridículo; á tal estremo, que las nuevas doctrinas, lejos de cautivar á los espíritus graves, no servian sino de pasatiempo á los frívolos: finalmente, la generalidad de los hombres dedicados á los negocios de la vida pública ó privada y poco acostumbrados á volver su atención al estudio de los deberes mas sublimes, los hombres entregados á los placeres y habituados á seguir los caprichos de sus pasiones desordenadas, no estaban por cierto, bien preparados para oir el lenguaje severo de la cruz y para someter su conducta á sus preceptos.

1—San Mateo, cap. 13.

Para formarse una idea de la resistencia de esa fuerza de inercia, no se necesita mas que considerar lo que pasa ante nuestros ojos. Despues de diez y nueve siglos de desgracias y de un castigo inaudito, los judios aun no abren sus ojos y oídos á la verdad. Durante siete siglos, y á pesar de la dominación de la cruz, el paganismo se hizo sentir en Europa, y su espíritu está vivo aún, en las artes, en la filosofía, en la política y en las costumbres; y en el Oriente no se ha rendido sino en parte, á los constantes esfuerzos de nuestros intrépidos misioneros. ¿Cómo los apóstoles pudieron crearse un auditorio? ¿Cómo pudieron hacerse oir y obedecer?

Los romanos, en el apogeo de su grandeza y dueños del mundo, jamás osaron imponer á los pueblos que conquistaron sus usos y su religión. A los galos les dejaron sus robles, á los sirios sus piedras, á los egipcios sus cocodrilos y sus cebollas. La razón de esto es porque sabían ser más fácil triunfar de los cuerpos que de las almas, y que fácilmente se subyuga á un enemigo ganando primero su voluntad.

En efecto: ¿no se advierte cuánto es el apego tenaz que los pueblos tienen á sus costumbres aun las mas indiferentes; que los siglos pasan sin borrarlas, y que cuando por medio de las leyes se trata de hacer innovaciones no se consigue casi siempre sino provocar en el seno de los Estados profundos sacudimientos?

Empero la cruz no iba simplemente, por medio de sus pacíficos soldados, á obrar la sustitución de algunas vanas prácticas: tratábase, pues, de renovar en su fondo todo el mundo, de trastornar todas las religiones. así como la filosofía y la política; tratábase nada menos que de prescribir á las naciones el que quemasen lo que hasta entonces habían adorado, para que adorasen lo que antes habían quemado.

¡Cuál sería el grandor del muro que levantaría la fuerza de inercia por todas las causas que hemos dicho; y cuál sería la resistencia que ofrecería en todos los corazones, en todos los entendimientos y voluntades para oponerse á los gigantescos designios de la cruz!

¡Sin embargo, ¿cuándo fueron vencidos con más facilidad unos obstáculos tan grandes? ¿cuándo se ha visto una victoria más prodigiosa?

Apenas Pedro, el pobre pescador, abre sus labios y anuncia la verdad al pueblo de Jerusalen, cuando millares de sus oyentes se sienten compungidos y se convierten á la cruz. Todo se conmueve á la voz de los obreros evangélicos; y el número de los fieles crece de día á dia.

Casi á un mismo tiempo Jerusalen, Antioquia, Aténas y Roma se estremecen al nombre de Jesucristo: por todas partes se fundan iglesias, y se ve á una muchedumbre de hombres precipitarse ardorosamente á las prácticas de la virtud y de la penitencia, de la misma manera que antes se habían entregado á los placeres.

Nada los detiene ni hace retroceder para seguir la voz de Jesucristo que los llama; y saben desafiar por causa de la fé naciente, todo género de suplicios y de muerte. ¡El mundo se admira de verse cristiano en tan breve tiempo!

Ved, pues, cómo la Iglesia, tomando su punto de apoyo en la cruz, y semejante á la soñada palanca de Arquímedes, conmovió con un solo impulso

la fuerza de inercia de nuestra naturaleza, imprimiéndole á toda la humanidad un impulso que jamás había sentido; impulso tan impetuoso, que después de diez y nueve siglos, y á pesar de los desesperados esfuerzos que se han hecho, no se puede detener el movimiento, ó mejor dicho, no se puede ni siquiera atenuar; pues cuanto mas se la persigue mas espléndido es el triunfo.

Luchas de la Cruz contra el tiempo y el espacio

Entretanto que la naturaleza animada, inteligente y sensible ponia en juego todas sus fuerzas contra los soldados de la cruz estos encontraban en la naturaleza inanimada obstáculos contra los cuales se había estrellado hasta entonces todo el poder humano, y que sin el auxilio divino, siempre habrian sido insuperables.

Habiales dicho Jesucristo á sus apóstoles. «Id á enseñar á todas las naciones, y predicad el Evangelio á toda criatura.» Esto es; vuestra misión no se estiende á los hombres de hoy ó de mañana: esa misión no reconoce otros límites que los del mundo, ni otro fin que el de los siglos: vais á subyugar todo el espacio terrestre, y vuestra voz llenará la inmensidad de los tiempos hasta que se pierda en el seno de lo indefinido la sucesión de nuestros días.

«Sin remontarnos hasta Nemrod, Nino y Sesostris, dice el P. Lacordaire, mucho tiempo hacía que los reyes acariciaban este pensamiento; y que á ejemplo de Nabucodonosor, reunían á sus generales y favoritos en el gabinete secreto para declararles que tenían la intención de dominar todo el universo.

Pero también hacía tiempo que esos sueños de gigantes desaparecían en presencia de la realidad.» ¡Gran diferencia hay entre el hombre y el Ser soberano, que en todas partes hace sentir su presencia y su omnipotencia!

El hombre, limitado por órganos débiles, no ve, oye ni toca sino lo que alcanza dentro de un círculo muy estrecho; si quiere llegar á más grande distancia, si quiere manifestar su poder sobre puntos más remotos, vése necesariamente obligado á soltar lo que tenía tomado, abandonándolo á otras influencias, para convertir su actividad contra las nuevas dificultades que no cesan de ofrecérsele al paso, agotando sus esfuerzos, hasta que, á semejanza del soldado de Maraton, exhala el último suspiro de la agonía, cuando cree arrojar el grito de la victoria.

Levántese en buena hora el guerrero para marchar á la conquista; no tardará, por cierto, en ver cómo ante sus ojos se extienden inmensos llanos, cubiertos de arenas abrasadoras, bosques impenetrables y desiertos áridos; encontraráse con ríos profundos, pantanos fangosos y pestilentes, vastos lagos y grandes mares; chocará contra la barrera impenetrable de las altas cadenas de montañas cubiertas de eternas nieves; ligaránse en su contra el rigor y el ardor de la temperatura, el sol y las tempestades, el hambre, la sed y las enfermedades; y para disputarle sus fronteras, cien pueblos diferentes se levantarán á su vez; y mientras sostenga cuerpo á cuerpo las luchas contra el espacio, el tiempo, ese infatigable enemigo, de quién el poeta dijo, que no hay un cimiento tan duro, que al fin no llegue á disolver; el tiempo trabajando sordamente, terminará su obra y complicará las dificultades y peligros: el tiempo por un lado repara las brechas, reanima los ánimos, renueva los obstáculos y trae en su curso las horas fatales y los días infaustos; por otro roe, mina y corrompe, poniendo al descubierto las partes débiles, enervando las fuertes, y de repente arroja sobre el enemigo el monstruo terrible que lleva en sus entrañas, la inexorable muerte, cuyo soplo no tarda en anonadar al ambicioso con todos

sus vastos proyectos y sus soberbias pretensiones.

Algunas veces se le permite al hombre establecer una cierta proporción entre la grandeza de sus designios y la dificultad de la ejecución con los medios de que pretende servirse para llegar á su fin: sus débiles órganos puede ayudarlos por medio de otros nuevos agentes, poderosos como el hierro y el fuego, activos como los brazos multiplicados de un ejército numeroso; puede como encarnarse en un pueblo entero y hacerle mover como un colosal gigante.

En este caso se concibe que está en actitud de luchar con ventaja contra las primeras dificultades del espacio y de desafiar los primeros choques del tiempo; pero ¿pudiera esperarse un próspero resultado cuando se trata de la empresa más colosal que jamás se ideara, y cuando no se piensa emplear sino medios tan débiles y desproporcionados que deben considerarse como enteramente nulos?

Ah! es necesario prescindir por un momento de todo espíritu sectario y reflexionar con el simple buen sentido. En efecto; doce pobres pescadores judíos desprovistos de riquezas, de ciencia y de recursos humanos, se van por el mundo con una cruz en la mano, y no contando sino con su humilde predicación, tienen la seguridad de establecer un culto, instituciones y leyes nuevas en lugar del culto, las instituciones y las leyes antiguas, en todos aquellos pueblos que encontrarán en su tránsito, estén esos pueblos al Norte ó al Mediodía, al Oriente como al Occidente, en cualquiera latitud en que se encuentren; esperan que ni el imperio de los climas, ni la diferencia de hábitos y costumbres, ni la diversidad de razas, de aptitudes y de gustos, ni la variedad de idiomas y de ideas, ni el grado de civilización ó de barbarie, ni las más tenaces resistencias, ni nada será capaz de impedir que los hombres adopten la misma creencia, y sigan las mismas máximas, ni dejen de practicar las mismas virtudes.

¿Pero el espacio no los habrá consumido antes de que hubieran llegado al término de su carrera? ¿y el tiempo no los devoraría antes de que hubieran colocado las primeras piedras de su prodigioso edificio? ¿No es inmenso el solo proyecto de construirlo? ¿Qué será de esos hombres cuando dispersos por las diferentes partes del mundo, se encuentren lejos de aquel que les inspiraba la fuerza, la constancia y el valor; cuando se encuentren solos, ó de dos en dos en una gran ciudad, cuyo idioma ignoran, donde serán ridiculizados por su dialecto bárbaro, donde serán despreciados por la bajeza de su orígen, según que es odiosa la nación de donde salieron? ¿Cuántos años se pasarán para adquirir al menos el derecho de ser escuchados, para inculcar sus ideas y hacerse de algunos prosélitos?

¿Cómo pueden prometerse que el tiempo respete su obra y que no la disuelva cuando pase por las pruebas de la experiencia, cuando se someta al crisol de las pasiones, y cuando esté sometida al soplo emponzoñado de la muerte?

¿Cómo mantener la unidad de las doctrinas á un mismo tiempo en todos los puntos y en todas las distancias, no obstante la rebeldía de los espíritus, la oposición de los caracteres, la agitación de las pasiones humanas y la separación de los discípulos y los maestros?

¿Cómo pensar siquiera en empeñarse en predicar el Evangelio, sin que sea contagiado de las preocupaciones de las sectas y de los sistemas que dividen el mundo, cuando se le espone á la acción deletérea de las discusiones, á las groseras interpretaciones de la ignorancia, á los ataques del ódio y al olvido ó á la indiferencia?

Todos son obstáculos, todos son peligros, todas son dificultades. Sin embargo la Iglesia no vacila, y avanza con seguridad, viendo desaparecer, como vanos fantasmas ante su luz, el tiempo y el espacio.

Én un instante la cruz fué llevada á todas las estremidades de la tierra: los apóstoles prolongaron su carrera más lejos que el imperio romano.

Solos cien años habían trascurrido después de Pentecostés, y el filósofo Justino contaba entre los fieles aún á los mismos salvajes, y á los pueblos errantes que marchaban de aquí á acullá sobre sus carros: (1) la Galia, la España y la Germania estaban en comunión con el Egipto y todo el Oriente hasta el interior de la India. Así como no había sinó un sol en todo el universo, según la expresión de San Ireneo, contemporáneo á este prodigio, así también la misma luz de la verdad iluminaba á toda la Iglesia desde una estremidad á la otra del mundo. (2)

¿Pero esa luz se conservará en todo su esplendor, sin temer que sobrevengan las tinieblas? ¿no se debilita, minora y estingue? No; tengamos fé en el poder divino que la sostiene.

El sol de la verdad levantándose ràpidamente y llegando á su zenit, disipa las tinieblas y hace que penetren sus rayos inalterables hasta los últimos confines del mundo.

Hácia el siglo cuarto de la predicación evangélica San Atanasio pudo escribir en estos términos al emperador Joviano: «La fé de Nicea que nosotros confesamos, ha sido la fé de todos los tiempos: todas las iglesias la siguen, las de España, las de la Gran Bretaña, las de la Galia, las de la Italia, las de Dalmacia, las de la Dacia, las de Macedonia, las de toda la Grecia, de toda el Africa, las de la Cerdeña, de Creta, de Chipre, de Pamfilia, de Lycia, de Egipto, de la Libia, del Ponto, de Capadocia: la misma fé tienen todas las de Oriente con muy pocas excepciones.»

He aquí cómo la Iglesia por medio de la cruz

1—Justino, Apolog. 2, y contra Tryphon.
2—San Ireneo, 1, 2, 3.

quedó dueña del campo de batalla; su victoria fué completa. Derribó la fuerza cuádruple de la materia, de la inteligencia, de los sentidos y de la inercia; y tiene sujetos á sus piés el tiempo y el espacio; esos dos grandes enemigos que desconcertaron á Ciro, á Alejandro, á César, y en nuestros días al más hábil y poderoso de los capitanes, Napoleón el Grande.

La Iglesia para establecer su imperio, está fuera del tiempo y se burla del espacio; y para sostenerle desafía los esfuerzos de esos dos terribles hijos de la nada, y las ruinas de los pueblos que ellos acumulan sin cesar, no sirven sinó para enaltecer más y más su trono inmortal.

Sí; su trono es inmortal; y hoy día ante esos triunfos y esas luchas el ilustre hombre de Estado, Gladstone, aunque protestante, ha hecho esta magnífica declaración respecto de esa Iglesia inmortal:

«Después de tres siglos de persecusión ha marchado durante mil quinientos años á la cabeza de la civilización, ha enganchado á su carroza como á caballos de carro triunfal, las principales fuerzas intelectuales y materiales del mundo. Su arte, el primero del mundo; su génio, el génio por excelencia; su grandeza, gloria, esplendor y majestad han sido, si no absolutamente, casi en su totalidad, aquellas de que puede enorgullecerse la historia. Sus hijos son más numerosos que todos los sectarios unidos; dilata todos los días los límites de su vasto imperio: sus altares se levantan en todo clima, y sus misioneros se encuentran donde quiera que haya hombres que puedan aprender el Evangelio y almas que salvar.

«Y esta maravillosa Iglesia, que es tan antigua como el Cristianismo, y tan universal como la humanidad, es hoy, después de diecinueve siglos de existencia, tan jóven y tan vigorosa y tan fecunda, como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra.»

Es así cómo se ven obligados á hablar los grandes genios ante la evidencia histórica con que se les presenta la invicta energía, los triunfos constantes y la maravillosa fecundidad de la Iglesia fundada sobre el Pontificado de Pedro.

Ella sola desafía los siglos, permaneciendo tal como la fundó el Redentor; mientras las sectas no hacen más que desfilar ante ella, invicta é inconmovible, como el arrianismo, el nestorianismo, el protestantismo y tantas otras heregías, que en su orgullo insano creen poderse medir con ese coloso que, después de diez y nueve siglos de existencia es tan jóven, tan vigoroso y fecundo como el primer momento de su aparición en el mundo. Al través de los siglos ¿qué otra institución cristiana tiene existencia permanente sinó la Iglesia católica, al par que las heregías aparecen y se extinguen?

El triunfo de la Cruz

Para hacer resaltar el glorioso triunfo de la Iglesia por medio de la cruz, nos serviremos de la admirable hipótesis ideada por un padre de la Iglesia, y revestida con una forma pasmosa por el obispo de Hermópolis.

«Supongamos, dice este último, que en el momento en que Jesucristo va á principiar su misión, se encuentra con un filósofo y entabla con él la conversación siguiente:

«*Filósofo.* ¿Cuál es tu designio, pregunta á Jesucristo, al recorrer las ciudades y aldeas de Galilea, enseñando al pueblo una doctrina nueva?

Jesucristo responde: Mi designio es el de reformar las costumbres de la tierra, y el de cambiar la religión de todos los pueblos, destruyendo el culto de los dioses que adoran, para que en adelante adoren á un solo Dios verdadero: y por árdua que parezca mi empresa, yo afirmo que la llevaré á cabo.

Filósofo. Sois, por ventura, más sábio que Sócrates, más elocuente que Platón y más hábil que todos los genios sublimes que han ilustrado á Roma y á Grecia?

Jesucristo. No pretendo enseñar la sabiduría humana: por el contrario, voy á convencer de locura la sabiduría de esos sábios tan jactanciosos; y la reforma que alguno de ellos no se ha atrevido á emprender en una sola ciudad, yo la voy á obrar en el mundo por medio de mi Iglesia que fundaré sobre Pedro el pescador de Galilea.

Filósofo. ¿Vuestros discípulos siquiera, por sus talentos, riquezas, reputación y dignidades, gozarán de tal explendor, que ofusquen el Pórtico y el Liceo, y de tal poder que arrastren en pos de ellos á la multitud?

Jesucristo. No; para que el mundo comprenda que mi empresa no es humana, sino divina, mis enviados serán hombres ignorantes y pobres, tomados de la clase del pueblo, y sacados de la nación judía, que como es sabido, es despreciada de todas las otras; y sin embargo, por medio de esos hombres, triunfaré de los filósofos y poderosos de la tierra, no menos que de las muchedumbres.

Filósofo. ¿Será necesario, al menos, que conteis con legiones mas invencibles que las de Alejandro, ó de César, que lleven ante vuestros discípulos el terror y el espanto, para disponer á las naciones enteras á rendirse á sus piés?

Jesucristo. No; nada de eso entra en mi pensamiento: mis enviados serán mansos como unos corderos, que se dejan degollar de sus enemigos; porque yo haré crimen de que saquen la espada para fundar el reino de mi ley.

Filósofo. Os prometeis, acaso, que los Emperadores, el Senado, los magistrados y los gobernadores de las provincias favorezcan con todo su poder vuestra empresa?

Jesucristo. Lejos de eso, todas las potestades de la tierra se armarán en mi contra: mis discípulos serán arrastrados ante los tribunales; serán odiados, perseguidos y condenados á muerte: durante tres siglos enteros se anegarán mi religión y mis discípulos en rios de sangre, para que se vea que su triunfo no es debido al concurso y simpatías de los hombres, sino al auxilio divino.

Filósofo. ¿Cuál, pues, será el atractivo que tenga vuestra doctrina para atraerse á toda la tierra?

Jesucristo. Mi doctrina encierra misterios incomprensibles. Mi moral es mas pura que cualquiera que se haya enseñado hasta el dia de hoy: mis discípulos publicarán de mi que nací en un pesebre, que llevé una vida de pobreza y de sufrimientos, y aun podrán agregar que espiré en una cruz, porque asi he de morir. Todo esto será público en sumo grado; todo será creido entre los hombres; y yo soy ese mismo á quien la tierra entera ha de adorar un día.

Es decir, *dice el filósofo* con cierto aire de compasión, que vos tratais de ilustrar á los sabios por medio de los ignorantes, de vencer á los poderosos por medio de los débiles, de atraer á la multitud combatiendo sus vicios; de haceros de prosélitos ofreciéndoles sufrimientos, desprecios, oprobio y muerte; es decir, que pretendeis destronar los dioses del Olimpo para haceros adorar en su lugar, ¡vos, que segun decis, habeis de morir en una cruz cual un malhechor y vil esclavo!

Quitaos de aqui: vuestro proyecto no es sino una locura; pronto se desbaratará con la rechifla del público que os hará la debida justicia; y antes de creer en la realización de vuestros pensamientos, creeria el que con solo la fuerza de vuestra palabra, podréis hacer estremecer la tierra y derribar del firmamento, el sol y las estrellas.»

Pues bien; eso que era humanamente imposible

fué lo que sucedió precisamente: la sabiduría humana fuè confundida, todas las ideas comunes fueron trastornadas y la cruz subyugó á todo el universo.

De las sombras horrorosas de los calabosos y de las llamas de las hogueras se levantó radiante sobre los altares: los pueblos que la perseguían se posternaron ante ella y la adoraron: los ejércitos rompieron sus águilas, pusieron la cruz sobre sus estandartes para caminar á la victoria: los sabios y los filósofos abjuraron sus falsos sistemas, y consagraron la elocuencia y habilidad de sus plumas á engrandecerla: los emperadores la llevaron en triunfo al Capitolio, y rindiéndola homenajes en los palacios y en las ciudades, buscaron en otras costas un lugar para establecer una nueva capital, dejándole la antigua metrópoli del error, para que alli mismo se estableciese la Silla de Pedro y sus sucesores los Pontifices romanos como centro del imperio espiritual, donde la cruz, cual reina coronada de la inmutable verdad, deberia reinar perpetuamente.

***

Ese triunfo milagroso de la Iglesia por la cruz, que invocaban en su tiempo San Pablo, San Ireneo, San Clemente de Alejandría, San Justino; ese triunfo que servía de armas á Tertuliano, Orígenes, San Agustin y otros apologistas de su época; ese triunfo que los apologistas posteriores han presentado sucesivamente como un fortísimo argumento, como un hecho irrecusable; argumento, que los siglos corroboran mas y mas, ha sido la desesperación de los enemigos del cristianismo y de la Iglesia.

Por eso no hay recurso que no hayan imaginado para debilitar el efecto que causa ese solemne triunfo sobre las conciencias, sin considerar, que sus esfuerzos unánimes y perseverantes, harán suponer,

aún á los menos avisados, que infructuosamente se dan tan rudos golpes, supuesto que un fantasma puro no podría ser el punto de vista de tantos ataques.

Combatir á la cruz hasta en su mismo triunfo, no era sino procurarle nuevas victorias, excitando á los espíritus á meditar sobre la virtud y sublimidad de su omnipotencia divina.

Los doctores judíos y los filósofos paganos no podían negar, ni tampoco idearon el poner en duda la asombrosa propagación del Evangelio, que se obraba ante sus ojos.

Negar la causa sobrenatural, de que también eran testigos, no hubiera sido fácil, y lo único que podían hacer era desnaturalizarla, y en verdad que en esto no se quedaron cortos.

Lejos de reconocer el dedo de Dios en los estupendos milagros que se obraban en su presencia, y que los nuevos cristianos presentaban como motivos de sus conversiones, los atribuían mejor á la influencia de agentes ocultos, ó á la habilidad esperta y ejercitada

Exagerar el efecto de los secretos de la mágia, ponderar los fenómenos que causaban los prestidigitadores, tal fué la táctica que pusieron en obra, para atenuar el prodigio de los trabajos apostólicos.

Pero estos medios, con los que contaban hacer vacilar á las almas débiles, no ofrecen el dia de hoy nada serio, y ni aún merecen el honor de la refutación.

Del mismo modo los modernos enemigos de la cruz, han creido poderse valer de otros argumentos, no menos pueriles. En el siglo diez y ocho Gibbón, Voltaire y su escuela, creyeron que en esa época era más conveniente poner en duda la importancia del hecho, que entrar en su discusión de buena fé.

Vióseles, pues, con desprecio de una tradición

constante y de los testos más esplícitos y auténticos, reducir á mezquinas proporciones los progresos primitivos de la religión cristiana: tuvieron la osadía de escribir y sostener, que había sufrido pocos combates, pocas persecuciones, y que muy pocos obstáculos tuvo que remover.

Otros filósofos, sin tomarse el trabajo de servirse del artificio, se conformaron con arrojar, con brutal cinismo, sobre aquellos primitivos cristianos tan virtuosos, resignados, mansos y tan santamente heróicos, ¡primera esperanza de la regeneración humana! las palabras de superstición, credulidad y fanatismo, con cuyas frases, creen esplicarlo todo.

Más á pesar de todos los sofismas y de todos los desdenes filosóficos, la historia permanece en pié, como encarnada en todas las tradiciones, monumentos y literaturas: la historia permite el paso á esa turba de espíritus preocupados, y un dia ú otro obliga á sus profanadores á recurrir á su verdad. Esto es lo que ha sucedido.

Los estudios concienzudos han disipado las nubes amontonadas por la mala fé; la verdad ha resplandecido, y la evidencia de los hechos ha bastado para justificar las calumnias y las injurias que inventaron los falsarios embaucadores.

No creais por esto, que la filosofía incrédula confiese francamente su derrota: no, no; esto fuera exigir mucho de su naturaleza sofística y orgullosa; pero acordándose de su antigua flexibilidad, no pudiendo negar más el triunfo de Jesucristo, ha tratado de apropiárselo; y para combatir à la cruz con mejor éxito se ha revestido con las insignias del cristianismo con el fin de despojarla de su gloriosa aureola cubriéndola con los oropeles del racionalismo.

No juzgando más útil á sus fines el parecer cristiana, ha convertido á Jesucristo en filósofo, y con orgullo se apropia para sí los honores del

Verbo Humanado. A sus ojos el Hijo de Dios no es sino el sucesor y el heredero de Zoroastro, de Confucio, de Sócrates, de Platón, de Zenón: «Vino en tiempo oportuno, dicen, y supo con destreza recoger todos los fragmentos de la verdad, esparcidos en el mundo: su luminoso eclecticismo subyugó las inteligencias; su ley de amor sedujo á los corazones; sus máximas de libertad, igualdad y fraternidad arrastraron á la multitud, condenada desde mucho tiempo á sufrir la miseria y la esclavitud.

La idolatría estaba decaida, los espíritus tenian necesidad de fé, las almas rectas estaban sublevadas contra la corrupción de las costumbres paganas: todo estaba dispuesto para recibir la buena semilla, y no se necesitaba mas que un genio sublime para derramarla.» Y sin embargo á pesar de esa preparación simpática tuvo que luchar tres siglos anegada en sangre!

«Yo no encuentro, dice M. Philaréte Chasles, que resume esa nueva esplicación; yo no encuentro el enigma del nacimiento y propagación del cristianismo resuelto, ni entre los historiadores teólogos, ni entre los filósofos. Los unos todo lo esplican por la acción de la Providencia; los otros por el acaso, ó el destino: he aqui en una palabra la solución: *Es el triunfo de la fuerza moral sobre la fuerza física.*»

¡Muy bien! pero ¿de dónde le viene á la verdad cristiana la fuerza moral; que no tuvieron los demas sistemas; dónde la había tomado? ¡Vosotros hacéis de Jesucristo un simple filósofo, y hablais enseguida de la fuerza moral de su doctrina! ¿Pues qué la palabra de algun filósofo tiene alguna autoridad? ¿No es libre cualquiera para elegir entre Epicuro y Platon, ú otro cualquiera?

¿No conoce todo el mundo que no está obligado á obedecer á ningun filósofo? ¿Quién me asegura,

si Jesucristo no es mas que un filósofo, que sus dogmas no son sino sueños de un cerebro enfermo, y que sus doctrinas no son sino teorías impracticables? ¿Dónde tomará la sanción de lo que asegura? ¿Cómo no dudar el comprometer placeres, honores, fortuna y vida para echarse la cruz sobre las espaldas y seguir sus caminos? ¿Quién podrá confiar en la fuerza moral de la verdad filosófica, cuando se sabe que los espíritus son tan fácilmente pervertidos por el sofisma; cuando se sabe que halagando sus inclinaciones se les arrastra sin trabajo; y cuando por el contrario, se les inspira aversión profunda á todo lo que tiende á sujetarlos á rigurosos deberes?

No basta, por otra parte, proponer la verdad á los hombres para que la reciban y le presten fé: porqué segun ya decia Tucídides, la inquisición de la verdad les inquieta tan poco ordinariamente que prefieren convertirse á las ideas que tienen á su alcance, y no es esto lo mas, sino que despues de haberlos iniciado en ciertos conocimientos, se hace preciso, para que no se hagan inútiles ó perjudiciales, el conservarlos intactos en sus memorias.

Falta, pues, esplicar por qué medio Jesucristo, que no escribió por su propia mano, supo preservar su doctrina de la corrupción, y presentarla á los pueblos de toda la superficie del globo, no obstante las oleadas de los siglos, pura de toda mezcla, por el órgano de sus discípulos, los cuales poco tiempo despues de su muerte, no pudieron oir sus lecciones. Hecho semejante no tiene esplicación natural.

⁂

Hé aquí, pues, que la objección, por el solo modo de presentarla, se vuelve contra los racionalistas incredulos.

Si Jesucristo no ha sido mas que un filósofo, no ha podido disponer de ninguna fuerza moral, y mucho menos pudo producir por solo esa fuerza los prodigiosos resultados, que no podeis menos que reconocer segun los hemos expuesto en los capítulos precedentes.

Pero para salir del paso, y para desvirtuar proporcionalmente las maravillosas obras de Jesucristo, cuando se le hace descender al nivel del filósofo, se pretenden exagerar las ventajas de los tiempos y de las circunstancias en que apareció, todo con el fin, segun se ha dicho de rebajar los obstáculos que se presentaban ante el Redentor.

Pero todo esto no es sino un pérfido artificio, por medio del cual han tenido la audacia los filósofos incrédulos, para llegar con mas facilidad á su fin, de ocultar á los ojos de los ignorantes é irreflexivos la cara de la historia, que protesta á todas horas contra esas falsas aserciones.

Vosotros decis que Jesucristo vino á su debido tiempo. ¿Qué queréis decir con esto? ¿Jesucristo tenia necesidad del mundo, ó el mundo de Jesucristo? Esplicadnos esto.

Jesucristo vino á su tiempo; si, estamos conformes; ¿por qué no decis, que la hora en que Jesucristo vino estaba esperada por todas las naciones, especialmente por un pueblo extraordinario y milagrosamente advertido de su venida?

¿Por qué no decís, que Jesucristo y sus apóstoles juzgaron asímismo de la oportunidad de la hora, y que contra todas las probabilidades profetizaron los sucesos universales de su predicación antes de haberla comenzado?. *Jesucristo supo recoger todos los fragmentos de la verdad, esparcidos por el mundo*; pero ¿de dónde le había venido esa admirable facultad ecléctica, que le permitía, sin equivocarse nunca, el poner siempre el dedo sobre la verdad?

Jesucristo no habia viajado como Pytágoras y

Platón; no habia consultado con los sábios de la India, del Egipto y de la Grecia; y los judíos se preguntaban asombrados, cómo podía mostrar tanta sabiduría aquel hombre que no había estudiado.

¿Por qué ocultar que algunos ilustres filósofos, algun tiempo despues de Jesucristo, trataron de hacer ensayos de un vano eclecticismo, y no alcanzaron otra cosa que caer en las locuras de la mágia y de la teurgía, y en el caos del amalgamamiento de todas las sectas!

Mas, aun cuando pudierais probar que Jesucristo fué un filósofo ecléctico, ¿que habríais ganado? ¿Esta especie de filósofos merece mas fé que los demas? ¿Quién recoge de aqui y de acullá espigas, se hace mas rico recolectando trigo fino, que el que le cosecha en sus propias tierras?

¡Ese eclecticismo ha sabyugado á todas las inteligencias! Preguntad á la historia y ella os responderá, que los primeros cristianos al someterse á Jesucristo, no creyeron someterse á un filósofo, sino á Dios; que aceptaron su doctrina, porque la reconocieron investida de un carácter sagrado y obligatorio para la conciencia; la historia os dirá que Jesucristo no escogió por apóstoles á hombres de ciencia, sino ignorantes que se jactaban de no saber otra cosa que la locura de la cruz, y que los que creian en su palabra, se convertian por la evidencia de los milagros, y no por la elocuencia de los discursos.

Su luminoso eclecticismo, decís, *ha subyugado las inteligencias;* y nosotros vemos, que los judíos, los paganos y los filósofos de los primeros siglos no han cesado de combatirlo; que los filósofos del siglo diez y ocho encontraron absurda esa doctrina; que los de hoy no quieren admitirla sino en lo que halaga sus ideas, y que un gran número de hombres, aún no quieren abrir los ojos á la luz del Evangelio.

Mucho habláis de la ley de amor, y olvidáis la ley de abnegación, de penitencia, de sacrificios y de guerra contra las inclinaciones seductoras.

Eleváis á muy alto el grito de la ley de libertad, y nada decís de la ley de obediencia y de resignación; omitís el decir que hacerse cristianos era lo mismo que cambiar una suerte feliz ó desgraciada por un destino lleno de alternativas terribles, espuesto sin cesar á los ultrajes, á las prisiones, á las torturas y á la muerte.

Pero se añade: *la idolatría caducaba; los espíritus estaban sedientos de fé; las almas rectas estaban reveladas contra la corrupción de las costumbres paganas.* ¿Cómo se esplica entonces el que los apóstoles hubieran sido recibidos con el desprecio y la persecución; y que durante tres siglos la masa del pueblo hubiera perseguido á los cristianos con el grito de muerte?

¿Cómo se esplica el hecho de que los emperadores y el senado se hubieran opuesto tan largo tiempo con una cruel perseverancia á los progresos del Evangelio?

¿Cómo se esplica, finalmente, el que los filósofos, esos amigos decididos de la verdad pura, hubiesen tomado á su cargo la defensa de los intereses de la idolatría?

¡La idolatría vacilaba! Pues ¿cómo las doctrinas de los judíos y las doctrinas de la filosofía que proclamaban la unidad de Dios, y que por esto la contradecían desde tan largo tiempo, no la habían echado abajo; y cómo, después de siete siglos de haber venido Jesucristo, aún ostentaba á la luz del sol su mitología seductora; y cómo sus doctrinas y su espíritu no acaban de desaparecer?

¡Todo estaba preparado para recibir la nueva semilla! —Pero ¿qué es lo que la historia nos demuestra? Que en ningun siglo la corrupción había llegado á ser ni mas general ni mas profunda.

¡Qué! ¿á medida que los pueblos son mas corrompidos están mejor dispuestos á escuchar las sanas doctrinas, y á pasar de los hábitos inveterados del vicio á las prácticas austeras de la virtud?

Haced la prueba sobre los individuos, y despues de haber visto los resultados que obtengais sobre la mayoría, podréis juzgar del éxito de vuestra hermosa teoría, aplicada á la especie humana.

Por lo demas los hechos os desmienten; y el mundo lejos de aceptar con gusto la santa doctrina de Jesucristo, se armó y se arma todavía para combatirla y rechazarla; como toda generación corrompida se alza contra la simple ley natural.

Pero nó; lo que dice la historia es que Jesucristo fuè anunciado como Dios; habló como Dios; obró como Dios; profetizó sus resultados como Dios, y venció y triunfó como Dios. No discutió ni habló como filósofo; porque entonces nada hubiera podido fundar.

***

Sigamos ahora su carro triunfal, al que innumerables pueblos acompañan con sus adoraciones bendiciones y súplicas. ¿Quiénes son esos vencidos famosos, que vemos alli encadenados? ¿Quién es esa mujer sentada en el polvo, cubierta la cabeza con un manto de luto y los ojos bañados en lágrimas? Es la Judea cautiva; y ese coloso corrompido, cuya presa se disputan esas bandadas de aves carnívoras, es el cadáver del imperio romano. Esas dos grandes ruinas revelan al mundo atónito, cuál es el poder terrible del triunfador; pues estaba profetizada la ruina de Roma para despues de la de Jerusalen.

«¡Jerusalen, Jerusalen! esclamaba el Hijo del Hombre en su congoja profética: tú que has matado á los profetas, y has apedreado á los que se

te; enviaron, vas á quedar desierta y abandonada; será destruido tu templo y no quedará piedra sobre piedra! Serán pasados tus hijos á cuchillo, ó se les llevará cautivos por todo el mundo, y serás pisoteada por los gentiles, hasta que llegue el tiempo de ellos.» (1)

Al subir Jesucristo al Calvario, arrojó su última mirada sobre la ciudad maldita y lloró sobre ella; y aunque desde lo alto de la cruz perdonó generosamente á la Judea, la nación deicida pide á gritos que la sangre del justo que derrama, caiga sobre ella y sobre sus hijos.

Desde aquella época no cesaron de verse en el templo cosas estupendas. «¡Oh templo! esclamaba un célebre rabino, ¡oh templo! ¿quién es el que te conturba? ¿Por qué tienes terror de tí mismo?» «¡Salgamos de aqui; salgamos!» respondieron formidables voces.

«Ay de la ciudad! ¡Ay del templo!» gritaba dia y noche, recorriendo toda la ciudad, y á pesar de los castigos que se le imponían para que callara: ¡Ay de la ciudad y del templo! ¡Voz del Oriente y del Occidente; voz de los cuatro vientos! ¡Ay del templo! ¡Ay de Jerusalen! ¡Ay de mí! agregó al fin, al mismo tiempo que un golpe de una máquina de guerra acabó con su existencia.

Poco tiempo despues, prosiguiendo Tito los trabajos del sitio, comenzados por Vespasiano, tomó por asalto la ciudad que era objeto de las venganzas de los cielos, diezmada ya por las guerras intestinas y por una hambre que obligaba á las madres á comerse á sus propios hijos.

Contra las órdenes de Tito, y sin embargo de todas las precauciones que se tomaron, el gran templo fué incendiado por la tea de un soldado; y la ciudad entera pereció víctima del fuego, del hierro y del saqueo.

1—San Mateo, cap. 23 y 24. San Lúcas, cap. 21.

En ese sitio perecieron un millon trescientos mil judíos; y los restos del pueblo culpable fueron dispersados, segun el oráculo de Jesucristo, por todo el universo.

Cuando Tito, en homenaje de su victoria fué á deponer á los piés de Júpiter capitolino el trofeo de las armas israelitas, más ufano de llevar consigo los despojos del templo, la tabla de oro, el candelero de los siete brazos y el libro de la ley que la gloriosa espada de los Macabeos, (1) Satan debió arrojar un grito de alegría, creyendo haber llegado al último término de sus orgullosas esperanzas.

Pensaría que había sujetado á Jehovah, y que habiendolo precipitado de su trono lo habia vencido y encadenado: pensaria que en adelante, nadie osaría disputarle el imperio sobre la tierra, donde reinaria solo. ¡Cuánto se engañaba el espiritu de las tinieblas!

No era Jehovah, ciertamente á quién Satan podía contar entre sus despojos, quién solo tenía en su poder unos vanos simulacros, de los cuales se había retirado el espíritu del Señor; simulacros, que habían atraído el castigo del cielo cuando el pueblo renegando de su título de elegido de Dios se convirtió en instrumento del averno.

Había pasado un día, por disposición justa de la Providencia, en que el pérfido Amán fué condenado á ser el heraldo del triunfo de Mardoqueo, á quién pretendía humillar; y del mismo modo debía suceder que á su vez sufriese Satan la misma humillación sufriendo el dolor de haber prestado sus magníficas pompas al triunfo de Jesucristo.

Empero ya la voz vengadora del apóstol San Juan, acaba de enturbiar la alegría y confianza de Satan.

1—Josefo, *Guerra de la Judea*, cap. 5.

«¡Ha caído, ha caído la soberbia Babilonia!» y las voces de la muchedumbre respondían: «¡El poder y la gloria son de Dios, que condenó á la prostituta (Roma) que corrompió la tierra! ¡Ha vengado la sangre que habían derramado sus ministros!»

Tan solemne llamamiento fué oído; y del Oriente, Septentrión y Mediodía, de todas las regiones, y del fondo de las tierras más ignoradas, salieron los instrumentos de la ira de Dios y amenazaron á Roma para no hacer tardar la venganza que pedía la sangre de los mártires de Jesús.

En el momento designado en la Presciencia del Señor, cuando los crímenes de la reina del mundo llegaron hasta el cielo, viéronse caer sobre ella, con el furor y la impetuosidad de aves carnívoras, las nubes formidables de los bárbaros.

Godos, alanos, vándalos, suevos, gépidos, sarracenos, alemanes, francos, lombardos, sajones, y quién sabe cuántos más, cediendo, como ellos mismos lo confesaban, á un impulso irresistible, concurrieron á la gran cena de Dios. —«¿A quiénes declaráis la guerra?—A los que son objeto de la ira de Dios», responde Genserico. «No puedo contenerme: parece que alguno me compele á devastar á Roma», dice Alarico; Astolfo siente la pasión de borrar el nombre romano de la tierra; y Atila esclama: «¡La estrella cae, la tierra tiembla! Yo soy la espada de Dios y el martillo del universo.»

Desde el uno al otro océano y desde las playas del mar Glacial hasta las del Mediterráneo, pasa y vuelve á pasar el torrente vengador arrasándolo todo y no dejando en pos de sí más que ruinas y desiertos. Si se huye al Oriente allí se le encuentra, si se vuelve al Occidente allí aparece.

El eco de aquellos desgraciados siglos nos repite los gritos desgarradores y los lúgubres lamentos. «¿Por qué referiré la historia de este

infortunado tiempo, dice Salviano, cuando todo el mundo la sabe? Sábela la España, de la que no queda sino el nombre; sábela el Africa vencedora, y la saben las Galias arruinadas! ¡El dolor me oprime ¡ay! ha sucumbido nuestra república; ved el último estertor de su agonía!»

San Gerónimo observa por todas partes ciudades devastadas, hombres degollados y el suelo cubierto de escabrosidades: cree el santo asistir á los funerales del mundo.

San Agustin llora asimismo por la carnicería, el incendio, la rapiña y el esterminio de aquel tiempo.

Al incendio de las ciudades, á la matanza de los hombres y á la devastación de los campos se agregaban los tormentos del hambre y la desolación de las epidemias. Diariamente perecían millares de víctimas.

Roma no se esceptua de ninguno de esos desastres. Presa del pillaje la primera vez en el asalto dado por Alarico, sus desgracias no desarmaron al feroz Genserico, que la destruye durante catorce dias.

***

¡Ah! si no hubiera existido la Iglesia Católica. Sin ella la civilización hubiese perecido, como confiesa el historiador Laurent.

En aquella época de destrucción y de tormento, los bárbaros no sintieron algún sentimiento de respeto en su corazon sino hácia los pontífices y ministros de los templos de Cristo, que vinieron á ser los únicos asilos y lugares de protección de los pueblos vencidos.

El furor de los soldados de Alarico no se aplaca sino al pisar los umbrales de las iglesias de San Pedro y San Pablo de Roma.

El ascendiente del papa San León contuvo á

Atila ante las puertas de la ciudad; y San Lupo, San Agnan y San Ferrol le alejaron de Troyes, de Orleans y de Arlés: Santa Genoveva, por sus súplicas libró á Paris de los destrozos.

Los obispos y los sacerdotes aparecían en medio de aquellas universales desgracias, como la misericordia divina. Todos rivalizaban en impartir consuelos, aliviar y fortificar á las turbas desoladas.

San Gerónimo recibió en Belen á los fugitivos de Roma; y el obispo de Cartago rescató á los cautivos con el precio de los vasos sagrados, convirtiendo las iglesias en hospitales, donde curaba á los enfermos con sus propias manos.

Al practicar las mismas obras de caridad San Exupero, obispo de Tolosa, se redujo á la última miseria; y San Paulino, obispo de Nola, habiendo enajenado todos sus bienes, sacrificó su propia libertad para rescatar del poder de los bárbaros al hijo de una pobre viuda.

«Nuestros obispos, dice Sídonio, llevan hasta los últimos confines de las Galias las pesquisas de su caridad: acopian trigo en sus graneros, y cuando el fuego de la devastación gótica ha talado todas las sementeras del pais, alimentan á la población hambrienta: los necesitados no cuentan con mas auxilios que los que les proporcionan esos hombres.

«Pero cuando se disipan las polvaredas que levantan los ejércitos, y el derrumbamiento de tantos monumentos; cuando igualmente desaparecen los torbellinos de humo que despiden las ciudades incendiadas; cuando cesan los gemidos de tantas víctimas, y cuando en suma, cesa el estrépito que causa la caida del coloso romano, entonces aparece una CRUZ y al pié de esa CRUZ, un mundo nuevo.»

Contra quiénes ha tenido la Cruz que defenderse

Desde que la flecha de un persa acabó con la vida y con las persecuciones de Juliano el apóstata,

la idolatría decaía diariamente. San Ambrosio en su elocuente informe contra Symmaco, refiere los últimos golpes que sufrió; y cuando, á moción de Teodosio, el senado romano fué convocado á elegir entre Jesucristo y Júpiter, prefiriendo á Jesucristo, se resignó la idolatría á sucumbir.

La filosofía, su digna aliada, sufrió la misma suerte. Desde el instante en que el poder material cesó de sostenerla, cayó en un estado de languidez, que muy en breve exhaló sus últimos suspiros en la persona de Damascio; y Justiniano cerró sin resistencia las escuelas que ya estaban desiertas.

Pero si el mundo en esa época estaba vencido, no estaba regenerado. Bajo su imperio, la cruz no tenía sinó el cadáver corrompido de un gigante, en cuyo seno fermentaba el feto informe de la barbarie; y con esos elementos se proponía la cruz reconstruir el edificio social.

Mientras que duró el milagro de la conquista evangélica, las voluntades paganas, siempre subyugadas por la fuerza divina, patente entonces, no podían resistir á su influencia; y Jesucristo, elevado á los cielos, y cumpliéndose todos sus oráculos, atraía todo á sí; pero cuando cesaron los milagros, y cuando se fué calmando el ardor de la lucha para ceder el lugar á la paz del reinado, se pudo reconocer fácilmente la gravedad de la llaga del antiguo mundo, y todo el tiempo y trabajos que se necesitaban para destruir y cicatrizar en la humanidad los funestos gérmenes que había favorecido y acrecentado una depravada libertad.

Un gran número de paganos, convertidos al cristianismo, se resfriaba en su fervor primitivo, y no tardaba en recaer en sus antiguos y habituales vicios; mientras que otros, poco afianzados en la fé, y no habiendo sido probados en el crisol de la persecución, no hicieron mas que cambiar de nombre sin cambiar de vida.

Para escusar su relajación y desórdenes, decian ya en aquel tiempo, refiere San Juan Crisóstomo: «¿Por ventura somos nosotros monjes? ¿No tenemos hijos y mujeres que sostener?»

Por esta razón San Agustin advertía á sus neófitos que entre la multitud que llenaba las iglesias materiales, veiase á los beodos, á los avaros, engañadores, jugadores y á los afectos á los espectáculos, que llevaban el nombre de cristianos.

Huyendo á la soledad para evitar el aire emponzoñado de la corrupción, San Gerónimo volvía como anatemas, sus palabras acerbas contra Parta, la ciudad maldita. «Continúen, esclamaba el santo, visitando á sus matronas, y frecuentando los senados de mujeres! Locuras del circo, furores de gladiadores, teatros, tumultos de Roma; adios!»

Todos los siglos han oido á Salviano, con su lastimera voz, lamentar á su vez, las miserias de aquella triste época. «Venid, sajones, venid: mirad á esos cristianos: leen el Evangelio y están hundidos en la embriaguez; escuchan á los apóstoles, y beben hasta perder el juicio; siguen á Jesucristo y cometen robos! ¡Romanos: avergonzaos de vuestra vida! Los bárbaros son menos viciosos y mas fuertes que vosotros. La debilidad está en nuestras almas y somos vencidos por nuestros vicios!»

Salviano decía verdad esos pueblos idólatras enfangados en una civilización deletérea, eran incapaces de vivir en la atmósfera de la civilización escitante del cristianismo; y era necesario que la noche de la barbarie cubriese y envolviese la tierra, para que se vivificaran los antiguos elementos, á fin de qua la cruz se engertase sobre el tronco de un árbol nuevo que no estuviese podrido.

De todo lo que había pertenecido al vasto imperio del paganismo griego-romano, Dios no conservó, para que le sirviera de testigo, como guardó y guardará á los judíos hasta el fin del mundo, sino á la ciudad de Constantinopla.

Pero ni aun esa ciudad supo mantenerse en la verdadera fé; y cuando hubo desempeñado su papel providencial, las oleadas de los bárbaros, que por tanto tiempo la habían respetado, sin causa aparente, la cubrieron para apagar del todo el espíritu del paganismo.

Por no haber partido de este punto, la mayoría de los historiadores se han visto muy embarazados, para resolver el problema de la existencia milenaria del Bajo imperio en medio de todas las calamidades, que desde el principio hubieran bastado para hacerle sucumbir, sin contar con las otras causas de disolución y de ruina que fueron amontonando los tiempos.

Algunos filósofos historiadores, entre los cuales se cuentan Maquiavelo y Gibbon, no han dudado en contar al cristianismo entre el número de las causas de la decadencia del imperio griego. Era preciso que tales hombres estuviesen dominados por una preocupación injustísima para aventurar semejante opinión; porque si hay alguna cosa manifiesta es que el cristianismo ha sido la vida de los tiempos modernos, y que ha sido el principio del movimiento de la civilización en los paises occidentales.

Lejos de ser el cristianismo una de las causas de la ruina del imperio griego, fué su sosten, no debiéndose atribuir su muerte, sino al elemento pagano, del que no quiso purificarse.

*
* *

Por lo demás, existe una propensión funesta para confundir el cristianismo con las mismas cosas que vino á destruir: se le ha hecho cómplice de la corrupción y del espíritu disputador de los griegos, y al mismo tiempo, sin advertir la contradición en que se incurre, se le hace cargo de todo lo odioso y bárbaro de la Edad Media.

El mismo Mr. Chateaubriand, tal vez sin advertirlo, se dejó arrastrar de esa corriente. Distinguiendo, en sus *Estudios históricos*, tres edades del cristianismo, la edad *heróica*, la *monacal* y la *filosófica*, (1) parece que atribuye á la obra divina lo que no es sinó el resultado del trabajo humano.

Jesucristo, sol del mundo moral, no tiene sinó una sola edad, tipo de la perfección á que trata de conducir al mundo, según la palabra de San Pablo, edad completa.

Dios es inmutable; y si vemos que consolida las aguas en el invierno, y determina la germinación de la primavera; si tiempla los calores del estío y sazona los frutos del otoño, guardémonos de confundir con esas faces sucesivas, fenómenos puramente terrestres, la gloria de su inefable inmutabilidad.

A este fin, sin duda, escribió el ilustre autor sus *Estudios históricos*, que desgraciadamente se resienten en muchos lugares, arrastrado por la fuerza de la lógica, juicios inexactos deducidos del principio falso de que hemos hablado. Mr. Chateaubriand distingue tres especies de verdades: la *religiosa*, la *política* y la *filosófica*; verdades, dice, que se combaten sin destruirse nunca. (2)

Entendemos, que hubiera sido menos sistemático y más justo, reconocer simplemente el antiguo principio, de que la verdad es una, y que jamás pugna consigo misma, ni sostiene otra guerra que contra el error; y de esta suerte se comprende, cómo siendo la verdad moral absoluta y aplicable á todos los tiempos, lugares y circunstancias, si la filosofía ó la política no se conforman con ella, y no la consultan la ratificación de sus sistemas ó instituciones, veránse obligadas á caminar á la ventura en el océano borrascoso de la falsedad y de la duda.

1—Estudios históricos, tomo II, pág. 87.
2—Idem, dem, tomo I pág. 130.

Entre la política y la filosofía por una parte, y la religión por la otra, no existe ninguna relación de paridad; existe solo una relación de subordinación de aquella á ésta, sin que sea necesario decir, que el hombre es igual á Dios, ó que el pensamiento creado sea igual al pensamiento increado.

Si nosotros insistimos en fijar la separación entre el cristianismo y las modificaciones que ha sufrido desde su principio, es por evitar el peligro grande que hay de confundir la marcha del cristianismo con el movimiento humano: hay un gran riesgo de considerar solidariamente la institución divina con las debilidades y los vicios que combate, y aún atrevérselos á reprochar como si fueran su obra.

Por esto, repetiremos á todas horas, que no siendo ese período de mil años, conocido por la Edad Media, el bello ideal del cristianismo, no hay título para deducir como consecuencia, el que la ambición del poder, el orgullo de la soberanía y la ambición de oprimir; la ignorancia y la corrupción, la barbarie y el despotismo, sean asimismo la edad de oro de la humanidad cristiana, cuando todas aquellas aberraciones solo fueron las desgracias inevitables de una sociedad que nacía de en medio de mil ruinas.

Pero lo dicho aún no es toda la verdad. Lejos de haber sido la Edad Media la edad de oro del cristianismo, no fué sinó el doloroso alumbramiento de la civilización cristiana, que crucificaba al hombre viejo para hacerlo salir renovado de las tinieblas del sepulcro.

La cruz, sin embargo, reinó en la Edad Media; pero como se reina en un país recientemente conquistado, es decir, manteniéndose en pié de defensa: y así era necesario que fuese, encontrando la razón de ello, en los mismos ataques, que los enemigos, vencidos, pero no anonadados, le dirigieron.

Despues de mas de cuatro mil años que había cedido Adam á los consejos de Satanás, el hombre se había habituado á una triple independencia ó rebelión: la independencia del corazón, la del espíritu y la de la voluntad, que no reconocía ni freno, ni regla, ni autoridad.

Esa independencia, cuyo hábito había constituido una segunda naturaleza, estaba de tal modo inveterada, que despues de diez y nueve siglos de luchas todavía se muestra llena de vigor: era tan seductora, que el hombre, por su desgracia no cesa de suspirarla y disputársela á la cruz: y sin embargo esa misma independencia no es sino aparente, porque se reduce infaliblemente á una triple esclavitud: la esclavitud de las pasiones, la de la ignorancia y del sofisma; y la del poder material, únicas que saben aprovecharse verdaderamente de la independencia humana, declarándose sus partidarias, y aprestándose siempre á combatir por su restauración.

Pero la lucha toma un carácter diferente, segun que unas veces es dirigido ó por la civilización enervada, ó por la grosera barbarie del antiguo mundo.

A la moral austera de la cruz, oponian los civilizados el egoismo innoble, los viles instintos de una naturaleza depravada y los goces torpes de la corrupción.

Constantinopla continuó y acrecentó todos los motivos de decadencia de los romanos: los desórdenes y crueldades de los circos, los refinamientos del placer, los escesos de las orgías, la molicie, el desenfrenado lujo, y toda aquella corrupción exquisita, perfumada y gastada, que adormece al hombre en una vergonzosa decrepitud, y le despierta en el embrutecimiento salvaje.

Los bárbaros, por su parte, feroces é indisciplinados, acostumbrados á satisfacer sus brutales apetitos y sus audaces caprichos, y á vivir segun

la voluntad de su carácter voluble y arrebatado, no reconocían otra fuerza que la material, y se revelaban contra la ley que venia á contrariar su voluntad y á sujetar sus acciones á la inflexibilidad de una regla absoluta y que exigía de ellos la práctica de virtudes dificiles, de las cuales no podían conocer la sublimidad ni su importancia.

En la historia de los bárbaros, ¿que se encuentra sino escenas de violencia, de rapiña, de crueldad y de embriaguez? La poligamia, el adulterio y el desenfreno de las costumbres corria parejas con el salteamiento y la matanza; el orgullo, la ambición, la envidia y la lujuria no se saciaban sino con sangre.

Aquellos mismos, á quienes su santa misión comprometía á guiar á los pueblos en el camino del bien, los sucesores de los apóstoles y de los discípulos, escogidos entre aquellos hombres, que hacía poco habían salido de los bosques, compraban ó usurpaban las funciones sagradas, dando en abundancia el mal ejemplo de todos sus vicios; y la cruz tuvo que defenderse contra sus mismos defensores.

De la misma manera que las pasiones del corazón sacudían el yugo de la moral, los errores del espíritu se revelaban contra las prescripciones del dogma.

Por un lado las sutilezas de la ciencia lo minaban, disolvían ó lo anonadaban bajo el pretesto de purificarlo; y por otro, la superstición y la ignorancia lo desfiguraban, desnaturalizaban y ahogaban; y al paso que el dogma era santo y sublime, en poder de aquellos hombres se convertía en grotesco, absurdo y ridiculo.

En suma, el poder material, astuto perseguidor entre los griegos y opresor brutal entre los bárbaros, disputaba el imperio de la autoridad moral á la cruz.

***

Hoy todavía se reconcentra la lucha al derredor de esos dos principales gefes, esto es, el espíritu filosófico y el poder material; el uno representante de la civilización, y el otro de la barbarie; y ambos, cada cual en su campo dirigen y sostiene el ataque contra el nuevo y glorioso trono.

Desde que la filosofía idólatra, un instante resucitada por el emperador Juliano, acabó de desaparecer, el espíritu filosófico abandonó su cadáver, y volviendo sobre sus pasos, se replegó en la herejía: aquí recobra su infatigable vigor y prepara nuevas maquinaciones para vengar su derrota: mírasele, pues, sin descanso escarbar los misterios hasta en sus profundidades para traerlos al terreno de la razón, y atacar separadamente todos los puntos de la doctrina revelada para someterlos á su exámen, constituyéndose en juez, como si se tratara de un sistema cualquiera.

Por todas partes pululan las herejías. Después de los arrianos, aparecieron sucesivamente los macedonianos, los eutiquistas, los monothelitas, los iconoclastas y otro gran número de sectarios de segundo órden.

Los unos atacaron la divinidad del Espíritu Santo, la jurisdicción de la Iglesia, el pecado original y la gracia; los otros la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana y muchas de las consecuencias de esa unión, combatiendo la doble naturaleza de Jesucristo y sus dos voluntades, así como la maternidad de María.

Los inoclastas, como su mismo nombre lo indica, destrozaban bárbaramente las imágenes de los santos, bajo el pretesto de que su culto era idolátrico.

La moral y la disciplina no estaban mas á cubierto que el dogma. La rabia de la discusión se apoderó de esos griegos decrépitos. Legos ó monjes, presbíteros, obispos y emperadores se empeñaban en disputas interminables que frecuente-

mente terminaban en motines por parte del pueblo y por la de los emperadores en persecuciones contra los ortodoxos.

Los restos del fermento de la malicia y del sofisma agriaron los ázimos de la sinceridad y de la verdad.

Pero la Iglesia, siempre vigilante, cegaba con la autoridad absoluta de sus decisiones, los vanos razonamientos, desconcertando los artificios del espíritu filosófico.

Por molesta que fuese esa autoridad, aun no se contestaba su principio, y se echaba mano de otro espediente.

Reconocieron el principio de autoridad, pero advirtieron que podían aplicarse à una autoridad ilegítima, desprovista de promesas, sujeta al error y que para disimular su usurpación, transigiría voluntariamente con las exigencias de la herejía. Esto fué todo.

En el siglo sexto, Juan el ayunador, obispo de Constantinopla, hizo públicas sus pretensiones al título de patriarca ecuménico: tres siglos después Fotino, que apoyado en el emperador había usurpado la silla episcopal de la misma ciudad, se empeñaba en eludir la jurisdicción de Roma, por sus embustes y bellaquerías: finalmente, hácia la mitad del siglo once el patriarca Miguel Cerularius consumaba el cisma y escomulgaba al papa que le había escomulgado.

De esta suerte el espíritu filosófico, impaciente de todo yugo, arrojaba á los griegos fuera del camino regenerador de la libertad, esto es, fuera de la sociedad moral.

En vano la Iglesia dirigió todos sus esfuerzos para atraerlos á la unidad, porque no pudo vencer á esas almas apasionadas por la independencia pagana: en vano la necesidad obligaba á los disidentes á implorar el socorro de sus hermanos de Oriente, para salvarse de los bárbaros que los

estrechaban más de cerca, y cuya necesidad les patentizaba la importancia de su reincorporación á la Iglesia romana, y les llevaba á pedir y á firmar la alianza al segundo concilio de Lyón; porque la reunión no sobrevivió á Miguel Paleólogo que la había solicitado y sostenido.

Ya se comenzaba á comprender cuáles habían sido los designios de la Providencia sobre la humanidad, al sumergir la civilización antigua bajo las oleadas de la barbarie.

Mientras más obcecados se mostraban los griegos, más los bárbaros les estrechaban los límites de su imperio que muy pronto no pasaron de los muros de Constantinopla.

La Iglesia veía con dolor acercarse la hora del castigo para esos hijos descarriados que le eran siempre tan queridos; y en el concilio de Florencia hizo una última tentativa para hacerlos volver á su seno; pero este esfuerzo salió fallido.

Entonces el papa Nicolás V les dirigió una carta que podría muy bien llamarse el *ultimatum* del cielo. «Hace ya mucho tiempo, les decía, que los griegos abusan de la paciencia de Dios, perseverando en el cisma. Según la parábola del Evangelio, Dios no espera otra cosa sino que la higuera cultivada con tanto esmero dé al fin su fruto; pero si en el espacio de tres años, que Dios le concede todavía, permaneciese estéril el árbol, será cortado hasta la raíz y los griegos serán abatidos por los ministros de la Justicia divina, que Dios enviará para ejecutar la sentencia que ya ha pronunciado en el cielo.»

Esta advertencia fué despreciada, y tres años despues Constantinopla cayó en poder de los turcos, y el imperio griego quedo aniquilado.

***

El espíritu filosófico había perdido al Oriente y amenazaba del mismo modo al Occidente; pero la cruz apartó este peligro de la cuna de los nuevos pueblos.

Por donde quiera, en efecto, que se encontraban vestigios de ese funesto espíritu, se veia fermentar la rebelión contra la autoridad de la Iglesia.

En el Mediodía de la Francia, donde la civilización romana no había desaparecido enteramente se manifestaron los mismos fenómenos de corrupción refinada y de insubordinación sofística que en el Bajo Imperio.

Este estado de cosas no hizo mas que empeorar por las relaciones comerciales que los franceses del Mediodía mantenian con el Oriente y por la vecindad de la España, donde los árabes habían llevado las luces, pero tambien los vicios de ese mismo Oriente.

Mas adelante, hácia el fin del siglo undécimo, la Provenza y la Cataluña no formaron en cierto modo, mas que una sola provincia bajo el dominio de Raymundo Berenger, conde de Barcelona.

Así tambien, al mismo tiempo que se establecían certámenes de amor, circulaban libremente opiniones religiosas mas atrevidas que las del siglo diez y seis: los trovadores daban con frecuencia tregua á sus canciones licenciosas para exhalar en violentas sátiras, su hiel contra la Iglesia, que llamaban la prostituta del Apocalipsis, y contra los ministros de los altares que trataban de falsos profetas, de embaucadores, de ministros de tinieblas y de árboles muertos de otoño.

Protegidos por los condes y por la nobleza inferior, para quien la supremacía de Roma era un yugo molesto, los herejes, y entre ellos los Vaudois y los Albigenses, hicieron fortuna en este pais. Estos últimos soñaban ya con la igualdad absoluta.

El papado era principalmente el objeto de su encono. Si algun misionero católico se atrevía á predicar, al momento se levantaban en torno de él gritos de burla y amenazas de muerte.

Ellos habían silbado á San Bernardo, escupido el rostro á Santo Domingo y perseguido á los monjes de Citeaux para asesinarlos.

Raymundo, conde de Tolosa, caudillo de estos herejes, hizo matar al legado del papa, Pedro de Castelnau. Si su poder hubiese sido tan grande como su maldad, si Roma no hubiese podido vencerlos, ¿qué habria sido de la civilización moderna?

Dichosamente estos escesos no se reprodujeron en el norte de Europa: sin embargo, los escritos griegos penetraron en él y alteraron, entre muchos de los sabios de entonces, la sencillez de la fè.

Un ilustre papa, San Gregorio el Grande, había presentido el peligro de estos escritos: inquietábale la tendencia de las escuelas platónicas de Irlanda, de las cuales el mismo San Colombano habia tomado doctrinas demasiado sútiles; y sus inquietudes eran fundadas.

Scot Erigene, que llevó estas doctrinas á Francia y puso allí la primera piedra de la escolástica, fué acusado justamente de herejía; y cuando los escritos de Aristóteles, comunicados por los árabes, se hubieron reunido en las universidades nacientes á los del divino Platon, la insubordinación filosófica acreció visiblemente.

Queriendo aplicar á las materias religiosas las sutilezas de la escuela, se pusieron en problema los dogmas mas incontestables, y se promovieron las mas ridículas cuestiones acerca de los misterios, haciendo descender la teología á la clase de esas ciencias dudosas y sobre las cuales cada uno cree tener el derecho de exponer las concepciones de su espíritu.

Berenger, Roscelin, Abailard, Amaury de Char-

tres, Gilberto de la Poreé, Pedro de Poitiers y otros muchos, no tardaron, siguiendo imprudentemente esta senda, en caer en graves errores.

Un discípulo de Abailard, Arnoldo de Brescia poniendo en práctica los principios de resistencia contra la Iglesia, llegó hasta arrojar de Roma á Adriano IV y á los cardenales para restablecer la antigua república.

Con efecto, así habría sucedido, y el reinado de la cruz, y por consiguiente el de la salvación de la humanidad, habría sucumbido tanto en Oriente como en Occidente, si Dios no hubiese conservado en su Iglesia, por un contínuo milagro, la fuerza necesaria para resistir á todos los ataques de que era objeto.

Ya el espíritu de rebelión descendía de los sabios al pueblo. Diversas bandas de groseros sectarios recorrían los reinos de Europa. Semejante á una hidra, cuyas cabezas renacían contínuamente, la herejía, apenas vencida, se levantaba de nuevo con mayor fuerza é insolencia que antes.

Wiclef, Juan de Hus, Gerónimo de Praga, seguidos de ardientes prosélitos, le daban una actitud amenazadora que presagiaba las luchas terribles que iba á tener próximamente. Apoyándose Wiclef sobre cien mil Lollardos sublevados, hizó temblar á la Iglaterra y la puso en peligro de un trastorno general. Los discípulos de Juan de Hus asolaban y llenaban de terror la Alemania.

Por una feliz combinación de circunstancias providenciales, en tanto que las sociedades adolescentes no estuvieron bastante robustecidas por el espíritu cristiano, el espíritu pagano no encontró un apoyo suficiente en el poder material, y no pudo por lo mismo oprimir bajo el peso de una fuerza superior la autoridad moral de la cruz,

Tomando por ejemplo á la Francia, que se glorificó desde luego con el dictado de cristianísima, vemos que sus reyes, hijos primogénitos de la Iglesia, no fueron siempre muy respetuosos y sumisos.

Los merovingianos violaban abiertamente sus leyes más santas, se apoderaban de sus bienes, vendían los obispados y entregaban las abadías á la soldadesca que los rodeaba.

Muchos de los ministros de Dios, que usando de una santa libertad, tuvieron valor de reprocharles sus vicios y crímenes, fueron por órden suya desterrados ó asesinados.

Menos bárbaros que sus predecesores, los carlovingianos vinieron á ser los protectores de la Iglesia; pero ellos se descaminaron algunas veces, en sentido opuesto hasta querer poner la mano en el santuario.

Los primeros Capetos, contagiados del espíritu de la segunda barbarie, cambiaron de actitud: ellos usurparon la jurisdicción eclesiástica, traficaron brutalmente como los merovingianos con las funciones y las cosas sagradas y se pusieron en pugna abierta con la legislación cristiana sobre el matrimonio.

Sus sucesores trataron á la Iglesia con más sumisión y deferencia, pero pretendiendo siempre fijar el límite de sus derechos, y manteniéndose con respecto á ellos bajo el pié de la desconfianza.

Uno de ellos, sin embargo, osó cometer en el vicario de Jesucristo un atentado sacrílego que excitó la indignación de los pueblos y que inspiró al Dante, aunque gibelino, estos acentos de cólera y de piedad. «¡Yo lo veo! él entra en Anagni; veo á Cristo cautivo en su vicario, lo veo burlado segunda vez, y segunda vez aplacada su sed con hiel y vinagre!»

No contento con haber ultrajado la dignidad pontificia, Felipe el Bello quiso subyugarla atrayéndola al seno de sus Estados; y fué por sus intrigas, la primera causa de ese deplorable cisma de Occidente, que hubiera trastornado infaliblemente la

piedra fundamental de la Iglesia, si las potencias del infierno pudiesen prevalecer contra ella,

***

Lo mismo que en Francia, en los demás Estados de Europa, la Iglesia tuvo que sufrir más ó menos las violencias del poder material. Halagaba á las potencias de la tierra tener bajo su mano á esta hija del cielo, y sentían con impaciencia su autoridad subordinada á la suya.

Recelosos y suspicaces, los monarcas veian con inquietud esa fuerza de espansión siempre creciente, y atribuyéndose el derecho de dilatar arbitrariamente el espacio en derredor de ella, por sus constituciones, sus pragmáticas, sus bulas y regalías, le trazaron el circulo de Popilio.

No contentos con crearle obstáculos se esforzaron en usurpar su autoridad sagrada; y constantemente tuvo que estar velando en su defensa contra esos potentados. Bajo una ú otra forma, se reproducía en todas partes la gran contienda de las investiduras.

En tanto que un rey de Francia ultrajaba al pontífice de Roma por haberse resistido á sus pretensiones injustas, un rey de Inglaterra escitaba á los caballeros de su corte á degollar al pié de los altares al arzobispo de Cantorbery, porque no quiso sancionar esos estatutos atentatorios á las libertades eclesiásticas.

En los paises limitrofes á los Estados Pontificios ó que hacían parte de ellos, fué donde especialmente la Iglesia tuvo que sufrir los mas rudos y contínuos ataques.

En Alemania y en Italia no le concedían los emperadores y las facciones ni paz ni tregua. Durante muchos siglos el suelo de Italia lo ensangrentaron las luchas en la contienda de las investiduras complicada con la guerra de los güelfos y gibelinos. Disputaban á la Santa Sede la supremacía espiritual y la supremacía temporal; y desde el principio los emperadores se arrogaron un derecho absoluto de elección y de tutela sobre los Papas.

A fin de tener á su disposición la inmensa fuerza moral de que estaban investidos, querian ponerlos y quitarlos á su voluntad; y cuando la Iglesia indignada sacudió este yugo vergonzoso, le contestaron, empleando la fuerza brutal; creando anti-papas, deponiendo, aprisionando y lanzando de sus dominios á los pontífices legítimos. De raza en raza se trasmitían en herencia el espíritu de oposición y de rebelión contra la Iglesia.

Durante este tiempo, las facciones italianas por su parte, soñando en el restablecimiento de la antigua república, tramaban el destronamiento del pontificado.

De siglo en siglo los Crescencios, los Arnoldos, los Rienzi, intentaban resucitar el senado, los cónsules, los tribunos, las faces y las águilas.

Entonces el Vicario augusto de Jesucristo era depuesto, desterrado, reducido á cautividad, pasando amargos días en la capital del mundo cristiano.

Gelacio II muere cruelmente asesinado un dia que oficiaba. A Lucio II se le mata en medio de un motín. Lucio III es apedreado; á algunos de los sacerdotes que le acompañaban, y que fueron tomados, les sacan los ojos y se les pasea sobre jumentos irrisoriamente, colocando sobre sus cabezas mitras de papel. En vista de tan indignos ultrajes, uno de estos desgraciados pontífices exclamaba: «Yo lo digo delante de Dios y de la Iglesia: si fuese posible yo desearía mejor un emperador que tantos tiranos!»

Sin embargo, el trono de los Papas permanecía inmoble en medio de las borrascas, despidiendo cada vez más vivos resplandores.

Según sus promesas, el Verbo Eterno lo protegía desde lo alto del cielo; dándole por escudo el celo y la noble firmeza de pontífices tan ilustres como Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio VIII; le rodeó del amor de los pueblos, como de una muralla inespugnable, y armó para defenderlo la piedad, y aún alguna vez, la ambición de los monarcas.

Digamos también que Dios pareció extender la vara de su justicia sobre los opresores de su Iglesia. Una especie de fatalidad pesaba sobre la familia de Plantagenet, sobre la Casa de Sálica, y persiguía, hasta extinguirla, la raza de los Hohenstaufen. Luis de Baviera perece desdichadamente de una caída de caballo, y aunque Felipe el Bello dejó tres hijos, que reinaron sucesivamente después de él, la rama de su familia, tocada de cierta impotencia, no se continuó sinó por mujeres y se vió forzada á trasmitir el cetro á manos viriles.

Así pasaron miserablemente los reyes, las dinastías y las razas que habían osado atentar sacrílegamente al Arca Santa; ¡y la cruz permaneció de pié! Ella guardó su supremacía absoluta sobre las naciones nuevas hasta que se hubieron penetrado de su vivificante espíritu: entonces, aflojándoles las riendas las dejó, como el águila hace con sus polluelos, ensayar sus fuerzas en más rudas pruebas, y se preparó, por su parte, á más terribles combates.

Gran rebelión del espíritu pagano contra la Iglesia

La caida de Bizanzio fué el orígen de la resurrección del espíritu filosófico pagano en Occidente con los griegos dispersos despues de la toma de Constantinopla por los mahometanos. Imbuidos en el espíritu pagano, que acababa de arruinar la cristiandad de Oriente, le llevaron á todas partes consigo. Ellos le esparcieron sobre la Europa, que los acogió y les dió la hospitalidad, con tanto mejor suceso, cuanto que los espíritus sentían un deseo ávido de nuevos conocimientos y el descubrimiento de Guttemberg había multiplicado los medios de propagarlos. Pero el pontificado salvó la Europa de los peligros del Renacimiento pagano, encausándolo al fin en las vías de la civilización cristiana.

Hacia mucho tiempo que el poeta había dicho: «Temo á los griegos hasta en sus presentes,» pero antes que él, el juicioso y austero Caton habia esperimentado el mismo temor. Cuando vió llegar á Roma los filósofos griegos, tembló por la república, y sus presentimientos no salieron fallidos. Esa poderosa república romana que habia vencido al mundo no resistió á la acción disolvente del espíritu filosófico. La misma suerte le estaba deparada á la Europa. Como un adolescente desprovisto de esperiencia, ella se dejó llevar de una admiración candorosa por esos viejos sabios que le parecían estar en posesión de todos los secretos del espíritu humano: escuchó con trasporte su palabra docta y armoniosa, sin desconfiar de la sútil ponzoña que destilaba: sus ojos se deslumbraron con la perfección científica, literaria y artística de las obras que ellos le presentaban, y vino luego á apasionarse por la forma antigua. Con mas ardor que discernimiento la reprodujo por todas partes; en la Iglesia, en el foro, en las escuelas, en los talleres.

El Olimpo y el Parnaso resucitaron; Júpiter y su corte, Apolo y sus musas, Vénus y Cupido aparecieron de nuevo, mas brillantes que nunca. Pero del amor de la forma pasó rápidamente al amor del fondo.

Seducida por la esterioridad engañosa de la civilización griega y romana y creyéndola más per-

fecta que la civilización cristiana, rompió la cadena de sus santas tradiciones para reanudarla á la cadena de las tradiciones profanas; salió de la senda majestuosa que le había trazado el cristianismo para correr por toda suerte de caminos tortuosos tras de las quiméricas visiones de los sofistas, que, semejantes á esos fuegos errantes de la noche, debían estraviarla con sus falsos fulgores y arrastrarla á hondos precipicios.

Las doctrinas paganas halagaron, otra vez aún, las inclinaciones viciosas del hombre: todos los sistemas que habían corrompido el antiguo mundo, el epicureismo, el panteismo, el materialismo, el ateismo salieron de nuevo á luz: el racionalismo pareció seductor.

Ya entonces la duda se apodera de las almas; Rabelais se rie de todo, lo mismo que Lucano, y el sabio Montaigne va repitiendo como el escéptico Pyrrhon: «¿Qué seré yo?»

La Europa se hace de día en dia más pagana: cambia la severidad de sus pensamientos, la gravedad de su aspecto por la ligereza y el brillo falso de las ideas y de las costumbres. La corrupción invade insensiblemente los corazones, y muy pronto se vé renovarse todo el refinamiento de la lujuria antigua.

¡Tristes preludios! Una sorda fermentación, semejante á la que precede á las tempestades agita el mundo: la explosión no se hace esperar largo tiempo.

Después de su derrota, el espíritu pagano había procurado sin descansar un punto, pero también sin obtener ningún suceso, recobrar su perdido dominio.

Sintió, al fin, que había ya conquistado poderosas simpatías y que era llegada la ocasión de intentar nuevos esfuerzos. Para no espantar las conciencias, todavía demasiado cristianas, conspiró bajo el velo falaz con que se había cubierto hasta entonces, bajo el velo de un cristianismo heterodoxo.

Un monje vino á ser su órgano; era Lutero. Dotado de una imaginación ardiente y exaltada, no se detuvo mucho tiempo en una discusión séria sobre los dogmas; él quiso mejor hablar á las pasiones, y dirigió directamente un ataque brutal contra el dogma de los dogmas, contra la autoridad del gefe supremo de la Iglesia, contra la cabeza de la sociedad moral. «El papa, decía, en un lenguaje que causa repugnancia referir, el papa, es un lobo rabioso contra el que debe cada uno armarse; todos los que le siguen deben ser asimismo perseguidos como gefes de bandidos, aún cuando sean reyes ó emperadores.»

El espíritu filosófico no se había engañado en sus previsiones. Él suscitó numerosas simpatías por la pretendida Reforma, y encontró aún en el poder temporal que en Europa le había rechazado hasta entonces, un fiel aliado y un robusto apoyo.

A la voz de Lutero, todos los pequeños príncipes de Alemania que temían al Austria ó codiciaban los bienes del clero, los duques, los electores, los margraves y los langraves se sublevaron contra la Iglesia.

A la vez los pueblos, fascinados por el atractivo de la novedad y la esperanza de la independencia, los miembros infieles del clero secular y sobre todo del clero regular, á quienes arrastraba el incentivo de los placeres del siglo, siguieron el estandarte de la rebelión.

El ejemplo fué contagioso y el mal se difundió en poco tiempo; las pasiones escitadas se inflamaron y el fuego cundió en toda la Europa. Entonces aparecieron de nuevo todos los horrores de los tiempos de la persecución y de la barbarie. Las iglesias fueron saqueadas é incendiadas; las cenizas de los mártires y de los santos profanadas y arrojadas al viento, los sacerdotes y religiosos

fieles asesinados; los monasterios destruidos, los castillos, las aldeas y las ciudades entregadas al pillaje y á las llamas; la sangre corrió á torrentes en las guerras civiles é internacionales.

Contra la Iglesia era, principalmente, contra quien se dirigía todo el odio de los revolucionarios protantes: ellos la llamaban la reina de las tinieblas y la prostituta del Apocalipsis y no pronunciaban su nombre sino para execrarlo.

Semejantes á unos hijos desnaturalizados que ultrajan á su madre cuando creen no necesitar ya de sus cuidados, derramaban á torrentes, desprecios, insultos y blasfemias, sobre la que durante tantos siglos había protegido su infancia y su juventud con los desvelos y la tierna solicitud de una verdadera madre!

En vez de reprimir los escesos de los pueblos, muchos reyes se hicieron cómplices de sus estravios. Gustavo Wasa, Cristiano III y Enrique VIII sacudieron el yugo de la autoridad de la Iglesia y la rechazaron como á una enemiga; y un poco mas tarde no faltó un rey cristianísimo que enviase su embajador á humillar en Roma al Soberano Pontífice.

*
* *

Esto no era, sin embargo, sino el principio de los sufrimientos y de los dolores. Despues del protestantismo vino el filosofismo.

Enardecido con el éxito que alcanzaba, el espíritu pagano arroja, en fin, la máscara y sube el segundo grado de su gerarquía: de la herejía viene otra vez á la filosofía, y bajo esta forma siente todavía aumentarse su audacia y su furor: no es ya ùnicamente la Iglesia y sus instituciones, sino toda la revelación cristiana el blanco de sus tiros y de su saña.

Voltaire es entonces la personificación de ese espí-

ritu perseguidor: tan violento como el hereje Lutero, el filósofo esclama en el frenesí de su odio: «No me admiraré ya de ver Hércules y Belerofontes librar á la tierra de las quimeras católicas; si tuviera á mi disposición cinco mil hombres ya sabría lo que habia de hacer;» y para estimular el celo de sus discípulos les repetia incesantemente esta odiosa palabra que contenía sus votos y sus esperanzas: «*Aniquilemos á la infame!*» tal era el epíteto que daba á la Iglesia.

A esta palabra y al ejemplo del maestro, una multitud de literatos impíos, lanzaron á competencia sobre el cristianismo los dardos de la ironía, de la calumnia y del sarcasmo; le cubrieron con el manto de la locura, le abofetearon, le escupieron, le coronaron de espinas, le clavaron en la cruz y le entregaron al escarnio del mundo.

¡Y la Europa aplaudía! ¡y los reyes palmoteaban!.... Federico de Prusia era el amigo de los filósofos, Catalina de Rusia los colmaba de favores; la corte de Francia y los grandes señores los admiraban; José de Austria, Leopoldo de Toscana, el senado de Venecia, los ministros de España, de Nápoles y de Portugal, traducían sus máximas en usurpaciones sobre los derechos de la Iglesia. Descendiendo de las alturas sociales y políticas, la impiedad ganaba rapidamente terreno por todas partes: ella pasaba de las capitales á las provincias, de los nobles á la clase média, de la clase média al pueblo.

La religión se conmovió en el fondo de sus santuarios. Comunicando á uno de sus ministros la inspiración de los antiguos profetas, hizo salir de su boca estas tremendas palabras con que resonaron las bóvedas del templo: «La hacha y el martillo están en las manos de los filósofos; ellos no esperan sino un instante favorable para derribar el trono y el altar. Sí, vuestros templos, Señor, serán despojados y destruidos, abolidas vues-

tras fiestas, vuestro nombre blasfemado y vuestro culto proscrito!—¿Pero qué escucho, gran Dios? ¿Qué es lo que ven mis ojos? A los cánticos inspirados que hacían resonar estas bóvedas sagradas en honor vuestro, suceden ahora cantos lúbricos y profanos!.... Y tù, divinidad infame del paganismo, impúdica Vénus, tú vienes, aun aqui mismo, á ocupar audazmente el lugar del Dios vivo á sentarte sobre el trono del Santo de los santos y á recibir el incienso culpable de tus nuevos adoradores?....» (1)

Los presentimientos del hombre de Dios no tardaron en realizarse. La filosofía incrédula triunfante subió al trono y pudo ya poner en práctica libremente sus salvajes teorías. «Si yo tuviese un pueblo que castigar, decia el rey de Prusia, vuelto ya en sí de sus ilusiones, haría que lo gobernasen los filósofos.»

La Francia hizo una cruel esperiencia de la verdad de sus palabras. En algunos años la filosofía la inundó de mas sangre, la cubrió de mas ruinas que lo habían hecho antes todas las tiranías y todos los fanatismos juntos.

Por primer ministro tomó á la guillotina; por fiestas tuvo las matanzas de setiembre, las sumersiones en el agua, los metrallazos; su nombre fué EL TERROR.

Ella no respetó clase, ni condición ni sexo: ensalzó el vicio y proscribió la virtud. Creyendo, en la embriaguez de su orgullo, que habían vuelto los bellos dias de Juliano el Apóstata, subió el tercer grado de su gerarquía, recobró su primera forma la mas querida de todas, la idolatría; y juzgando á los pueblos ya bastante envilecidos por sus doctrinas, osó mandarles que doblasen la rodilla ante una prostituta, y que ofreciesen inciensos á esta *noble* imágen de la Razon. Desde entonces

1—Sermon del P. Beauregard en Paris.

la filosofía rasgó completamente el velo que cubria sus sacrílegos designios, y dejando de fingir una hipócrita tolerancia, armó su brazo con la cuchilla y renovó contra el cristianismo las atrocidades y las persecuciones sangrientas de los tiranos de Roma.

¿Quién podrá referir sus furores? Por todas partes los altares profanados, la cruz libertadora abatida y hollada, los templos cerrados ó destruidos, los sacerdotes proscritos y asesinados, los hijos del claustro arrojados y degollados, los fieles perseguidos, el culto abolido, el patrimonio sagrado entregado á las manos de los impíos y repartido como el botin de la conquista!...

Si se tratara de una institución humana, la última hora de la Iglesia habría sonado!

Dos veces los ejércitos enemigos, á quienes los favores de la fortuna habían hecho dueños de la Europa, rodearon el campo de los santos y la ciudad muy amada; dos veces el Vicario de Jesucristo, arrancado violentamente de la cátedra apostólica, fué arrastrado de un destierro á otro destierro, y murió ó vivió largo tiempo cautivo en una tierra estranjera.

Como los judíos en otro tiempo en la cima del Calvario, los filósofos pasaban delante de la cruz, y moviendo irónicamente la cabeza le decian con altivez y desprecio: *Si eres la hija de Dios, sálvate á tí misma*; y lleno el corazón de feroz regocijo se aprestaban á sellar la piedra de su sepulcro.

Así es cómo durante tres siglos la Iglesia fué atacada y combatida de nuevo por todas las potencias del mundo rebeladas contra ella; potencias que se habían hecho tanto mas temibles cuanto se habian hecho mas fuertes y vigorosas con la civilización cristiana, y que, por una astucia verdaderamente satánica, supieron oponer la Iglesia á la Iglesia misma, volviendo y armando los derechos que habia dado á los hombres, contra los deberes

que les había enseñado y prescrito. Y sin embargo no pereció, porque tiene la promesa divina, contra la cual se estrellan todos sus enemigos.

Estabilidad de la Iglesia en medio de las pruebas

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y las potestades del infierno no prevalecerán contra ella.» Jamás se había hecho una promesa tan estraordinaria, y jamás ninguna otra se había realizado de una manera mas milagrosa.

Desde el pretorio de Jerusalen hasta la prisión de Fontainebleau, la Iglesia no había cesado de ser el objeto de los ataques de enemigos encarnizados que desplegaron contra ella todos los recursos de la fuerza, del genio, de la astucia y de las pasiones: pero semejante al astro brillante del día á quién no conmueven clamores salvajes, ella siguió gloriosamente su curso á través de los siglos, derramando torrentes de luz sobre los impíos que blasfemaban de su nombre y la cubrían de sarcasmos y de calumnias.

Cuando el espíritu pagano, por mucho tiempo antipático á los reyes y á los pueblos, los hubo sublevado y armado contra la Iglesia, proclamando la independencia y la rebelion, sorprendida un momento por esta esplosión terrible pareció vacilar sobre su base; pero muy pronto se afirmó en ella con mas fuerza que nunca, y se encontró pronta á hacer frente á todos sus adversarios por más temibles que fuesen en número y en poder.

No contenta con defenderse en su propio terreno, volvió á tomar la ofensiva por todas partes: una nueva vida pareció infundirse en sus miembros: ella invocó su espíritu regenerador y sintió renacer el ardor de su primera juventud.

En tanto que la cátedra de San Pedro sufría un contínuo asalto de sarcasmos, de blasfemias y de violencias, pontífices venerables por su virtud,

su ciencia ó su valor como Paulo IV, Pio V, Gregorio XIII, Sixto V, Paulo V, Inocencio XI, Benedicto XIV, Pio VI y Pio VII venían á sentarse en ella sucesivamente, y á volverle el brillo de los antiguos dias.

A su voz, y bajo su dirección, los prelados y los doctores se reunieron en Trento; y el célebre concilio, con una sabiduría que no podía venir sino del cielo, definía la doctrina, consagraba la moral, y hacía florecer de nuevo la disciplina en toda la cristiandad que había permanecido fiel.

El clero se fortalecía en la fé por medio de la oración y del estudio. Las antiguas órdenes religiosas, como los dominicos, los franciscanos y los benedictinos, se reformaban con el más grande ardor. Las congregaciones de mujeres rivalizaban con ellos en celo y austeridad. Nuevas órdenes, expresión de la necesidad de los tiempos, surgían en gran número, como los Fuldenses, los Barnabitas, los Teatinos, los Doctrinarios, los Lazaristas, los Sulpicianos, los Ligoristas, los Hermanos y Hermanas de la caridad, Ursulinas, religiosas de la Visitación y otras más todavía, que ofrecían á la santa causa el concurso de su múltiple consagración.

A su cabeza una orden que su celo ha hecho el blanco de los inícuos y vergonzosos furores de la impiedad moderna, la órden de San Ignacio de Loyola, se adelantaba como un gigante, preparaba el combate, reanimaba y sostenía el valor de las falanges sagradas, se esponía á todos los golpes del enemigo y alcanzaba sobre él numerosos y señalados triunfos.

Reforzada por esta milicia intrépida, la Iglesia se levantó más poderosa y entró majestuosamente en uno de los más bellos períodos de su historia.

Para reparar los estragos de las últimas herejías, sus misioneros se lanzaban sobre todos los

mares, abordaban á todas las costas y le conquistaban comarcas inmensas.

La América, las Indias, la China y el Japón le daban innumerables hijos, dignos hermanos de los que habían sido el fruto de su primera fecundidad.

Personajes eminentes se elevaban en su seno y la ilustraban por su piedad, su saber y su caridad. Los Francisco Javier, Felipe Neri, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Juan de Dios y Vicente de Paul, probaban al mundo, que la Iglesia había conservado bastante vigor para producir en toda su belleza el fruto divino de la santidad que no puede germinar sinó en sus entrañas.

Los Baronios y los Bellarminos, los Bossuet y los Fenelón, los Bourdaloue y los Massillón, consagraban á su servivicio y á su defensa los más preciosos dones del talento y del genio.

Por todas partes se elevaban á competencia establecimientos piadosos destinados á formar el clero, á instruir á los pueblos y á consolar la humanidad doliente.

Una santa emulación se había apoderado de las almas escogidas; ellas combatían por obtener la perfección en las prácticas de las buenas obras.

Al nombrar á San Vicente de Paul ¿no es recordar bastante todo lo que una religión dedicada á volver el bien por el mal, ha hecho para aliviar la miseria y el dolor en estos siglos de turbulencias, de defecciones y de violencias?

Ella no velaba menos en el desarrollo de las ciencias y de las instituciones civilizadas.

Roma era siempre la metrópoli de la cultura intelectual de Europa.

Sus Papas la hermoseaban con magníficos monumentos y colmaban de favores á los artistas y á los sabios. Así también bajo la influencia de las ideas cristianas, se vió nacer el siglo más grande que ha honrado á la humanidad. El siglo

de Luis XIV, con su brillante cortejo de prelados eminentes, de grandes capitanes, de virtuosos magistrados, de sabios doctores, de admirables poetas, de hábiles artistas, de hombres ilustres en todos géneros, se adelantó como un majestuoso homenaje á la Iglesia católica.

Entretanto, la hora del príncipe de las tinieblas iba ya á sonar.

Una vez todavía los pueblos prestaban oido á su palabra engañosa; aun á los elegidos alcanzaba su seducción. En vano fué que los pastores del rebaño sagrado diesen el grito de alarma y le hiciesen resonar hasta el pié de los tronos; en vano los nuevos apologistas lucharon con todas sus fuerzas contra los Porfirios y los Celsos modernos; las oleadas de la impiedad crecían, se hinchaban con furiosos bramidos, y la barca de Pedro combatida por la tempestad parecía estar à punto de hundirse en un completo naufragio.

¡No temais hombres de poca fé! La Iglesia está en la prueba de la persecución: que el verdugo levante su hacha; que los procónsules exhumen los suplicios de los tiempos de Neron y de Domiciano, atletas generosos sabrán afrontar con semblante sereno el combate sangriento y coronar sus frentes con la aureola del martirio.

¡Dios velaba sobre su obra! El pontífice soberano muere en el destierro, el Sacro Colegio se ve dispersado y el poder revolucionario se hace dueño de Roma y de Italia.

«¡Victoria! ¡victoria!» clamaba el antiguo enemigo del género humano; pero hé aquí que á un mandato del cielo, ejércitos católicos, heréticos, cismáticos y aun infieles, acuden de todos los puntos del horizonte europeo, libertan la tierra sagrada y permiten á la Iglesia reunir á sus miembros y elegirse un gefe.

La tempestad rugía aún; el gigante salido de su seno escuda un instante con su poder al nuevo

pontífice y muy poco después osa, á su turno, poner sobre él sus manos sacrílegas: pero este nuevo atentado no quedó impune. Dios hirió al atrevido Prometeo y le clavó para siempre sobre su doloroso Cáucaso en el Peñón de Santa Elena; mientras, el Vicario de Jesucristo veía caer sus cadenas, y saliendo de su cautividad entraba de nuevo triunfante en la ciudad eterna.

Así la cruz quedó victoriosa después de esta larga y peligrosa lucha. «¿Por qué, repetiremos nosotros con el Profeta, por qué los pueblos han temblado, por què los príncipes han formado impotentes maquinaciones? Aquel que reina en los cielos, sabe burlar su malicía y reirse de sus proyectos insensatos».

Enorgullecidos con los progresos de una civilización que no era obra suya, ellos han reclamado toda la gloria, y rechazando con desden á la que los había sacado del caos de la barbarie, han creído que en adelante podían libertarse de su tutela. Ahí era donde Jesucristo los esperaba.

Para castigarlos de su ingratitud se ha contentado, como después de la desobediencia del paraiso terrestre, con abandonarlos á su propia imprudencia y entregarlos á su juicio depravado. En su locura se han persuadido que podían mofarse de la doctrina evangélica y que sus débiles manos llevarían fácilmente el cetro que le arrancaban á la cruz. ¡Profunda ceguedad! ¡Error funesto!

La doctrina evangélica está tan admirablemente equilibrada; los derechos y los deberes se contrapesan con tanta armonia, que es peligroso el no hacerlos marchar de frente.

Sin embargo, los sectarios del espíritu pagano podían muy bien, en su nombre, hacer aceptar á los hombres los derechos que el Evangelio les reconocía, porque entonces se encontraban de acuerdo con lo que les halagaba; pero, ¿y los deberes? ¿y las virtudes, compañeras necesarias de esos derechos, con qué autoridad podían exigirles la práctica?

Creyeron eludir la dificultad relajando el freno de las virtudes mas penosas á la naturaleza, para preconizar por otra parte las que le cuestan menos.

Esta política logró propagarse; pero, por sus mismos sucesos, produjo las mas funestas consecuencias; porque si los deberes son correlativos al derecho, ellos se mantienen entre sí estrechamente unidos; y si un principio se hunde en la conciencia humana, todos los demás participan del mismo sacudimiento y perecen en la misma ruína.

Así los factores y los cómplices de la revolución contra la Iglesia, desbordados muy pronto, se espantaron de su propia obra y quisieron detenerse sobre el borde del abismo que habían abierto. ¡Inútiles esfuerzos! la pendiente era demasiado rápida. Ya en adelante, la Europa, agitada por una influencia desordenada, no caminará à la perfección como un rio majestuoso que desciende con calma hácia el océano, viendo aumentarse gradualmente, la masa imponente de sus aguas, sino que se precipitará con ímpetu, tal como un torrente devastador, sin lecho ni márgenes, llevando por donde quiera el estrago, la desolación y la muerte.

Si se considera, volvemos á decir por último, lo que ha pasado en el mundo, desde que el espíritu salido de Constantinopla lo dominara, se vendrá á conocer que la Iglesia ha quedado bien vengada de los ultrajes de sus enemigos, y que según la palabra de la Escritura, los que han querido trastornar la piedra sobre que está asentada, se han herido y lastimado miserablemente las manos.

En efecto, desde entonces no ha cesado de correr la sangre en medio de las turbulencias, de las guerras y de la más terribles catástrofes. La guerra de treinta años, las guerras religiosas, las revoluciones de Inglaterra, de Francia, de Polonía, de España y de Portugal, las guerras civiles

ó internacionales que les han acumulado ruinas sobre ruinas, desastres sobre desastres, matanzas sobre matanzas. Las naciones han matado á los reyes, los reyes han matado á las naciones, los pueblos han matado á los pueblos; la anarquía y el despotismo llamándose entre sí, han reinado alternativamente. Y después de todas estas tormentas los principios han permanecido inciertos y los espíritus extraviados; los gobiernos no pueden encontrar su equilibrio y las naciones se despiertan espantadas de la corrupción que las devora junto con la amenaza de un socialismo y de un anarquismo pavorosos.

El odio sectario de los adversarios de la Iglesia podrá promover y fomentar los males y trastornos de las persecuciones religiosas; pero la Iglesia no perecerá.

En tanto que los náufragos contemplan con estupor los restos de su nave despedazada por la violencia de la tempestad que ellos mismos han provocado, la Iglesia eleva con una dignidad celeste, encima de las olas apaciguadas, su cabeza coronada de gloria y adornada de una juventud inmortal! Todos los corazones vuelan hácia el sabio Pontífice que hoy la representa tan noblemente; el mundo espera en él; y el moderno paganismo, temblando de furor, desespera conseguir la ruina de su indomable enemiga.

Este maravilloso fenómeno de la Iglesia, siempre en pié y siempre combatida, ha llenado de admiración á los leales adeptos del protestantismo que, sobre la fé de sus maestros, habían podido creer que tocaba ya á su fin: así es que se les oye exclamar: «La Iglesia ha visto el principio de todos los gobiernos y de todas las instituciones que hoy existen, y no nos atrevemos á decir que no está destinada á ver el fin de ellos.» *Macauley.*

Asi pues, queda demostrada la energia invencible de la cruz comunicada por Jesucristo al cris-

tianismo, evidenciando al mismo tiempo la divinidad de la Iglesia católica fundada en el Pontificado; que es la genuina representación, desde el origen, de la Iglesia de Jesucristo; pues ninguna otra congregación cristiana ha aparecido en el escenario de la historia con el carácter permanente que le confiriera el fundador del cristianismo. Desde San Pedro, primer Pontifice de la Iglesia, hasta Leon XIII no ha existido solución de continuidad. «Y esta maravillosa Iglesia, como decia M. Gladstone, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, es hoy despues de diez y nueve siglos de existencia tan jóven, vigorosa y fecunda como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra.»

CONCLUSIÓN

S. tal es la vitalidad é invicta energia de la Iglesia católica al traves de los siglos y en sus luchas contra toda clase de obstáculo como acabamos de demostrarlo en el presente folleto; ¿por qué sus adversarios pierden el tiempo en atacarla inútilmente? Pero más que una pérdida inútil de tiempo; es una propaganda indigna de pueblos civilizados, es obra de decadencia y retroceso, pues sería privarse de los beneficios de la potencia moral mas grande que existe en el mundo, al decir del ilustre Tocqueville,

En efecto; ya hemos visto por el testimonio de Mr. Taine, citado en la página 18, cuánto debe la civilización al cristianismo. Pues bien, ese notable juicio sintético del gran publicista contemporáneo sobre la influencia benéfica del cristianismo en la sociedad, nos hará comprender cuán retrógrada y decadente es la propaganda del racionalismo incrédulo al pretender que la razon, la ciencia y la legislación pueden suplir satisfactoriamente al cristianismo en las sociedades civilizadas por el Evangelio. ¿Cuántas veces no se ha

oido declarar á esos filósofos de la pretendida moral independiente: no necesitamos del culto religioso ni del cristianismo para nuestra vida civilizada, pues nos basta la razon, la ciencia y la cultura social? Y sin embargo esto no es verdad, esto es volver al antiguo paganismo, pues podemos contestarles con Mr. Taime que durante diez y nueve siglos la historia demuestra que el cristianismo es el par de álas *indispensable* para que el hombre se eleve por encima de las pasiones y de los instintos decadentes; y tan indispensable es, que siempre y por todas partes desde diez y nueve siglos las costumbres públicas ó privadas se *degradan* tan pronto como esas álas desfallecen ó se rompen; tan indispensable, en fin, como añade el mismo publicista, que solamente el cristianismo y *nadie mas* puede detener al hombre en esa pendiente natural que lo arrastra insensible é incesantemente y que con todo su peso original hace retrogradar la naturaleza humana hácia su decadencia. No; jamas; ni la razon, ni la cultura, ni las conveniencias sociales, ni institución alguna pueden suplir en este *sursum corda* moral al cristianismo; mientras que no es posible justipreciar en toda su grandeza el contingente que las sociedades modernas han recibido de pudor, de suavidad, de humanidad, de honestidad, de buena fé y de justicia por la influencia del cristianismo. Y esto es lo que declara Mr. Taine haberse observado *siempre* y *por todas partes* durante diez y nueve siglos; de manera tal que en este servicio ninguna institución puede suplir al cristianismo.

¿Cómo, pues, no nos ha de causar dolor y compasión esa recrudescencia de propaganda anticristiana que, de buena ó mala fé, por ignorancia ú odio sectario, sostiene entre nosotros el racionalismo, con el título de campaña liberal, en nombre de la razón y de la ciencia?

Y en verdad; declaramos que nos causa tristeza y compasión, pues vemos convertidas en fautores de decadencia y retroceso á tantas inteligencias, por otra parte distinguidas, que creen erróneamente contribuir al progreso y civilización de la patria atacando ó desprestigiando el órgano espiritual, que por nada puede ser sustituído, en la sublíme misión de inocular y conservar en las sociedades modernas cosas tan grandes como el pudor, la suavidad, la humanidad, la honestidad, la buena fé y la justicia: toda la perfección moral, que es el más bello florón de las naciones civilizadas.

***

Como se vé, no hemos querido reclamar contra esa propaganda decadente y desacertada con la autoridad de Pontífices y Santos Padres, que nosotros no necesitamos y que los adversarios no aceptarían, sino con la autoridad de publicistas independientes, pensadores distinguidos é historiadores eminentes que al estudiar la civilización de los pueblos declaran que el Evangelio es el mejor auxiliar de la sociedad moderna; y Mr. Taine, sin ser creyente, dice más, pues afirma en su imparcialidad de historiador eminente que nada, ninguna institución política, civil, filosófica ó científica, puede suplir á la religión cristiana para poner un freno y un dique á la tendencia original con que nuestra raza retrograda hácia la decadencia y á la degradación de las costumbres públicas y privadas.

Y hé aquí cómo, mientras se concibe que existan publicistas no creyentes, por no haber tenido ocasión de estudiar la apología y la filosofía de la religión, cosas que hasta llegan á despreciar; no concebimos que existan personas ilustradas, si han estudiado la historia, que no vean la benéfica influencia del cristianismo en la civilización y que por consiguiente, no procuren conservarla en la so-

ciedad moderna, al menos como un auxiliar poderoso de la civilización. Así pues, podrán existir personas ilustradas que no sean creyentes; pero jamás podrán ser enemigas del cristianismo y de su influencia social, á no ser por un ódio sectario é irracional. Más bien comprenderíamos que imitasen á Laboulage al hacer esta declaración: «Sin hablar como cristiano, pues dejo aparte toda cuestión religiosa, y no siendo más que *historiador*, en esta calidad afirmo que en política, lo mismo que en moral y en filosofía el Evangelio ha renovado las almas y las instituciones. Con razón pues, nuestra civilización data desde la era cristiana, porque una sociedad nueva ha nacido del Evangelio.»

Por tanto, no sería demasiada exigencia pedir á los adversarios del cristianismo que, si no en calidad de cristianos, al menos en nombre de la historia imparcial y haciéndose superiores á las preocupaciones vulgares, en vez de atacar al cristianismo, apoyasen su influencia benéfica é innegable en la civilización moderna. De lo contrario su actitud no sería digna de espíritus ilustrados y amantes del progreso, que aceptan y aplauden el bien donde quiera que se encuentre. Si pues, el cristianismo es el mejor auxiliar de las sociedades civilizadas, como lo confiesa Mr. Taine y la influencia de la Iglesia en la civilización es más grande, no solo de lo que creen sus adversarios, sino sus propios adeptos, al decir del gran historiador de la civilización Mr. Guizot; es necesario sostenerla y propagarla, porque atacarla sería hacer evidentemente propaganda retrógrada y decadente, en vez de favorecer á la civilización y progreso de la sociedad, como en su buena ó mala fé lo pretenden

Vamos á terminar llamando la atención sobre este juicio sintético del gran publicista é historiador Cesar Cantú, quien de seguro era competente en la materia, como lo ha demostrado en su monumental obra la *Historia Universal*. «Durante diecinueve siglos,

dice, no ha habido progreso social alguno que no haya tenido su gérmen en la religión cristiana; pues ella ha tomado parte en todas las evoluciones y revoluciones, ya como enemiga de las que eran funestas, ya como auxiliar de las que debían mejorar la condición de la humanidad.

Ella purificó el mundo romano, civilizó el mundo bárbaro, suavizó el feudal, resistió á las despóticas exigencias de los emperadores, confundió en todo tiempo la heregía y conquistó las glorias de la emancipación civil de la edad media, de la intelectual del siglo XIV, de la religiosa del siglo XVI y de la politica de nuestros tiempos.

Cuando se vió detenida en su marcha, supo remover ó hacer trizas los obstàculos; cuando vió secundados sus esfuerzos, reunió á sus intereses los intereses de sus auxiliares.

Y si, á pesar de tan apreciables triunfos, todavía no es la Iglesia católica reconocida universalmente en el imperio de la verdad, es porque la Iglesia, siendo militante, necesita enemigos en la tierra; porque la virtud práctica debe pasar por pruebas que la hagan contraer méritos; porque las tentaciones de la duda son necesarias para la libertad de la fé, y porque por medio de los trabajos en la tierra debe conquistarse la inmortalidad del cielo.

El género humano está condenado como los Hebreos, á atravesar las arenas del desierto antes de llegar á la tierra prometida. De cuando en cuando el que guía su espíritu aparece como Moisés en la cumbre del monte; de tiempo en tiempo su corazón se entrega á los recuerdos de Egipto y de Madian y su boca demanda en vano el maná y el agua.

Pero la Iglesia triunfará, como ha triunfado hasta aquí y siempre.

El progreso que corre hoy día en álas de la electricidad para hacer conquistas en todos los sitios de

la tierra, llegará á operar la fusión de las sociedades particulares en la general. Ya van desapareciendo las preocupaciones, van cediendo las antipatías, el mundo es reconducido á la unidad por una especie de gravitación moral y religiosa que nadie puede impugnar; y esta tendencia no puede menos de redundar en provecho de una religión fundada en la caridad y en la unidad, como lo es el catolicismo».

INDICE

	página
Introducción	3
La Misión de Jesucristo Redentor . . .	9
Incontrastable energía del cristianismo . .	19
Combates de la Cruz contra la fuerza material	25
Combates de la Cruz contra la fuerza intelectual	42
Luchas de la Cruz contra la fuerza sensual .	65
Luchas de la Cruz contra la fuerza de inercia	86
Luchas de la Cruz contra el tiempo y el espacio	91
El triunfo de la Cruz	97
Contra quienes ha tenido la Cruz que defenderse	113
Gran rebelión del espíritu pagano contra la Iglesia.	130
Estabilidad de la Iglesia en medio de las pruebas	138
Conclusión	145